

III PREMIO MEMORIA *escolar* RURAL



Arsenio Dacosta, José Ignacio Monteagudo
y José Delgado (eds.)

III PREMIO MEMORIA *escolar* RURAL

III PREMIO MEMORIA
escolar RURAL

Arsenio Dacosta, José Ignacio Monteagudo
y José Delgado (eds.)

El III Premio Memoria Escolar Rural es una iniciativa de la Casa del Maestro – Museo Antonio Álvarez, de Ceadea, y ha sido convocado por el Ayuntamiento de Fonfría y el Observatorio Social de la Facultad de CC.SS. de la Universidad de Salamanca. Este proyecto ha contado con la colaboración de la Diputación Provincial de Zamora, la Fundación Fomento Hispania, y la UNED de Zamora, y con el apoyo del Museo Etnográfico de Castilla y León y la Plataforma en Defensa de la Arquitectura Tradicional de Aliste, entre otras entidades.

El jurado ha estado compuesto por:

José Ignacio Monteagudo Robledo, Universidade Federal da Integração Latino-Americana (Brasil)

José Delgado, secretario de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED

Alicia Álvarez Fernández, directora del CEIP Virgen de la Salud de Alcañices

Eva Belén Carro Carvajal, responsable del área de didáctica del Museo Etnográfico de Castilla y León

Pablo Pérez Sanabria, de la Plataforma en Defensa de la Arquitectura Tradicional de Aliste

Edición:

Arsenio Dacosta, José Ignacio Monteagudo Robledo y José Delgado

Fotografía de la cubierta delantera: Cantalapiedra, 1979.

Tomada del relato de María Luisa García Rodríguez.

Fotografía de la cubierta trasera: Ceadea, 1943.

Tomada del relato de Domingo Turiel Mayor.

© de los textos e imágenes, los autores.

© de la presente edición impresa y su versión digital, la Diputación Provincial de Zamora, el Ayuntamiento de Fonfría, el Observatorio Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Salamanca y la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED de Zamora.

ISBN: 978-84-09-89720-9

DL S 310-2026

Impresión: Nueva Graficesa, S.L.

Repositorio digital: www.laenciclopediaalvarez.com

ÍNDICE

Prefacio del Vicepresidente de la Diputación de Zamora.....	9
Prefacio institucional del Ayuntamiento de Fonfría.....	11
DE LA MIRADA INFANTIL AL RITO DE INSTITUCIÓN: AUTOBIOGRAFÍA Y MEMORIA ESCOLAR EN EL MEDIO RURAL IBÉRICO	13
<i>José Ignacio Monteagudo Robledo y Arsenio Dacosta</i>	
MAESTRA, ¡QUE TE MATAS!	23
<i>María Luisa García Rodríguez</i> (Primer premio)	
DESDE MI MIRADA	35
<i>María José Curto</i> (Segundo premio)	
MI PRIMER DÍA DE ESCUELA	41
<i>Jovita Álvarez del Río</i> (Tercer premio)	
YO HE SIDO MAESTRO DE PUEBLO	47
<i>I. Antonio Casas Muga</i> (Mención honorífica)	
MI CURSO EN CIONAL	57
<i>Carmen Ramos García</i> (Mención honorífica)	
EL LEGADO EDUCATIVO DE LAS MAESTRAS EN LAS “ESCUELAS DE LOS CAGONES”. Un estudio de caso en la comarca de Gordón (León)	65
<i>Carla Redondo Casas</i> (Mención honorífica)	
A MINHA PRIMEIRA ESCOLA	79
<i>Maria João Seixas</i> (Mención honorífica)	
ÉRAMOS OS REISES DO MUNDO	83
<i>Manuel Benito Ulloa Díaz</i> (Mención honorífica)	
A MEMÓRIA EM FRAGMENTOS DA MINHA ESCOLA PRIMÁRIA....	93
<i>António de Jesus Fernandes do Vale</i> (Mención honorífica)	
ESCALONES DE SAL Y TIZA	101
<i>Jorge Alonso Luna</i>	
CONTABA EL ABUELO	103
<i>Benjamín Charro Morán</i>	
ANTOCE	115
<i>Emanuel Elías Sánchez</i>	

AQUELLAS ESCUELAS RURALES.....	121
<i>María del Carmen García Bermejo</i>	
EXPERIENCIAS EDUCATIVAS	127
<i>Manuela García Pérez</i>	
TINTA EN LAS VENAS	129
<i>Ramón L. González Reverter</i>	
ABCDE... VILLARINO. 12345... DE LOS AIRES	133
<i>Jesús López Martín</i>	
EL ECO DE LA TROMPETA Y EL CRUJIR DE LA MINA	141
<i>Juan Bernardo Mouta Rodríguez</i>	
MI PRIMERA ESCUELA	145
<i>M^a Concepción Requejo Osorio</i>	
LA ESCUELA RURAL EN VALOR	148
<i>Carmen Rodríguez Domínguez</i>	
TECEDORAS DE SUEÑOS, ESCRITORAS DE HISTORIAS	161
<i>Iker Sánchez Ares</i>	
REFLEXIONES EN TORNO A LA EDUCACIÓN ESCOLAR RURAL.....	175
<i>Domingo Turiel Mayor</i>	

PREFACIO DEL VICEPRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA

Desde la Diputación de Zamora creemos que la memoria constituye uno de los patrimonios más valiosos de la provincia que conserva las experiencias, los conocimientos, las tradiciones y los valores que han dado forma a nuestra identidad colectiva y que permiten comprender el presente para proyectar con mayor fortaleza el futuro.

Esa memoria adquiere un significado aún más profundo cuando nace en el ámbito de la escuela rural porque nos habla de generaciones de hombres y mujeres que encontraron en la educación el mejor instrumento para progresar y contribuir al desarrollo de sus pueblos.

La Diputación Provincial de Zamora tiene el honor de patrocinar la publicación que reúne los trabajos galardonados en la tercera edición del Premio Memoria Escolar Rural, una obra que trasciende el ámbito de un certamen literario para convertirse en un auténtico ejercicio de recuperación del patrimonio histórico, educativo y humano de nuestra provincia y de los territorios que comparten una misma cultura y forma de entender la escuela.

Este premio nació en 2023 vinculado a una ejemplar iniciativa vecinal impulsada desde Ceadea con un doble propósito: rendir homenaje a uno de los zamoranos más ilustres del siglo XX, Antonio Álvarez Pérez (1921-2003), y recuperar para las generaciones presentes y futuras la histórica Casa del Maestro, situada frente a su vivienda natal.

Tengo el firme convencimiento de que esta publicación contribuirá a difundir todavía más la extraordinaria figura de Antonio Álvarez Pérez y animará a muchas personas a visitar el Museo Antonio Álvarez en Ceadea, un espacio imprescindible para comprender la evolución de la enseñanza en España en pasado siglo y el extraordinario papel desempeñado por la escuela rural en la construcción de nuestra sociedad.

Deseo igualmente que este premio continúe creciendo en futuras ediciones y que cada año sean más quienes decidan compartir sus recuerdos. Recuperar la memoria es reconocer el esfuerzo de quienes nos precedieron para seguir construyendo un futuro con más oportunidades para nuestros pueblos.

Preservar la memoria es también defender nuestra identidad. Y una sociedad que conoce su historia, que honra a quienes contribuyeron a hacerla posible y que transmite ese legado a las nuevas generaciones, es una sociedad más libre, más fuerte y mejor preparada para afrontar los desafíos del presente y del futuro.

Víctor López de la Parte

VICEPRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN DE ZAMORA
DIPUTADO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y TURISMO

PREFACIO INSTITUCIONAL DEL AYUNTAMIENTO DE FONFRÍA

Por tercer año consecutivo, tenemos el orgullo de presentar el resultado material del III Premio Memoria Escolar Rural. Este certamen nació vinculado a una iniciativa vecinal, la de poner en valor el legado pedagógico y editorial de nuestro ilustre paisano don Antonio Álvarez Pérez (1921-2003) y recuperar la "Casa del Maestro" conservada frente a la casa natal del pedagogo. Lo que comenzó como un esfuerzo urgente por salvar aquel edificio y dotarlo de valor, se ha transformado hoy en un consolidado proyecto de conservación del patrimonio material e inmaterial, con una dimensión física y virtual articulada a través de la web del museo: laenciclopediaalvarez.com. No concebimos el museo como un simple contenedor turístico, sino como un recurso vivo volcado en la comunidad, cuyo fin primordial es rescatar los testimonios auténticos de los maestros, maestras y alumnos que convirtieron a la escuela pública rural en el motor fundamental de cohesión, arraigo y desarrollo de nuestros pueblos.

Esta tercera convocatoria de los Premios Memoria Escolar Rural reafirma y consolida nuestra apuesta por la riqueza lingüística de la Raya ibérica y, en conjunto, de España y Portugal. Al igual que en la edición anterior, el certamen sigue uniendo los lazos humanos de ambos países, desde distintas voces y acentos, acogiendo con entusiasmo relatos escritos en castellano, gallego, portugués y mirandés, reflejando así la pluralidad de lenguas que conviven de forma natural en el Noroeste ibérico.

Este éxito continuado, reflejado en la altísima calidad de los relatos de vida presentados, no habría sido posible sin el apoyo institucional y la estrecha colaboración de la Diputación Provincial de Zamora —que financia la edición de esta obra—, la Fundación Fomento Hispania y la UNED de Zamora. Asimismo, destacamos de manera especial la supervisión científica y la coordinación técnica que nos presta la Universidad de Salamanca a través del Observatorio Social de su Facultad de Ciencias Sociales y muy concretamente, la persona de Arsenio Dacosta, catedrático de Antropología Social en dicha universidad, y alistanano entregado al desarrollo cultural de nuestra comarca y nuestra provincia.

Queremos expresar nuestra más sincera gratitud a todos los participantes que han compartido sus recuerdos, así como a los miembros del jurado por su rigurosa y desinteresada labor. En su composición se integran representantes de diversas universidades y asociaciones culturales, demostrando que cuando la sociedad civil se une por sus raíces, el mundo rural adquiere una voz fuerte y clara en un entorno globalizado. Estas emocionantes narraciones forman ya parte de nuestro acervo cultural y pasan a engrosar el legado imperecedero de la Casa del Maestro-Museo Antonio Álvarez.

Sergio López Vaquero
ALCALDE DE FONFRÍA

Martín del Río Lorenzo
CONCEJAL DE CEADÉA

DE LA MIRADA INFANTIL AL RITO DE INSTITUCIÓN: AUTOBIOGRAFÍA Y MEMORIA ESCOLAR EN EL MEDIO RURAL IBÉRICO

José Ignacio Monteagudo Robledo¹
Arsenio Dacosta²

La elaboración de narraciones autobiográficas sobre la escuela rural ibérica supone, una vez más, ejercitar uno de los saberes más firmemente inculcados en quienes pasamos gran parte de la infancia bajo tutela magisterial: escribir sobre una experiencia personal. Quién no recuerda haber hecho una redacción sobre las vacaciones, o sobre lo vivido durante el fin de semana. Aprendimos así a escribir sobre nosotros mismos, interpelados por una autoridad investida en el poder de la palabra, intentando obtener su reconocimiento en competición con los otros compañeros. Con esa destreza aprimorada tras muchos años, y con mucha escuela por detrás, los convocados por el premio se enfrentaron de nuevo al reto de hilvanar recuerdos para convencer a los lectores, ahora innumerables, de que todo lo que cuentan no solo les aconteció, sino que les dejó huellas imborrables.

En esta nueva hornada de los Premios Memoria Escolar Rural encontramos una notable continuidad en cuanto a los asuntos abordados en las dos anteriores ediciones, aunque con gran diversidad en cuanto a enfoques y tratamiento. Hay, tal vez, menos dramatismo en los relatos, con escasas referencias al acoso escolar u otras situaciones traumáticas, sin que falten lágrimas y sinsabores. En una visión de conjunto, quedan a la vista los tópicos avivados en el proceso de recordar, regidos por la importancia extrema en la infancia de la primera escolarización. Aunque todos —o casi todos— evocan las duras condiciones, critican los métodos autoritarios y la enseñanza memorística, la institución escolar sigue apareciendo no como algo impuesto, fastidioso o indeseable (en sentido contrario a tesis

¹ Universidade Federal da Integração Latino-Americana. Instituto Latino-Americano de Artes, Culturas e História. Foz do Iguaçu (Brasil). ORCID: 0000-0002-4023-9804. Trabajo realizado en el marco del proyecto *Subgrafías: artefactos, memorias y gestos subalternos en la historia social de la cultura escrita (siglos XVI-XXI)*, financiado por la Agencia Estatal de Investigación del Gobierno de España (Refª. PID2024-158235NB-I00).

² Universidad de Salamanca. Observatorio Social de la Facultad de Ciencias Sociales. ORCID: 0000-0002-3069-028X

de cuño anarquista, como las de Iván Illich o Noam Chomsky), sino como puerta de acceso a conocimientos muy necesarios, y por encima de todo como única vía de aceptación social en esa franja de edad. Quedarse fuera de la escuela era el verdadero temor de estos memorialistas, que no dudan en registrar el deseo de estar con sus iguales o con los mayores, y la indeleble experiencia del primer día de clase. Algunos maestros relatan también cómo tuvieron que ser flexibles con los requisitos oficiales para permitir el acceso a quienes aún no tenían la edad necesaria, o incluso para permanecer en las aulas como oyentes cuando, habiendo terminado la escolarización primaria, disponían de tiempo antes de comenzar la secundaria. Lo importante era no estar sueltos por la calle sin hacer algo útil, “deambulando como ovejas sin pastor”, como afirma Benjamín Charro en “Contaba el abuelo”: hasta tal punto estaba interiorizada entre los adultos la necesidad de domesticar los cuerpos infantiles, de confinarlos en una institución eminente disciplinadora, como explicó Michel Foucault.

Esa contención entre los muros escolares era precisamente el objetivo de la educación básica obligatoria, entre los seis y los nueve años, impuesta en España por la duradera Ley de Instrucción Pública, la ley conocida por su promotor, el zamorano Claudio Moyano, en 1857. Ese marco regulatorio, y su prolongación en la Ley General de Educación de 1970, que extendía la obligatoriedad hasta los catorce años³, constituyen la base organizadora de las prácticas escolares en su primera condición: ir a clase era para las niñas y niños tan imperativo como jugar con los amigos. Y eso a pesar de las precarias condiciones materiales y humanas de la escuela rural desde el cuarto decenio del siglo pasado, como reflejan los recuerdos de los participantes más veteranos. La alternativa a las sombrías y duras clases era no solo el aislamiento de su grupo de edad, sino el desempeño de trabajos duros en casa y en la tierra. La situación en Portugal no era mejor, de hecho, Salazar será reluciente a que el cuerpo del magisterio luso estuviera bien formado y pagado; cerradas las Escolas Normais y las de Magistério Primário en 1936, la docencia recayó en “regentes escolares” y otras figuras de adoctrinamiento, no de enseñanza⁴.

La escuela era otro mundo dentro del pequeño mundo del pueblo, un mundo definido por una ubicación cercana pero diferenciada, y por

³ En Portugal, sin embargo, “foi necessário esperar pela década de 60 do século XX, para que a obrigatoriedade escolar infantil fosse finalmente cumprida e ampliada para seis anos, ou seja cerca de meio século após tais inovações haverem sido assumidas nos países desenvolvidos” (Magalhães, 2010, p. 592).

⁴ Almeida, 2011.

una arquitectura⁵ eminentemente funcional donde se cancelaban otras fuentes de autoridad y los muchachos quedaban a merced de los profesores. Los recuerdos de los alumnos inciden en la situación elevada del edificio escolar, y de su acceso mediante escaleras (relatos de Jorge Alonso, Jovita Álvarez, I. Antonio Casas, María Luisa García), reforzando el carácter liminar de aquel espacio inicialmente misterioso, en tanto que los maestros comentan sus esfuerzos por humanizarlo. Eso suponía inculcar hábitos de higiene y de adecuada presentación: a clase había que ir limpio y arreglado.

En términos que parecen confirmarse por los testimonios de esta convocatoria, la evocación de la mirada infantil sustenta una perspectiva, una estrategia de entender el mundo retrospectivamente que sienta sus bases en las primeras experiencias y va acumulando estratos a lo largo de la vida. Estos relatos, a diferencia de otras muchas autobiografías de maestros⁶, consiguen enlazar la vivencia del alumno con la del profesor, dando continuidad a una lógica, a una cultura estrictamente escolar que empapa no solo la dimensión profesional, sino todo el recorrido vital. Y es que solo en el territorio parcialmente perdido de la infancia arraigan miradas intensamente subjetivas, sensaciones imperecederas y vivencias que se resisten a ser reducidas a palabras, pero que en estos testimonios consiguen aflorar con mayor o menor precisión. En ese sentido, participar en el Premio, aceptar la invitación a construir narrativamente los recuerdos escolares, funciona, o debería funcionar, como el diván de un psicoanalista, donde por acaso emergen fragmentos de una existencia sepultada. Son sensaciones visuales, pero no solo. Como explica Jorge Alonso en su breve texto, “todavía puedo sentir la quemazón en los muslos al subir las escaleras del pueblo, el olor a salitre mezclado con el polvo blanco de la tiza, y el zumbido coral de una veintena de voces de distintas edades recitando, a la vez, las lecciones que nos prepararían para la vida”. Las alusiones olfativas se prodigan en muchos de estos relatos: el olor a madera, a tiza, a humo, a cuerpos encerrados; “os cheiros e os sons desses ambientes”, a

⁵ “El papel que los espacios escolares jugaron en la formación de los primeros patrones del esquema corporal de las personas y de las prácticas de sociabilidad es esencial en la construcción de la memoria biográfica” (Escolano, 2011, p. 16).

⁶ Antonio Viñao, comparando datos de Philippe Lejeune para Francia, afirmaba no conocer en España una tradición de autobiografías de profesores escritas por demanda de la administración educativa, medios de comunicación o investigadores (Viñao. 2002, pp. 155-156). El panorama ha cambiado mucho desde entonces, en parte por iniciativas emprendidas desde las Escuelas de Magisterio.

decir de António Vale, sustentan perceptivamente la permanencia de las emociones.

Es interesante comprobar cómo esas sensaciones primigenias perviven en la memoria de quienes volvieron a la escuela para ejercer la profesión docente. La posición de maestro impone una perspectiva adulta, otra forma de sentir el ambiente, y también de elaborar los recuerdos, tal vez por la alta expectativa que se confería al profesorado, objeto de admiración generalizada, hasta el punto de algún relato constituirse en explícito homenaje. Alta estima que contrasta con la pérdida actual de estatus del magisterio, como se muestra en el sueño —¿pesadilla?— narrado en “Yo he sido maestro de pueblo”.

Convertirse en profesor requería esfuerzo familiar y personal, y el destino en alguna población periférica era habitual para los opositores, de modo que la escuela rural acogía a los iniciantes en edades muy tempranas, a veces con solo diecisiete años. De ahí que los recuerdos más sobresalientes recalquen la toma de posesión del puesto en la localidad como un choque cultural imborrable. Llegar al pueblo, sentirse solo ante lo desconocido, buscar alojamiento, relacionarse con unos y otros en una cultura diferente de la urbana, organizarse para los desplazamientos... toda una épica es recreada a modo de rito de institución. Con menor dramatismo, sin embargo, se relatan episodios como la visita del inspector, frecuentemente solventada sin mayor complicación.

Los alumnos aparecen a veces en las narraciones con sus nombres propios, fosilizados en la memoria de los profesores, aunque en ningún relato se mencionan los mote que recibían estos o aquellos. Abundan, eso sí, sobre todo en los textos en castellano, expresiones dialectales muy reconocibles, como *guaje*, y otras propias de la cultura material local, barnizadas con la pátina del desuso: *encordar* (las campanas), *tajuela* (para sentarse), *senserina*, *calbote*, *cincones*.

La historia de la escuela rural es la historia de los hombres y mujeres⁷ que vivían y viven aún en los pueblos y aldeas de la geografía ibérica. Al fin y al cabo, la escuela no es solo un epítome de la vida social, sino un aparato de reproducción de sus tensiones estructurales, como bien nos en-

⁷ La escuela ha sido en España el ámbito de mayor inclusión de las mujeres, por su elevado protagonismo en la profesión docente, fruto de políticas públicas de largo alcance, pues desde 1910 podían matricularse en los institutos de enseñanza secundaria y en las universidades, y sus títulos garantizaban el acceso a la docencia en todas sus modalidades y niveles (Viñao, 2011), si bien durante la dictadura franquista eran llamadas “a retirarse al espacio doméstico” (Ballarín, 2011).

señó Pierre Bourdieu. En su transcurrir es determinante la economía, con épocas de escasez y abundancia tan claramente reflejadas en el discurso escolar; la política, con la tan visible división entre regímenes democráticos y dictatoriales; la demografía, con la persistente atracción de las urbes y el “vaciamiento” de las pequeñas poblaciones. Como apuntamos en las ediciones precedentes, el fenómeno de las migraciones a larga distancia no podría estar excluido de la memoria escolar rural, y en algunos testimonios adquiere gran peso. Es el caso de “Aquellas escuelas rurales”, donde se rememora la emigración a Francia, o de “Contaba el abuelo”, que narra las realizaciones de un benefactor retornado de Cuba; y recordando la escuela de Villarino de los Aires no podía faltar la alusión a los que “reconstruían un pueblo paralelo” allende los mares. Curiosa es asimismo la experiencia de Juan Bernardo Mouta, emigrante trasmontano a las minas leonesas, que pasó por Francia e hizo la mili en Angola; o la contada por Carmen Ramos, que representó con sus alumnos una obra de teatro sobre los inmigrantes españoles en Dinamarca.

Encomiamos, finalmente, el esfuerzo realizado por los participantes para tejer (para bordar, si así lo queremos ver) historias tan ricas y sugerentes. Un esfuerzo que no se limita al autor o firmante, sino que envuelve colaboradores o mediadores que oportunamente se mencionan, como si los recuerdos no fueran solo de uno y necesitasen de diálogo para ir tomando forma. Hay quien transmite las vivencias de su pariente cercano, y quien aprovecha la convocatoria para contactar con los antiguos alumnos para reforzar las informaciones desgastadas por el tiempo. Los recovecos de la escritura autobiográfica evitan los atajos de la invención, pero trascienden lo individual y hasta transitan por la etnografía escolar, como el estudio de caso realizado por Carla Redondo sobre las “escuelas de los cagones” en la comarca leonesa de Gordón, donde se entretejen testimonios, vivencias y lembranzas. Abarcan también los relatos de experiencias didácticas como en “Tecedoras de sueños, escritoras de historias”, ejemplar en lo que tiene de recuperación colectiva de una memoria escolar imbricada en el patrimonio cultural rural, en consonancia con nuestro objetivo primordial.

De todas formas, la memoria escolar no es exclusivamente inmaterial, reposa también en objetos que han sobrevivido como pecios en el naufragio del tiempo. Son, sobre todo, los testimonios fotográficos, que tienen esa doble dimensión de ventana y de espejo: entre los márgenes de las fotos nos podemos asomar a determinados acontecimientos que la propia escuela se preocupó por sacralizar, en especial posando para la toma grupal, con la grey en torno a la reconocible figura de la maestra o el maestro,

pero también en la típica imagen individual (o del grupo de hermanos, como la que ilustra el relato de Domingo Turiel) con los elementos simbólicos imprescindibles: el babi, la mesa, el libro, el mapa. Interesan también las miradas, no todas, por cierto, dirigidas a la cámara. Interesan a quien las ve, pero sobre todo a quien se ve, porque ese niño o ese profesor en una escuela concreta en un tiempo congelado es y no es, al mismo tiempo, aquel que se reconoce en la imagen. Es aquel que fui y vive aún en mí, y es posible hacer memoria a partir de ese mirar. Y es que en las fotografías la dimensión autobiográfica se hace profundamente intersubjetiva⁸, en ellas se materializan procesos de integración grupal, de inclusión y exclusión (no hay lugar para los padres, por ejemplo) y, en definitiva, de valores convenientemente jerarquizados.

Materiales más objetivamente determinados, pero no carentes de potencial evocador, son los utensilios escolares, los libros didácticos y los cuadernos de los alumnos, en diferente medida comentados o reproducidos en los relatos. Con desigual peso en el tratamiento patrimonial⁹ y en la investigación (los cuadernos continúan a la zaga¹⁰, a pesar de su gran potencial heurístico¹¹), forman parte de una memoria que no puede seguir encerrada en baúles ni debe ser echada al olvido. En ese sentido de deber cívico y de exigencia académica, encuadramos esta iniciativa de recuperación patrimonial en la Red de Archivos e Investigadores de la Escritura Popular.

Todos estos relatos, así como los materiales que componen el mosaico de cada memoria particular, conforman después de tres ediciones una suerte de memoria colectiva, compartida, común en cierta medida. A ello ayuda el dispositivo de los Premios cuyo fin no es premiar el artefacto literario, sino ofrecer al conjunto de la ciudadanía de España y Portugal una visión *emic* y personal de una experiencia particular sobre la vida escolar en los núcleos rurales. Recuerdos y aprendizajes, memoria y valores, historia y reflexión, son los elementos concretos que aportan los 125 relatos que se han ido acumulando gracias a unos Premios que, como decimos, solo buscan estimular la recuperación de una memoria colectiva compar-

⁸ Velasco Maíllo, 2011.

⁹ Ruiz Berrio, 2013.

¹⁰ Destacan por sus colecciones de cuadernos el Museo Pedagógico de Aragón, con más de quinientos ejemplares, el Centro de Estudios sobre la Memoria Educativa de la Universidad de Murcia, con cerca del millar, y el Centro Museo Pedagógico de la Universidad de Salamanca en Zamora, que supera a ambos en cantidad y diversidad, con una inmensa mayoría procedentes de áreas rurales (Álvarez, 2016; Martín & Ramos, 2015).

¹¹ Viñao, 2019.

tida. Aquí radica el galardón, en la generosidad de quienes han participado y de quienes, desde las instituciones públicas y la sociedad civil, vienen apoyando esta iniciativa cuyo punto central es la Casa del Maestro-Museo Antonio Álvarez de Ceadea.

Pese a lo dicho, los Premios se articulan a través de unas bases y en ellas se prevé la concesión de una mención especial a aquellos trabajos que destacan sobre el resto por su expresividad y representatividad. Recuértese que estos no son textos con finalidad literaria, sino relatos de vida, una forma particular de narrar la propia vida, de particular valor para ese repositorio de memoria y para avanzar en el conocimiento de las sociedades contemporáneas ante cambios tan acelerados como los que vivimos. Para afrontar la valoración de estos premios se ha contado con un jurado ya veterano, aunque algo más reducido que en ocasiones anteriores, presidido de nuevo por José Ignacio Monteagudo Robledo. El resto de miembros del jurado, de forma de nuevo altruista, está compuesto por Eva Belén Carro Carbajal, responsable del área de didáctica del Museo Etnográfico de Castilla y León, Pablo Pérez Sanabria, miembro de la directiva de la Plataforma en Defensa de la Arquitectura Tradicional de Aliste —que tanto aportó a la creación del museo de Ceadea—, Alicia Álvarez Fernández, directora del CEIP Virgen de la Salud de Alcañices —e ilustre vecina de Ceadea—, y José Delgado Álvarez, director del Centro Asociado de la UNED de Zamora. Tal y como perseguimos desde el inicio, se combinan los perfiles de profesores universitarios y de educación primaria, técnicos y gestores en el campo de la educación y miembros de las asociaciones de la comarca, Aliste, que han apoyado tanto la Casa del Maestro-Museo Antonio Álvarez. En sus manos, la valoración se ha hecho, como en las ediciones anteriores, con rigor, transparencia y altruismo, destacando en su acta “su más sincera gratitud a todos/as los/as participantes por el talento y la dedicación reflejados en sus textos. Con su generosa aportación, cada autor/a se alza como un custodio esencial de la memoria pedagógica y social de nuestros pueblos, impidiendo el olvido de una identidad colectiva que nos define, nos conecta con nuestras raíces y enriquece nuestro patrimonio cultural”.

Su fallo, inapelable, otorga el primer premio a la obra titulada “Maestra, ¡que te matas!”, de María Luisa García Rodríguez, “por ofrecer un análisis profundo sobre la implantación de las directrices educativas del franquismo y la transición en las aulas rurales de Salamanca, a través de una crónica honesta y conmovedora sobre la identidad docente y los retos de una vocación transmitida de generación en generación”.

El segundo premio se ha concedido al trabajo titulado “Desde mi mirada”, de María José Curto, “por rescatar de forma íntima y afectuosa los recuerdos de la niñez en el entorno escolar de la comarca de Aliste, rindiendo un justo tributo a doña María, la docente que guio sus primeros pasos en el mundo de la lectura”.

El tercero, al relato titulado “Mi primer día de escuela”, redactado por Jovita Álvarez del Río, “por su rigurosa reconstrucción memorialística de las vivencias en la escuela rural y su entorno socioeducativo; una crónica que examina tanto las dinámicas positivas como las vicisitudes del periodo, evidenciando el impacto permanente de dichas experiencias en la configuración de su identidad”.

Además de estos tres premios, contemplados en las bases, han tenido a bien otorgar varias menciones honoríficas a los relatos de I. Antonio Casas Muga —“Yo he sido maestro de Pueblo” —, Carmen Ramos García —“Mi curso en Cional” —, Carla Redondo Casas —“El legado educativo de las maestras en las Escuelas de los Cagones” —, María João Seixas —“A minha primeira escola” —, Manuel Benito Ulloa Díaz —“Éramos os reises do mundo” —, y Antonio de Jesús Fernandes do Vale —“A memória em fragmentos da minha escola primária” —. A todos ellos, y al resto de participantes, felicidades y, sobre todo, gracias por sus contribuciones.

Un último apunte final nos debe llevar a valorar la trayectoria de estos Premios. En la segunda edición se introdujo una significativa novedad: permitir la participación de cualquier relato escrito en cualquiera de las lenguas oficiales de España y Portugal. Esto nos ha permitido reunir relatos en idiomas distintos del español, como son el portugués, el gallego y el mirandés. Si de alguna forma, estos premios contribuyen a normalizar la convivencia entre lenguas y a apoyar aquellas que son minoritarias, nos podemos dar por doblemente satisfechos y celebrar, de nuevo juntos, la importancia de respetar y fomentar la diversidad cultural.

Referencias

- Almeida, Alberto de Jesús (2011). “A escola primária ao serviço do Estado Novo em Portugal”, *Cadernos de História da Educação*, 10(1), pp. 13-31.
- Álvarez Domínguez, Pablo, coord. (2016). *Los museos pedagógicos en España. Entre la memoria y la creatividad*. Gijón: Trea-Universidad de Sevilla.
- Ballarín Domingo, Pilar (2011). “Memoria de la educación de las mujeres”. En Lomas García, Carlos, coord. *Lecciones contra el olvido: memoria de la educación y educación de la memoria*. Barcelona: Octaedro, pp. 77-110.

- Escolano Benito, Agustín (2011), "Más allá del espasmo del presente. La escuela como memoria". *Revista História da Educação*, 15(33), pp. 10-30.
- Magalhães, Justino (2010). *Da cadeira ao banco. Escola e modernização (séculos XVIII-XX)*. Lisboa: Universidade de Lisboa.
- Martín Fraile, Bienvenido; Ramos Ruiz, Isabel (2015). *La historia contada en los cuadernos escolares: escrituras al margen*. Barcelona: Catarata.
- Ruiz Berrio, Julio, ed. (2013). *El patrimonio histórico-educativo. Su conservación y estudio*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Velasco Maíllo, Honorio (2011). "Fotografías escolares, imágenes institucionales. Miradas retrospectivas a la fotografía en la escuela (1900-1970)", en A. Bautista García-Vera y Honorio Velasco Maíllo, coords. *Antropología audiovisual: medios e investigación en educación*, Madrid: Trotta, pp. 15-34.
- Viñao Frago, Antonio (2002). "Relatos y relaciones autobiográficas de profesores y maestros", en Agustín Escolano y José María Hernández Díaz, coords. *La memoria y el deseo. Cultura de la escuela y educación deseada*. Valencia: Tirant lo Blanch, pp.135-175.
- Viñao Frago, Antonio (2011). "Ayer y hoy de la educación en España, memorias y desmemorias". En Carlos Lomas García, coord. *Lecciones contra el olvido: memoria de la educación y educación de la memoria*. Barcelona: Octaedro, pp. 23-60.
- Viñao Frago, Antonio (2019). "Balance de las investigaciones sobre cuadernos escolares en España", en Juri Meda y Ana M^a Badanelli, eds., *La historia de la cultura escolar en Italia y España: balance y perspectivas*. Macerata: Univeristà di Macerata.

MAESTRA, ¡QUE TE MATAS!

(Primer premio)

María Luisa García Rodríguez
Lagunilla, Aldealengua, Cantalapiedra
y Encinas de Arriba (Salamanca)

Los jardines de las letras, según parece,
los sembrará y escribirá como por entre-
tenimiento; y al escribirlas, atesora recor-
datorios, para cuando llegue la edad del
olvido, que le servirán a él y a cuantos ha-
yan seguido sus mismas huellas.

(Platón. *Fedro*)

La cita de Platón recogida en el exergo refleja, en cierta medida, el espíritu con el que abordo mi participación en esta tercera convocatoria de recopilación de memorias sobre vivencias de la escuela rural.

Al cumplirse en 2026 cincuenta años del inicio de mi vida profesional en el ámbito educativo quiero dedicar la redacción de estas líneas a mi madre, también maestra, homenajando de esta forma a una persona excepcional y ejemplar, a quien debo, además de innumerables enseñanzas, la orientación y el aliento para erigir a la educación en eje de mi compromiso con el mundo, contribuyendo así a elevar la calidad de vida de quienes lo habitan. Elegí en principio estudiar Sociología, pero habría sido necesario que me trasladara para ello a otra localidad, y, dado que la muy culta y muy hospitalaria ciudad de Salamanca ofrece gran diversidad de posibles estudios, parecía aconsejable permanecer en ella disfrutando de la vida familiar.

En consecuencia, al igual que Muriel, la protagonista de la novela de Lucía Baquedano *Cinco panes de cebada*, poco después de terminar mis estudios de Magisterio, en mi caso en la capital del Tormes como he indicado, incluido el correspondiente componente práctico, organizado a partir de estancias realizadas siempre en escuelas de centros urbanos, fui destinada a una escuela rural de la provincia.

Había estudiado por el Plan de 1967, conocido como “el de las catorce asignaturas por curso” ideado con la finalidad de aplicar la Ley General de Educación de 1970, denominada Ley Palasí, para prolongar la escolaridad obligatoria en España hasta los catorce años y pasar de la educación diferenciada por género a la coeducación. Pretendía formar docentes generalistas que a la vez cumplieran con una función tutorial.

Coherentemente el abanico de materias era amplio. Abarcaba las curriculares de entonces (Matemáticas, Lengua española, Idioma moderno, Ciencias Naturales, Física y Química, Geografía, Historia, Educación Física, Dibujo, Música, Plástica...)

además de las profesionalizantes: Psicología Básica y Evolutiva, Filosofía de la Educación, Pedagogía, Didáctica, Sociología, Prácticas Escolares impartidas con metodología teórica por profesionales en ejercicio (director y directora de las Escuelas Normales de Niños y Niñas respectivamente)...

El horario lectivo ocupaba mañanas y tardes. El estudio personal requería la elaboración de mapas, completar dibujos y trabajos manuales, ensayar canciones interpretadas con la flauta dulce en horas compatibles con el descanso del vecindario, generalmente alrededor de la hora de la comida, realizar múltiples lecturas, trabajos individuales y en equipo cuya presentación me llevaba mucho tiempo porque entonces yo mecanografiaba todavía despacio.

Las futuras maestras también debíamos dominar la aguja y el hilo. Aprendimos bordados: toledano, segoviano, deshilado canario... mientras los aspirantes a maestro practicaban la marquetería. Muchas horas fueron robadas entonces al sueño nocturno para emplearlas en unos estudios de “solamente tres años” poco valorados socialmente al compararlos con otros. Entre compañeros decíamos metafóricamente que, para conseguir el título, había que “matarse”. Después pude comprobar que también era alta la exigencia para conseguir una plaza y lo seguía siendo para desempeñar dignamente la profesión.

SER Y SENTIRSE MAESTRA

Tras los inolvidables años de formación, una mañana de primeros de octubre de 1976 recibí en la Delegación de Educación el nombramiento como maestra para trabajar en Lagunilla, localidad situada en la Sierra de Béjar, próxima al bello paraje denominado balcón de Extremadura. Después fui directamente a mi casa. Mis hermanas, mi padre y mi madre —entonces ejerciendo como maestra en La Alberca, donde residía de lunes a viernes durante el calendario lectivo— estaban ocupados en sus dedicaciones, pero, por alguna razón, estaba mi hermano. Cuando le di la noticia me dijo: “eres maestra, ¿verdad? Pues ya puedes ir a la escuela”.

Y, efectivamente, con la idea de tener a alguien a quien enseñar, empecé a sentirme maestra. Preparé mi sencillo equipaje y, también como Muriel, tomé por la tarde el autobús que hacía el trayecto hasta el pueblo. Me preocupaba desconocer el recorrido y solicité a los viajeros cercanos el favor de que me avisaran al llegar. Una vez superada la cerradísima curva de Vallejera, próxima a Béjar, cuya altitud era entonces 1.202 metros, empecé a suponer que el fin del trayecto se encontraría próximo. El autobús iba parando en todos los pueblos. Bajaban algunos viajeros y subían otros. Cada vez que paraba, yo preguntaba si llegábamos ya a Lagunilla y me respondían que todavía no. “¡Pues sí que me voy lejos!”, pensaba. El viaje se me hizo larguísimo.

Cuando por fin llegamos, dije a las personas que se bajaron conmigo del autobús que era maestra y les pregunté dónde podía alojarme. Me indicaron la vivienda en la que una familia acogía a los maestros. Se trataba de una familia numerosa, con hijos en edad escolar: María Jesús, Pelayo, Margarita Amelia y Óscar, que estaba en párvulos. Alberto tenía entonces solamente un año. Los padres se llamaban Millán y Margari. Fui muy bien recibida. Me preguntaron mi nombre y antepusieron inme-

diatamente el tratamiento de “doña”. Cuando les pedí que lo omitieran me explicaron que no era posible porque yo tenía un título académico y siguieron utilizándolo siempre que se dirigían a mí. Durante aquel curso conviví felizmente con la familia cuyos integrantes, para mencionarme, utilizaban entre ellos la hermosísima expresión de “la maestra”.

La escuela era un edificio robusto rodeado por un gran patio. Tenía amplios ventanales, techos muy altos y suelo de madera. Aunque nunca contrasté el dato, probablemente fuera una construcción perteneciente a las llamadas “escuelas de la república”. En una pared del aula se encontraba un cartel con el texto del primer mensaje que el rey Juan Carlos I había pronunciado el 22 de noviembre de 1975.

La escolarización empezaba a los cuatro años y el primer día algunos niños se querían ir con su mamá. Juan Manuel, por ejemplo, que cuando le cogí de la mano para mantenerle con el grupo tiraba de mí hacia la calle con tanta fuerza que temí que me tirara al suelo. Encontré la solución permitiendo que su madre se sentara a su lado durante varias jornadas. Ella le indicaba que realizara las actividades que yo iba proponiendo. De esa forma adquirió suficiente confianza y pronto empezó a mostrar gran facilidad para el aprendizaje. ¡Y no quería venir! Recordaba a lo largo del curso la madre. También de la mano llevaba y traía a casa a Óscar, el parvulito de la familia, aunque todos los escolares y él mismo eran autónomos para ir a la escuela y volver a casa sin acompañamiento alguno.

La semana posterior a mi llegada se celebró el día del Pilar, la fiesta de la Guardia Civil, que coincidió en miércoles y a la que asistí por invitación. Los hijos de los guardias civiles eran especialmente atentos y disciplinados. Uno de ellos se llamaba Lorenzo. Entre los escolares más pequeños recuerdo particularmente a Ismael y Tomasín. Con la natural ingenuidad infantil me preguntaron si podían esconderse bajo los pupitres para jugar a los pistoleros. Cuando, como es natural, les dije que no, que estábamos en el aula para aprender, pensaron en otra opción: “¿y a los indios ‘paches’?”. La mayoría se manifestaban con espontaneidad y Puri preguntaba muy seria que si podíamos empezar pronto a leer porque ella quería aprender ya.

Resultaba conmovedor trabajar con tales manifestaciones de tierna inocencia y fue muy fácil empezar a quererles, sentimiento sincero que también sentí de su parte. Algunas veces, tras la jornada vespertina, ciertos escolares se acercaban a la casa preguntando por mí y Margari les advertía de que tenían que esperar hasta la mañana siguiente para verme.

Al igual que Muriel, sentí la necesidad de ambientar el espacio escolar para hacerlo más acogedor y fomentar la adquisición de buenos hábitos de orden y limpieza. Dada la luminosidad de que disfrutábamos, pedí a las familias plantas para ser cuidadas en las ventanas, petición a la que respondieron gustosamente, empezando así a disfrutar de naturaleza viva en el interior del aula. Me hizo especial ilusión una de margaritas, muy florecida, por ser una especie infrecuente en ventanales.

Siguiendo el consejo del refrán “Donde quiera que fueres, haz lo que vieres” continué utilizando la cartilla para la enseñanza de la lectura. Se había optado en cursos anteriores por la de Paláu, que propone una metodología silábica. En los cursos siguientes fui evolucionando hacia mi estilo didáctico, más en consonancia con las

peculiaridades de la lengua castellana, que no es silábica, a diferencia de, por ejemplo, el japonés.

Se me había comunicado la conveniencia de permanecer en la escuela estrictamente durante el horario lectivo, por lo que, en ocasiones, mientras los escolares realizaban alguna actividad semidirigida, y a falta de escalera, yo ponía un pupitre sobre otro y sobre el segundo una silla, improvisando así una especie de andamio al que subirme hacia las altísimas paredes para colocar carteles y rótulos. El alumnado a veces levantaba la cabeza observando mis acrobacias y peripecias. Fue en una de esas ocasiones cuando uno de los niños exclamó: “Maestra, ¡que te matas!”

Me llevaba a casa cada tarde los veinticinco cuadernos para revisarlos, hacer el seguimiento de los progresos individuales, poner las “muestras” personalizadas de caligrafía para el día siguiente a quienes estaban aprendiendo a trazar las letras, recortar en cartulinas de colores el material didáctico a utilizar y preparar minuciosamente la correspondiente programación. Tener la total autonomía y toda la responsabilidad para adaptar la propuesta de actividades a las necesidades de cada escolar, ofrecía ciertas ventajas frente a la vida escolar actual que plantea algunos condicionantes como parcelar las sesiones atendiendo al horario de diferentes especialistas: idioma, música..., aunque es innegable que no somos polivalentes y que diversificar asignaturas es necesario.

Los sábados por la mañana viajaba a Salamanca en el coche de línea y casi siempre me mareaba durante el recorrido por la zona de curvas de la sierra. Los domingos no circulaba el autobús y para regresar al pueblo viajaba por la tarde en el tren Ruta de la Plata hasta Puerto de Béjar, donde me recogía Félix, el taxista. Disfrutaba así de una noche semanal y algunas horas compartidas en la ciudad con mi familia, que aprovechaba para lavar mi ropa, preparar la logística personal de las próximas jornadas y comunicarme con mis amistades. Cuando necesitaba telefonear durante la semana tenía que acudir al único teléfono del pueblo, instalado en casa de la telefonista.

La vida rural durante todo un curso académico me proporcionó enriquecedoras experiencias. Aquel otoño recogí castañas con la familia que me acogió. Los erizos caídos en el suelo que no se habían abierto se pisaban para abrirlos. El verbo específico utilizado para esta acción era “escarapuchar”. Mientras en la capital se denomina *castañada* a la actividad de asarlas para disfrutarlas en grupo, en aquella zona de la sierra las castañas asadas se llaman calbotes y *calbotada* la celebración. La familia recolectó también setas silvestres y por primera vez pude degustarlas.

Lamentablemente un luctuoso suceso empañó el otoño de aquella localidad rodeada de hermosos bosques de coloridas hojas. Un niño pequeño, Raúl, todavía no escolarizado, hermano de Víctor, uno de los alumnos, murió asfixiado al comer una castaña. Es indescriptible el dolor y la pena causados por un accidente así. Nos reafirma en la insoslayable necesidad de vigilar estrechamente a nuestra infancia para prevenir riesgos y alejarla de posibles peligros. Constituyó para mí una advertencia más de la fragilidad que presentan las personas en las primeras etapas de la vida y una llamada de atención sobre la vulnerabilidad de las criaturas confiadas al cuidado del profesorado.

A la cosecha de las castañas se sumó la de las aceitunas. La recuerdo envuelta en nieblas, muy persistentes en aquella comarca. Algunos días observaba evidencias de que el señor Millán había trabajado haciendo aceite en la almazara porque, aunque nunca pude presenciarlo directamente, cuando regresaba a casa se reflejaba claramente su duro trabajo en su aspecto y ropa. Por el contrario, tuve ocasión de observar la elaboración del aguardiente en un local que llamaban “El Pote”. Se obtenía destilando hollejo de uva en un gran recipiente o “pote” y se medía con el alcoholímetro la graduación del líquido resultante.

El frío de diciembre, propicio para realizar las matanzas, se asocia en mi memoria a los chillidos de los animales que se escuchaban cada mañana de camino a la escuela. Los vecinos se organizaban para ayudarse unos a otros y, cuando se realizó en la casa que yo habitaba, pude ser testigo, en parte, del enorme trabajo que conlleva tal tarea a pesar de que muchas manos contribuyan a llevarla a cabo felizmente.

Al acercarse la Navidad pedí al guarda forestal una ramita adecuada para poner un pequeño árbol que fue decorado con sencillos trabajos manuales realizados por los escolares. Para hacer cada bola recortábamos veinte círculos en papel de plata con un triángulo equilátero inscrito. Al doblar por los lados del triángulo surgían las pestañas que se iban pegando con paciencia al distribuir los triángulos en forma de icosaedro. Se conseguía destreza manual con dicha práctica, a la vez que, con espíritu navideño y buen ánimo, se concentraba la mente en aprender nociones de geometría.

Entre los recuerdos de mi primer año profesional se encuentra la visita de la inspectora de la zona. Curiosamente la historia de Muriel incluye igualmente una visita de inspección. En la novela resulta algo beligerante porque en ella se ponen de manifiesto las diferentes perspectivas sobre los contenidos que han de adquirir los estudiantes y se plantea cierta controversia porque en la zona rural tienen interés ciertos aprendizajes muy valiosos para la vida cotidiana que en las ciudades es imposible adquirir. Pero en mi caso doña Rosario favoreció una entrevista amable en la que me instó a cuidar con mimo la seguridad del alumnado, desde la perspectiva, no solamente física, sino también psicológica; criterio que yo ya aplicaba y que siempre ha presidido mi estilo educativo.

Enero, el mes más frío, con sus cielos estrellados y su aire limpiísimo, me pareció particularmente helador aquel año que posteriormente evolucionó a muy lluvioso. Aprendí por entonces, de Félix, un dicho sobre la percepción de mayor duración del horario solar: “por Navidad un pasito de gallina más, en enero lo nota el arriero y por los Reyes, los bueyes”. Mientras, en la casa, el aceite de oliva pasaba del estado líquido al sólido, y, en palabras de Pelayo, adquiriría la consistencia de un queso.

La escuela se atemperaba con estufa de gas butano, la casa con cocina económica, brasero de cisco (“picón” en otras zonas) y bolsa de goma con agua caliente para calentar la cama al ir a dormir. El olor a humo de leña atestiguaba los sistemas de combatir las bajas temperaturas en el entorno circundante. Entre los escolares yo cuidaba especialmente de evitar que Pedro se resfriara porque, a sus cuatro años, protestaba ante las incomodidades desvistándose. Empezaba por quitarse calzado y

calcetines para continuar a su modo con el resto de la ropa. Después había que ayudarle a volver a ponerse cada prenda.

Febrero permite vislumbrar la nueva primavera y escolarmente nos regala el momento en que, a muchos escolares, parece que “se les enciende la bombilla” empezando a mostrar evidencias de los aprendizajes pretendidos desde el comienzo del curso. Cada año he disfrutado de esa sensación de discurrir escolar tranquilo, con los ritmos y rutinas asentados, junto a la ilusión de que se recogerá la cosecha de lo que fue sembrado en otoño y se sigue estimulando mes tras mes.

Apaciblemente fue transcurriendo la segunda parte del curso en la que tuve la sensación de que el tiempo se deslizaba como por una pendiente. Vivir en Lagunilla fue muy aportativo para mí. Entre otras enriquecedoras experiencias, me permitió admirar el trabajo realizado por el folklorista y pionero de la etnografía moderna en Salamanca, Ángel Carril Ramos, quien, posteriormente, ostentaría el cargo de director del Centro de Cultura Tradicional de la provincia. A sus poco más de veinte años, ya era una figura destacada en su ámbito. Visitó el pueblo para grabar las canciones tradicionales que sabían las personas mayores de la localidad con el fin de documentarlas y conservarlas.

Algunas soleadas tardes primaverales de agradable temperatura acompañaba a la familia a los prados donde segaban el heno para alimentar al ganado, mientras yo preparaba mis lecciones, leía y escribía sentada sobre la hierba. Políticamente, la primavera de 1977 estuvo marcada en España por la transición democrática y el gran acontecimiento de la celebración de las primeras elecciones generales libres el 15 de junio. Las fotos de los líderes de distintos partidos llegaron al pueblo y constituyó todo un reto informarse, a través de distintos medios de comunicación, de los programas propuestos por cada uno. Margari hablaba conmigo sobre el tema valorando muy positivamente aquel decisivo cambio.

Así, al ritmo semanal que caracteriza la vida escolar, fuimos consiguiendo muchas metas marcadas para aquel mi primer curso como profesional del que mi memoria conserva tantas cosas.

UNA ESCUELA DE AULA ÚNICA A ORILLAS DEL TORMES

Durante mi segundo curso de profesión fui maestra en Aldealengua, una localidad próxima a la capital, situada cerca del río, que la baña antes de llegar a la ciudad. Ya no tenía que vivir en el pueblo, sino que me trasladaba cada día aprovechando el viaje que Isi, la compañera de Huerta, un pueblo más alejado, realizaba en su Seiscientos. El cultivo de las huertas constituía, de hecho, una de las principales dedicaciones de las personas avcinadas en las localidades de la zona.

Llevaba mi comida de casa y, entre la jornada de mañana y tarde, permanecía en la escuela, un edificio antiguo, poco acondicionado, que constaba únicamente del aula y un pequeño cuarto destinado a material. Carecía de aseos. En los recreos el alumnado iba a sus casas. Estaba situada en una primera planta a la que se accedía por una escalera de madera, cuyos peldaños crujían al pisar. Debajo se encontraba el ayuntamiento. El señor alcalde me solicitaba insistentemente que mantuviera a los

escolares en silencio para facilitar el trabajo administrativo. Una estufa de butano volvía a ser el medio de aportar calor en invierno, pero resultaba poco eficiente porque el aislamiento térmico dejaba mucho que desear.

La coincidencia hizo que, otra vez, la matrícula alcanzara la cifra de veinticinco escolares. Ubiqué convenientemente los distintos grupos de edad y gestioné los horarios procurando que, cuando yo me centrara en dirigir a uno de ellos, los demás trabajaran autónomamente, aunque manteniendo en todo momento una atención personalizada... Era una organización similar a la que se observa en el aula multigrado de la película-documental francesa de 2002, dirigida por Nicolas Philibert, “Ser y Tener” (“Être et avoir”). De nuevo la ambientación incluyó plantas naturales. Con ese motivo, Ángel, de tercer curso me dijo: “Por favor, no me ponga cerca un tiesto porque yo no quiero estar con cuidado de no estropearlo”.

Frente a los balcones se veía muy cerca el tejado de la iglesia. La proximidad del río invitó a las cigüeñas a construir un hermoso nido al que llegaron puntualmente por San Blas, confirmando así la sabiduría popular reflejada en el refrán “Por San Blas la cigüeña verás...” y ofreciéndonos el privilegio de observarlas fácilmente y despertar nuestro interés. Para aprovechar la motivación que los animales ofrecen a la infancia, en ocasiones, tras la lluvia, salíamos a recoger caracoles de tierra que estudiábamos y alimentábamos durante días antes de volver a soltarlos en su hábitat.

Durante el buen tiempo, algunas tardes hacíamos la lectura a la orilla del río. Estaba, y sigo estando, convencida de la utilidad de leer a diario individualmente con cada escolar. Quería evitar sesiones de lectura colectiva que impiden respetar la velocidad personal, exigiendo la adaptación a ritmos casi siempre más lentos o rápidos que el propio. Armándome de paciencia —una virtud básica para educar— comenzaba con quienes estaban en las etapas iniciales para dedicarles el tiempo requerido. A veces, mi hermano, que estudiaba Filología, se acercaba en bicicleta desde la capital para ayudarme con la lectura, ese aprendizaje tan esencial encomendado a la escuela.

De aquellas sesiones de lectura conservo otra curiosa anécdota: Olga, de las más pequeñas, hizo una pausa en sus esfuerzos por familiarizarse con la lengua escrita y mirándome muy seria me dijo: “¿Sabes a quien te pareces cuando lees con cada uno de nosotros?”. “¿A quién?”, pregunté. Y afirmó con rotundidad: “¡Al que saca las muelas!”. Muy sorprendida, quise averiguar en qué me parecía. Me explicó: “En que hasta que no terminas de atender a uno, no empiezas con el siguiente”. Durante nuestros estudios habíamos aprendido que el funcionamiento de la mente infantil presenta múltiples características, entre ellas la de razonar relacionando detalles que nunca habríamos imaginado. Aquel día Olga me ofreció un ejemplo claro.

Tras la comida y hasta el comienzo de la jornada de la tarde yo barría y limpiaba la escuela, pero, dado que todavía quedaba tiempo disponible, propuse la realización de una actividad voluntaria que resultó tan motivadora para las niñas como bien valorada por sus madres: aprender a coser y realizar bonitas labores. Además de propiciar la relajación y la calma, desarrollaron con ella diversas habilidades, muchas capacidades: cognitivas (atención, concentración, memoria...), motrices, estéticas, creativas, sociales al ser realizada en grupo... y virtudes como paciencia, perseverancia, precisión o disciplina.

La gestión de la escuela ocupaba entonces las mañanas de los sábados, que eran dedicadas a entregar en la Dirección Provincial diversos documentos cumplimentados y/o a entrevistas con la inspección cuando había alguna cuestión especial que resolver, algo que consultar o autorización que solicitar.

MI MADRE, MAESTRA DEL AULA CONTIGUA

En mi tercer destino permanecí dos cursos seguidos. Es Cantalapiedra un pueblo grande, situado en la comarca Tierra de Peñaranda, junto al límite de las provincias de Ávila y Valladolid, a unos sesenta kilómetros de la capital. Contaba con algunas viviendas para maestros entonces todas habitadas por docentes. Se daba la coincidencia de que, en aquella localidad, compartía mi nombre de pila con otras tres compañeras, por lo que acordamos entre nosotras nombrarnos de forma diferenciada y así lo comunicamos a los demás.

Lo más relevante para mí fue que también destinaron a mi madre al mismo pueblo. La escuela ocupaba tres edificios: céntrico el de mayor tamaño y dos más reducidos en barrios opuestos. Primer curso de primaria estaba desdoblado en dos aulas, situadas una junto a otra, en el edificio del antiguo instituto. De dicho nivel fuimos tutoras mi madre y yo. Había allí otras dos aulas de primaria. El ambiente entre colegas era muy agradable. Al mediodía, para comer lo que cada uno llevábamos preparado de casa, nos reuníamos en mi aula los cuatro que compartíamos el día a día.

Mi madre y yo viajábamos diariamente en tren. Coincidíamos con Tomasa, una amiga y compañera de estudios de mi madre, que ejercía en el pequeño pueblo de El Pedroso de la Armuña. Mostraba gran agradecimiento a mi madre porque, gracias a su ayuda, había aprobado en la carrera una de las asignaturas de Música. Durante el trayecto intercambiábamos experiencias escolares, sugerencias de metodología didáctica y estrategias para compaginar la dedicación profesional con el cuidado de nuestras respectivas familias, ya que, cada una de las tres, como se decía entonces, “llevábamos nuestra casa”...

De mi clase recuerdo los nombres de Rafael, Mari Carmen, Araceli, José Ignacio, Lorenzo (que dibujaba muy bien), María Luisa, Carlos, Agustín, Alfonso, Luciano, Natalie... De las familias lo que más me impactó fue la muerte de uno de los padres, al que conocí porque acudió a la escuela para una tutoría, lo cual era infrecuente, pues lo habitual era que fueran las madres. Me pareció especialmente cordial, respetuoso y educado. Sentí mucha pena cuando su hijo me dio la noticia.

Periódicamente, por las tardes, nos visitaba el sacerdote con el fin de interesarse por la forma en que se transmitían los contenidos del catecismo, que entonces formaban parte del currículum para todos sin excepción. Y de vez en cuando el médico, con motivo de revisiones o para preguntar si había observado síntomas de salud destacables en algún escolar.

La única foto que conservo de mi vida de maestra rural es de uno de estos grupos de primer curso con los que trabajé. Al curso siguiente también fui tutora de primer curso, pero con un nuevo grupo. Fue posible gracias a que pasó un fotógrafo que, con su trabajo, favoreció que hoy contemos con una imagen de aquella época.

Me hubiera gustado que aparecieran todos los integrantes de la clase, pero, por distintas razones, siempre suele faltar alguien.

Dado que uno de los escolares presentaba cierta dificultad para el aprendizaje de la lengua, sospeché de una posible dislexia. A falta entonces de especialistas o equipos de logopedas al que derivarle me preocupé personalmente por su caso. Conseguí consultar en la Facultad de Psicología con una persona que, de forma desinteresada, me escuchó y me ofreció pautas para atenderle más personalmente, aunque dadas las circunstancias, “mi” diagnóstico no pudo confirmarse, aunque, en realidad lo importante era conseguir progresos.

A finales de noviembre, con motivo de la fiesta del patrono, San José de Calasanz, todos los docentes del colegio nos reuníamos en una comida. Era la oportunidad de encontrarnos en un ambiente más tranquilo quienes compartíamos centro de trabajo y de dialogar con personas que solamente veíamos de vez en cuando en las sesiones de claustro. A los postres el director, que daba música, solía cantar.

DE NUEVO A LA VERA DEL TORMES

Otro pequeño pueblo, con dos aulas multigrado: hasta cuarto curso y desde quinto a octavo, Encinas de Arriba, en la comarca Tierra de Alba, cuyo centro es Alba de Tormes, fue mi último destino rural. Entre los recursos que allí proporciona el río destaca una piscifactoría que da trabajo a sus habitantes.

Nuevamente compartía con mi compañera el nombre de pila. Ella llevaba varios cursos en aquella escuela y eligió seguir trabajando con las edades pequeñas. Por tanto, me hice cargo de los cursos superiores. Así pues, la diferenciación se limitaba a ser maestra de “los pequeños” o “los mayores”. Al comenzar el curso yo ya había obtenido el carnet de conducir y comprado mi primer coche, por lo que nos turnábamos para recorrer diariamente los treinta kilómetros que separaban nuestra escuela de la capital llevando, como ya era costumbre, nuestra comida de casa.

Periódicamente los docentes de cursos superiores de la zona éramos convocados en Alba de Tormes para coordinarnos y unificar las programaciones. Al tratar en la clase de adaptarnos a esa demanda a veces aparecía alguna dificultad, por lo que un día Manuel, de séptimo curso, me dijo: “Usted enséñenos lo que sepa y crea que debemos aprender, sin preocuparse demasiado de lo que hagan en otras escuelas”.

Mi principal limitación era tener que enseñarles inglés cuando yo había estudiado siempre francés, tanto en bachillerato como en la carrera. Planteé dicha dificultad a la inspectora, que era otra distinta a la de la zona de Béjar. Ante la ostensible falta de recursos me dijo textualmente: “salga del paso como pueda”. Dicha circunstancia me obligaba, al regresar a Salamanca, a dedicar mis tardes casi íntegramente a estudiar inglés, traducir con ayuda del diccionario y preparar las sesiones lo más dignamente posible. A la escuela llevaba grabaciones con la finalidad de que aprendieran la pronunciación.

Nuevamente el Ayuntamiento confiaba la limpieza de la escuela al profesorado, aconsejándome el alcalde que se la encargara “a las niñas”, pero yo establecí equipos mixtos y también los niños aceptaron con normalidad el planteamiento. Sin embargo,

uno de ellos me informó de que su padre se había extrañado porque “él era niño” y eso, a su juicio, le eximía de barrer. Ante esa cuestión le dije que transmitiera a su padre que en la ciudad eran varones quienes barrían las calles, por tanto, también había hombres que podían barrer. Sin más diálogo quedó zanjada la advertencia.

Tras la comida y la limpieza, hasta el comienzo de la jornada de tarde, los escolares y yo nos ilusionamos con cultivar el jardín que, delimitado por una cerca, había delante de la escuela. Participaban voluntariamente quienes iban llegando. Resultó una actividad relajante, muy agradable, que favoreció múltiples aprendizajes. Cada flor tiene su ritmo, plantamos rosales en enero...

Precisamente un acontecimiento trágico tiñó de luto dicho mes: la muerte por meningitis de un escolar de seis años. Debido al riesgo de contagio, hubo que tomar muchas precauciones: el cuerpo no pudo ser velado ni tampoco llevado a la iglesia para el funeral. Todo sucedió muy rápidamente, de un día para otro. Había estado en la escuela sin mostrar ningún síntoma y cuando llegamos una mañana nos recibieron llorando porque había muerto. Mi compañera y yo estuvimos en la casa, tratando de consolar a la familia. Fue desgarrador escuchar a la madre cómo había tenido que separarse de él en el hospital y verle desde lejos cuando estaba tan malito.

Algunos nombres de mis escolares de entonces, además del ya mencionado son Clara, Juan Carlos, Mari Carmen, Esteban, Pilar, María Ángeles y Juan. Entre las actividades motivantes del aula “de mayores” cabe mencionar la elaboración de varios números de un periódico escolar y una convivencia de fin de semana en Candelario.

He de finalizar. Mis más sinceras gracias por esta encomiable iniciativa de dar voz al profesorado rural para compartir sus prácticas. Agradezco inmensamente esta oportunidad de evocar y ordenar mis vivencias de los años setenta del siglo XX en escuelas de la provincia de Salamanca, cuando la sobriedad económica y social, el deficiente estado de las comunicaciones e infraestructuras y la carencia generalizada de recursos, contribuían a hacer del ejercicio de la docencia un importante reto tanto pedagógico como personal¹.

¹ 30 años separan las realidades plasmadas en estas imágenes. (Nota de la autora).



Frades de la Sierra (Salamanca), 20 de abril de 1949. Las niñas de la escuela con su maestra, doña Matilde-Juana Rodríguez Delgado, madre de la autora, en su primer curso de ejercicio profesional.



Cantalapiedra, 1979. Alumnado de primer curso de Primaria en su aula, rodeando a la autora, su maestra.

DESDE MI MIRADA

(Segundo premio)

María José Curto
(Alcañices, Zamora)

Era una mujer elegante, con esa elegancia involuntaria, sin esfuerzo, independientemente del ropaje que usara y que casi siempre era el mismo, como era el del resto de las mujeres de aquella época, colores oscuros, pues parecía que estaba prohibida la alegría. Su cabello blanquísimo recogido en un moño en la nuca le añadía más dulzura y cercanía.

Cuando pronuncias o escribes una palabra, tu mente la transforma instantáneamente en una imagen. Cuando yo digo la palabra maestra viene a mí la figura de esa mujer. Claro que hubo otras, pero para mí es ella la que tiene esa categoría, la que me enseñó a leer con paciencia.

Cariñosa con todas las niñas. Tengo una imagen muy nítida de su figura y de su alma, pero soy incapaz de recordar el timbre de su voz. Nunca gritó ni mostró mal humor. Esa fue mi primera maestra, doña María.

Años de posguerra. Alcañices, Aliste Zamora.

Había tres maestras para las niñas, ella era la encargada de la primera etapa, desde los seis años, y su misión consistía en conseguir que aprendiéramos a leer, escribir, cantar los números hasta cien, sumar y restar, y conocer bien el mapa de España.

En mi escuela solo había niñas, los niños ocupaban un bello edificio situado en el otro extremo del pueblo, dirigido por un maestro. Antes de la guerra civil, ese edificio de escuelas era mixto. En la actualidad se conserva en muy buen estado. Pasada la guerra, ya en plena dictadura, se separó la docencia por géneros. Se habilitó para las niñas el edificio que hasta entonces servía de mercado, llamado La Alhóndiga. Estaba muy cerca de La Plaza, lugar de reunión y testigo de todos los acontecimientos posibles. Allí estaba contenido el mundo.

Ese era el espacio del recreo. A las doce de la mañana salíamos corriendo, siempre corriendo, vestidas con un babi blanco, las trenzas bien apretadas y gritando con alegría y contención. Le aportábamos a aquella atmósfera gris y cenicienta un poco de luz y esperanza.

Al edificio de mi escuela, situado frente a la torre del Reloj se accedía desde la calle bajando cuatro escalones que terminaban en un portal de suelo de piedra. Al fondo y frente a la puerta de entrada se abría la clase de las niñas de seis a ocho años. Era amplia, con mucha luz. Los pupitres estaban dispuestos en tres filas perpendiculares a la mesa donde se situaba la maestra por lo que hacían entre ellos cuatro pasillos, y por ellos pasaba doña María para vigilar nuestros trabajos.

A la derecha de la puerta de entrada a la escuela, recuerdo dos aulas, la primera era la de las niñas de 8 a 12 años y a continuación la clase para niñas de 12 a 14 años.

A la izquierda de la puerta de entrada, también había dos dependencias, una de ellas destinada a trastero-almacén, oscuro, con muebles y útiles de trabajo como encerados, pupitres viejos etc., a la espera de ser rescatados. Y el otro, con luz, que procedía de una pequeña ventana que asomaba a la calle; era donde se nos servía la leche en polvo, el queso amarillo y la mantequilla que venían de los Estados Unidos para paliar la desnutrición ocasionada por la reciente Guerra Civil española.

Salíamos de casa con el cabás donde guardábamos la pizarra, el pizarrín y la primera cartilla. La pizarra tenía un tamaño cuartilla, y sí, era de pizarra pulida, enmarcada en madera con esquinas redondas. En ese marco había una perforación destinada a introducir el extremo de un trapo inservible para otra cosa, que lo utilizábamos para borrar lo escrito con el pizarrín, casi siempre era necesario mojarlo con “escupiña”.



La autora en su primera infancia

En invierno, en los días más crudos llevábamos una estufa para calentarnos los pies. Consistía dicha estufa en un recipiente rectangular donde se depositaban brasas incandescentes (borrajo), con una tapadera perforada por donde salía el calor y a su vez entraba el oxígeno para la combustión. Ahí encima poníamos los pies.

Con objeto de que las brasas estuvieran bien rojas y así dar más calor, pues el borrajo parecía que se dormía, teníamos que salir cada cierto tiempo a la calle para avivarlo, cogiendo la estufa por el asa, moviendo el brazo como un molino. Todo un arte. Cuando la estufa era nueva (nos las hacía un herrero del pueblo, el Sr. Campante) olía mucho a pintura, hasta que esta terminaba quemándose. La suerte que teníamos es que las ventanas y puertas no eran herméticas, ni en la escuela ni en las casas, así nos libramos de intoxicaciones seguras.

Años de frío y sabañones.

Recuerdo con nitidez como era la primera cartilla. Todo en blanco y negro.

A Abanico

E Erizo

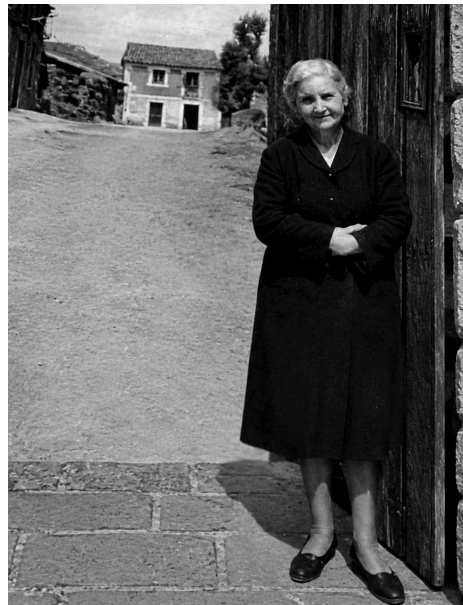
I Iglesia

O Oso

U Uvas

acompañado de sus correspondientes imágenes.

La formación de las primeras frases fue: “Mi mamá me mima, mi mamá me ama”.



Doña María

Al entrar en la escuela ya estaba doña María esperándonos. Solíamos comenzar cantando del 1 al 100 y mirando al encerado donde estaban escritos por ella todos esos números. Esto lo repetíamos varias veces y se acompañaba de correcciones de posturas y comportamiento con las compañeras. Si alguna niña tenía sueño, eso era respetado por la maestra, que la dejaba dormir apoyada la cabeza sobre los brazos y estos sobre el pupitre. Conocía muy bien a cada niña y su entorno familiar.

Si entraba algún adulto en clase, fuese quien fuese, todas las niñas nos poníamos de pie. A las doce de medio día, antes del recreo, salíamos al portal, nos disponíamos en tres filas. La maestra sacaba la bandera española y con el brazo en alto, cantábamos el *Cara al sol*.

Conseguía que, al terminar esta etapa, supiéramos leer, escribir, contar hasta cien, sumar y restar y a respetarnos entre las compañeras.

Percibíamos las niñas que, tanto en casa como en la calle, la maestra era una figura a la que se le tenía un gran respeto y admiración.

La escuela también era el lugar donde nos vacunaban. Llegaba una mañana don Modesto el practicante, con la jeringuilla cargada y preparado para el alboroto y los llantos de las niñas. Doña María nos disponía en una fila y todas con la manga del jersey remangada y llantos contenidos asumíamos que ese deber era incuestionable. Alguna que al principio se hacía la valiente ante las demás se resistía y había que pillarla “a lazo”.

La recuerdo con gran cariño. Tanto es así, que su muerte me produjo mucho dolor. Era, para mí, la primera ausencia de un ser querido. Estuve presente, a los pies de su cama, mientras el párroco don Matías le administraba la extremaunción, ese postrero sacramento que podía devolverle la salud.

Pero la escuela no se quedaba reducida a un edificio ni una maestra; continuaba fuera, en la calle. En aquel tiempo las edades estaban mezcladas integradas de forma natural. Todos los adultos del pueblo conocían perfectamente a cada niño y si había que corregir algún comportamiento o a hacer alguna advertencia se nos hacía, aunque no fueran nuestros familiares directos. Era un aprendizaje continuo.

Aprendíamos de la observación, de las conversaciones entre adultos. Veíamos como se hacían zapatos, se levantaban paredes, se hacían colchones, secar los fréjoles para conservar en el invierno, etc. Todo el ritual de una matanza que se celebraba una vez al año. Como se cultivaban las huertas; no nos tenían que explicar cómo se cogen unas guinchas pues la observación constante bastaba para aprenderlo de forma intuitiva. Todo esto formaba parte del paisaje.

Había un lenguaje no verbal que entendíamos perfectamente y reproducíamos aquello que veíamos. Los adultos no tenían prisa, nos observaban y nos dejaban equivocarnos para que aprendiéramos, tenían todo el tiempo del mundo.

El ritmo de aquellos años de infancia era lento, como un carro tirado por dos vacas guiado por una mujer con una vara en la mano, cruzando la Plaza. Había un ánimo de resignación espesa.

El provenir era un horizonte cerrado, pero sin proponerlo estábamos construyendo los soportes del conocimiento.

En este espejo borroso donde se mira el tiempo, que es la memoria, veo ese territorio de la infancia y no puedo más que agradecer a esa gran mujer que me enseñara a leer.

Al cumplir los 8 años de edad pasé a la clase de doña Benita, allí conocí la *Enciclopedia Álvarez*, era el libro fundamental, donde estaban recogidas las bases de todo el conocimiento que íbamos a ir adquiriendo a lo largo de todo el curso escolar. Pero en esa clase solamente estuve dos años, pues mis padres decidieron que empezase estudios para comenzar el bachillerato y sería en Salamanca.

De esa pequeña etapa recuerdo, así de pronto, una fábula de Samaniego titulada Los gatos:

*Micifuz y Zapirón
se comieron un capón
en un asador metido.
Después de haberse lamido
trataron en conferencia
si obrarían con prudencia
en comerse el asador
¿Lo comieron? ¡No señor!
era caso de conciencia*

Imágenes que quedaron grabadas en mi memoria y que conservo a mis 78 años. Gracias, doña María, por enseñarme a leer.

MI PRIMER DÍA DE ESCUELA

(Tercer premio)

Jovita Álvarez del Río
Salto del Castro, Castro, Saucelle,
Santovenia del Esla y Lumbrales
(Zamora y Salamanca)

MI PRIMER DÍA DE ESCUELA

Salto del Castro. Llegó el día: lunes, 16 de septiembre de 1958. ¡Mi primer día de escuela!

Teníamos que bajar un montón de escaleras desde casa y subir otras tantas hasta llegar a la escuela, que estaba situada por encima de la plaza, junto a la casa del maestro y muy cerca de la iglesia.

Mi escuela era unitaria y mixta. Era amplia y luminosa. Tenía una tarima de madera sobre la que se colocaba una mesa rectangular con dos cajones en el lado derecho. Allí guardaba don Gregorio, el maestro, las carpetas con las listas de todos los alumnos, varios libros, el cuaderno de clase, plumillas, lapiceros, sacapuntas y gomas de borrar. Encima de la mesa descansaban una regla de madera y un puntero que servía tanto para señalar los mapas como para corregir (pegar) a los alumnos que no cumplían las normas.

En una de las paredes colgaba un crucifijo; a su lado, el retrato de un hombre que a mí me parecía extraño, aunque era quien gobernaba España por entonces; y, a la izquierda, nuestra bandera. En otra pared había un mapa de España y varias láminas cuyo significado yo todavía no alcanzaba a comprender.

El aula estaba organizada en varias filas de pupitres bipersonales, cada uno con su correspondiente tintero. Delante de los pupitres y detrás de la mesa de don Gregorio había unos bancos donde nos sentábamos los más pequeños.

La escolarización comenzaba a los seis años y se prolongaba hasta los doce. Yo era la más pequeña de la escuela, todavía no había cumplido los cinco años. Don Gregorio dijo que podía asistir porque mi hermana Tere ya llevaba allí un curso y, según él, si yo no daba mucha guerra, algo aprendería. Me sentó en el primer banco. Las piernas me colgaban sin llegar al suelo, aunque seguramente para el curso siguiente ya alcanzaría a apoyar los pies.

Estaba tan contenta que no me costó nada levantarme aquella mañana. Cuando Leonor, mi madre, nos llamó a mi hermana y a mí, respondí enseguida:

—¡Ya estoy despierta! Tengo muchas ganas de ir a la escuela.

Mamá nos preparó el desayuno: una taza de leche de cabra que nos traía María, la hija de la tía Eugenia del Castro. Como cada mañana, le añadía pan migado. Después tocaba peinarnos. Era una tarea que requería paciencia porque ambas llevábamos

largas trenzas. A Tere le llegaban hasta la cintura; las mías eran algo más cortas. A veces protestábamos por los tirones que suponía desenredarlas.

Recuerdo una ocasión en que mamá enfermó y no pudo levantarse. Aquel día le tocó a Manolo, papá, ocuparse de todo: despertarnos, llevarnos a la escuela, preparar el desayuno y, sobre todo, peinarnos. Con Tere hizo lo que pudo, aunque las trenzas no quedaron demasiado bien. Conmigo ni siquiera se molestó en deshacerlas y fui a la escuela con las del día anterior.

Por la noche, mientras papá preparaba la cena, se repetía una y otra vez:

—¿Cómo os voy a peinar mañana? Será mejor cortaros las trenzas; son demasiado largas. Y dicho y hecho. Con la navajita con la que estaba pelando patatas, cortó una de las trenzas de mi hermana. Ahora tenía una larga y otra corta.

Al día siguiente nos llevó a casa de la señora Carmen, «la Morina». No era peluquera, pero cortaba y peinaba a quien se lo pedía. Terminó de arreglar el estropicio, nos cortó las trenzas y nos dejó flequillo. La verdad es que nos gustó mucho el resultado. Mamá, en cambio, se disgustó un poco al vernos sin aquellas bonitas trenzas. Durante unos días fuimos las protagonistas de la escuela. Todos nos decían lo guapas que estábamos.

En mi primer día, yo llevaba a clase mi cabás y una pizarra de la que colgaba un trozo de tela que mamá había atado para que no se perdiera. Servía para borrar, aunque a veces bastaba con escupir sobre la pizarra y limpiarla con la manga.

Tenía muchas ganas de estrenarlo, pero antes de comenzar la clase teníamos que rezar puestos en pie. Cuando acabó la oración, don Gregorio escribió una «a» y me pidió que la copiara. Yo me puse nerviosa y lo tiré todo al suelo. Tan sólo me quedó un trozo de pizarrín y con eso traté de imitar aquella letra que veía por primera vez en mi vida.

Cuando llené la pizarra, me ordenó borrarla y empezar de nuevo. Me resultaba muy pesado repetir siempre lo mismo. Le dije que me cansaba y entonces me mandó hacer palotes. Aquello me gustó mucho más; era más fácil y divertido que escribir la «a».

Recuerdo que, pasados unos días de repetir una y otra vez las vocales, el maestro comenzó a unir las con consonantes.

—“Mmmmm con e: me. Mmmmm con i: mi”.

Hasta que llegamos a la mítica frase: «Mi mamá me mima». ¡Aquello sí que era progresar!

Después llegó la p de papá, la s de sapo, la c de casa —que nos dibujaba para recordarla— y la famosa explicación de que la b tenía barriga para no confundirla con la d.

Todos los días nos mandaban tarea para practicar en casa. A mí, aquel primer día, me tocó hacer la letra «a». Yo hubiera preferido los palotes.

Tampoco puedo olvidar mi primer recreo. Fue maravilloso. Como era la más pequeña, me convertí en el juguete de las niñas mayores. Todas querían protegerme y jugar conmigo.

Las chicas jugaban a las tabas, al zapatito por detrás y cantaban canciones infantiles como al “Cocherito Leré”, “El patio de mi casa”, “Al corro de la patata” o “Tengo una muñeca”. Los chicos, por su parte, jugaban al burro, a las canicas, al chiquilín gua, a la peonza o con chapas. Pronto aprendí que tanto en clase como durante el recreo existía una clara separación entre niños y niñas.

También recuerdo que antes de salir al patio nos dieron un vaso de leche en polvo. No era como la leche que había probado en casa, pero a esas alturas de la mañana yo ya tenía un poco de hambre. La leche la preparaban las alumnas mayores en grandes cacerolas con ayuda de doña Trini, la esposa del maestro. Ella impartía a las niñas clases de costura, urbanidad y otras enseñanzas destinadas a prepararlas para el papel que entonces se consideraba propio de la mujer: ser buenas esposas y amas de casa. Mientras tanto, los niños realizaban más ejercicios de cálculo y problemas, pensando en su futura vida laboral.

Y lo mejor de todo es que recuerdo bien que aquel primer día, para tenernos contentos, el maestro no nos riñó demasiado y yo llegué a casa con ganas de que al día siguiente fuera día de escuela.

LA VIDA EN LA ESCUELA

Al terminar aquella mañana aprendí que el maestro era la máxima autoridad. Que la enseñanza era memorística, autoritaria, profundamente católica y patriótica y que los castigos corporales eran frecuentes. Que no se podía hablar sin permiso y que era obligatorio levantar la mano para intervenir. Bueno, en realidad no lo aprendí todo ese día.

Recuerdo que la escuela era un pequeño mundo en el que convivíamos niños y niñas de edades muy distintas. Los más pequeños ocupábamos los bancos situados delante de los pupitres, como comenté, y nos pasábamos los días repitiendo sílabas y palabras en voz alta mientras utilizábamos la *Cartilla de dos Rayas*. Mientras tanto, los mayores realizaban tareas que años después también haríamos nosotros: Aritmética, Lengua, Geografía, Historia, Cálculo, Geometría o Álgebra. Aprendían las tablas de multiplicar de memoria, resolvían quebrados, reglas de tres y problemas relacionados con la vida cotidiana: comprar patatas, leche o alubias; calcular gastos y sobranes; medir fincas para obtener superficies; o estudiar volúmenes. También trabajaban ejercicios del *Libro Ideal de la Infancia*. Todo ello se enseñaba según la edad y el nivel de cada sección.

La lectura se hacía en voz alta. Todos debíamos seguirla atentamente porque el maestro podía señalar a cualquiera para continuar. Si no sabías por dónde iba el texto, el castigo estaba asegurado. Algunos de aquellos libros eran *Pinitos*, *El Quijote*, *Corazón* o *Lecciones de Cosas*.

La escritura tenía una importancia enorme. Se exigía una caligrafía impecable, sin faltas de ortografía, limpia y ordenada, sin tachones ni manchas. Sin embargo,

muchas veces había más tinta en el cuaderno que dentro del tintero, pues la plumilla no siempre resultaba fácil de controlar.

También se valoraba mucho el dibujo. Recuerdo a una alumna que realizó una iglesia a carboncillo tan hermosa que el maestro la premió y colgó su obra en la pared para que sirviera de ejemplo a los demás.

De vez en cuando aparecía el cura para preguntar el catecismo a quienes iban a hacer la primera comunión. Debían saberlo perfectamente, sin equivocarse en una sola respuesta. Y los miércoles por la tarde dedicábamos un tiempo especial a la Historia Sagrada y a la Formación del Espíritu Nacional.

Me encantaba cuando el maestro desenrollaba los mapas. Los mayores buscaban las montañas coloreadas en tonos ocre y marrones, con las cumbres nevadas pintadas de blanco, y los ríos, lagos y mares representados en azul. Yo sabía que cerca de donde trabajaba mi padre discurría el río Duero. ¡Cuánto disfruté aprendiendo dónde nacía, por dónde pasaba, dónde desembocaba y cuáles eran sus afluentes! Más tarde memoricé el poema dedicado al Duero por Gerardo Diego, que todavía hoy recuerdo.

Aprendíamos las tablas cantando, recitábamos las lecciones de memoria y estudiábamos el catecismo. Nos castigaban con demasiada frecuencia y era habitual escuchar la expresión: «La letra con sangre entra».

Los libros los repartían los alumnos mayores que habían realizado bien sus tareas. Era un premio otorgado por el maestro. También era un privilegio escribir la fecha en la pizarra o borrarla al finalizar la jornada.

De la *Enciclopedia* Álvarez se utilizaban los volúmenes de Primer, Segundo y Tercer Grado. Yo aprendí a leer con la *Cartilla de Dos Rayas* y el *Parvulito* de don Antonio Álvarez. Llegué a utilizar las enciclopedias de Primer y Segundo Grado, pero no la de Tercero, porque al aprobar el examen de ingreso me trasladé a Lumbrales (Salamanca) para cursar primero de Bachillerato Elemental. Aquel bachillerato constaba de cuatro cursos y concluía con una reválida. Quienes deseaban continuar estudiando pasaban al Bachillerato Superior, compuesto por dos cursos más y otra reválida final. Después venía el Preuniversitario —la Preu— y, finalmente, la carrera elegida en la Universidad con su correspondiente examen para entrar.

Cuando estaba en la escuela jamás habría imaginado que, con el paso de los años, pasaría largas temporadas en Ceadea de Aliste, pueblo natal de don Antonio Álvarez, autor de aquellas famosas enciclopedias con las que aprendimos y disfrutamos tantos niños. Poder visitar su antigua casa, conocer a miembros de su familia y recorrer el museo dedicado a su figura ha sido, para mí, un auténtico privilegio.

Todos los días nos mandaban tareas para practicar en casa. Nuestro padre se sentaba con nosotras para ayudarnos con los deberes. Comenzó haciéndolo con Tere, después conmigo y luego con mis hermanas Begoña; Leo —en Saucelle— y Manoli —en Santovenia del Esla—. Incluso cuando ya éramos mayores y estábamos internas en Zamora, nos seguía ayudando a repasar las lecciones cuando regresábamos a casa durante las vacaciones.

No era maestro ni tenía estudios superiores, pero poseía una gran cultura. Nos escuchaba leer, nos hacía dictados, nos preguntaba las lecciones y corregía cuentas y problemas. Cuando aprendí a dividir, utilizaba la prueba del nueve para comprobar mis operaciones. Como entonces no existían las calculadoras, aquel método me parecía rápido y muy práctico. Todavía hoy me gusta seguir utilizándolo.

En aquella época eran muchas las personas que no sabían leer ni escribir porque no habían podido asistir a la escuela. Debían cuidar el ganado, trabajar en casa o simplemente porque sus familias no consideraban importante la educación. Cuando su trabajo se lo permitía, mi padre ayudaba de forma desinteresada a quienes querían aprender.

Los métodos educativos de entonces poco tienen que ver con los actuales. Sin embargo, aprendimos, fuimos capaces de transmitir conocimientos y desarrollamos capacidades que nos ayudaron a defendernos en la vida. Muchos compañeros llegaron incluso a la universidad.

De algunos compañeros guardo un recuerdo muy especial: Carpio, Abrantes, Pili, Carmen, Consolina, Tere, Paquita y su hermano Luisito, que era bastante travieso. Una vez insistió en llevarme a ver un avispero como si fuera una gran novedad. El resultado fue un auténtico desastre: él recibió bastantes picaduras, yo algunas, pero el peor parado fue mi padre, que tuvo que acudir a socorrernos y se llevó la mayoría. Para compensar aquella trastada, en otra ocasión se coló en un jardín ajeno para cortar unas rosas y regalármelas. También entonces recibió su correspondiente reprimenda.

Quiero terminar este relato recordando algunas palabras de Andrés Manjón que, con el paso de los años, he comprendido mejor:

«Si atiendo a la edad, empieza la educación con la generación, continúa con la infancia, avanza por la adolescencia, se desarrolla en la juventud y se completa y afirma en la virilidad».

«La educación es cultura y la ineducación, incultura; con buena educación el hombre puede llegar a su perfección; sin ella degenera y cae en la degradación y la barbarie, en la ruindad y la miseria».

«La educación del hombre debe ser una, continua, gradual, entera, activa, física, intelectual, tradicional, progresiva, armónica y convergente hacia un objetivo: el bien temporal y eterno del hombre».

«La conciencia, la razón y la experiencia acreditan nuestra libertad, al tiempo que nuestra responsabilidad».

«Rectificar errores de moda y corregir abusos es educar y civilizar».

Hoy, al recordar aquel primer día de escuela, vuelven a mí los pupitres, la pizarra, las cartillas, las canciones del recreo y los mapas que despertaron mi curiosidad por el mundo. Son recuerdos sencillos, pero forman parte de una época que marcó para siempre a quienes tuvimos la suerte de vivir la escuela rural.



Imagen de un libro de lectura
semejante a la Cartilla de Dos Rayas

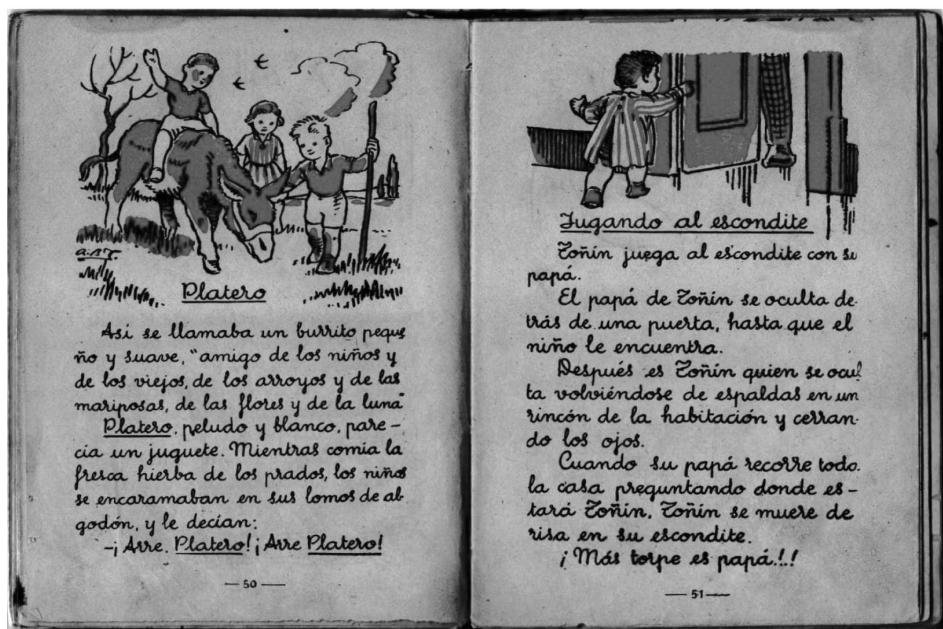


Imagen del libro Menudencias. Libro de letra manuscrita para párvulos, de Antonio Fernández Rodríguez

YO HE SIDO MAESTRO DE PUEBLO

(Mención honorífica)

I. Antonio Casas Muga

(Olmillos de Castro, Montamarta, San Cebrián de Castro,
Zamora, Nuez de Aliste, Villarrín de Campos,
Manganeses de la Lampreana, provincia de Zamora)

Es una tarde cualquiera¹ de una soleada primavera cualquiera con la vegetación en colorida floración y el agua fresca y cristalina corriendo por los regatos de las calles de Nuez de Aliste, a donde he vuelto después de cuarenta años en que mi vida ha transcurrido por otros derroteros provinciales, aunque no haya perdido la relación amistosa, entrañable y agradecida con personas de allí que encuentro, aunque sea esporádicamente, y que me traen vivencias de juventud intensamente disfrutadas en este típico pueblo alistiano.

Pero el pueblo de Nuez que veo y recorro no tiene nada que ver con el que realmente recuerdo y no se parece en nada el que de verdad creo que es. Todo es nuevo y diferente: las casas, las calles, el paisaje, los diferentes y típicos rincones de antaño. Nada de la plaza la Moral, Ricasenda, la Fuente Grande, la Culaguita.

Pero, sobre todo, es diferente la gente con la que me voy encontrando. Deambulo por las calles y no conozco a nadie. Nadie me saluda y, si alguien se acerca, tengo que explicarle quién soy. Lo de los jóvenes lo entiendo porque no he visitado el pueblo en mucho tiempo, pero ¿por qué no me saludan los mayores? ¿Tanto he cambiado? ¿O son ellos los diferentes y los de antes, de una u otra forma, se han ido?

No es posible que un pueblo de las características de Nuez se haya transformado tanto en su configuración, su estructura viaria y sus edificios de manera que se parezca tanto a una ciudad, pequeña y acogedora, pero parece una ciudad y no un pueblo de Aliste.

Sigo mi camino, dejo atrás la plaza y la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción y descubro que lo que verdaderamente no ha cambiado es la escuela de niños: el mismo edificio de planta baja con tres grandes ventanas a la calle, piedra y plano de cemento en el exterior y acceso por la fachada del naciente a través de una escalera doble de varios peldaños y una puerta de tipo postigo que comunica con una única sala encalada, con otras dos ventanas que dan a un pequeño patio. Enfrente de la entrada, la mesa del maestro y las filas de pupitres unipersonales de los alumnos.

Tampoco han cambiado mucho los niños. No sé quiénes son, pero hay más de treinta de todas las edades entre seis y catorce años que, como corresponde a la

¹ El autor anota, junto a su nombre, el título de “maestro nacional”. (Nota del editor).

infancia, están dando bastante guerra y generan una bulla que impacta desagradablemente en mis experimentados oídos.

Siento que el que realmente ha cambiado soy yo en mi vuelta. Yo soy el maestro. Entro en el aula y me esfuerzo por todos los medios que me proporciona la amplia experiencia por controlar el galimatías que hay en la clase, organizar el trabajo y conseguir que alguien me escuche. No hay manera, nadie hace las tareas, no paran de hablar, de tirarse papeles, de pelearse, de canturrear y, sobre todo, nadie me hace caso. Mientras más me esfuerzo y elevo la voz mayor es la algarabía. No transmito autoridad, he perdido mis aptitudes, habilidades y condiciones para llevar una escuela unitaria. No les puedo atender, sobre todo a los más pequeños. ¿Cómo reaccionarán los padres cuando se enteren?

Siento un enorme desasosiego, una angustia creciente y empiezo a preguntarme ¿cómo es posible que la Dirección Provincial de Educación, después de haber pasado por otras escuelas diferentes y habiendo sido inspector de educación, sin haberme hecho acreedor a ningún expediente disciplinario ni castigo, me haya mandado a terminar mi carrera otra vez a Nuez de Aliste?

No encuentro la respuesta y vuelvo a concentrarme en el aula, con lo que la desesperación y el sentimiento de impotencia aumentan hasta sobresaltarme y hacerme despertar. Con bastante angustia, por cierto.

Es uno de mis sueños recurrentes que no tengo nunca con otras escuelas sin que sepa explicar el por qué. Será que Nuez me impactó de una manera especial y, de vez en cuando, vuelve a mí a través del subconsciente. Una vez despierto, me tranquilizo y vuelvo a la plácida realidad de una venturosa jubilación, epílogo de una larga trayectoria profesional dedicada a la enseñanza.

LOS INICIOS

Todo empezó hace ya muchos años. Cuando yo iba a la escuela como alumno en mi pueblo natal de Montamarta era un niño aplicado y obediente, bien orientado por mis padres que tuvieron desde siempre una sana preocupación por que estudiara, que condicionó mi rendimiento y mis resultados académicos desde las primeras letras en la “escuela de arriba”, con don Alberto, y en el poco tiempo que estuve en la “escuela de abajo”, con don Severiano, donde llegaría creo recordar a la *Enciclopedia Álvarez* de segundo grado.

Al cumplir diez años me presenté al examen de ingreso que daba acceso al bachillerato elemental (cuarto y reválida). Primero y segundos cursos los hice por enseñanza libre y tercero y cuarto, con matrícula oficial en el Instituto Claudio Moyano de Zamora, para pasar directamente a la Escuela de Magisterio.

Con catorce años no se puede hablar de vocación y yo no soy consciente de haberla sentido. El condicionante primero de estudiar Magisterio fue sin duda la situación económica familiar y las posibilidades de otros estudios, muy escasas en la Zamora de aquellos años de mediados de los sesenta del siglo pasado.

El plan de estudios de magisterio de 1950 comprendía tres cursos y, como era buen estudiante, me hice maestro al terminar el curso 1967 con diecisiete años recién cumplidos. Algo impensable para hoy en que con esa edad estaría en primero de bachillerato. Pero, “los tiempos cambian que es una barbaridad”.

Nuestras circunstancias, nuestras relaciones personales y nuestro entorno van configurando nuestra vida. Así, en la cantamisa de mi primo Jesús, jesuita en aquel momento, que celebramos toda la familia en la capilla del Colegio Alfonso Rodríguez que la compañía tenía en Zamora, en conversación con el director del colegio o residencia, durante el banquete que también se celebró allí, se me ofreció la posibilidad de trabajar en la casa como educador y maestro de una unidad de tercero de enseñanza primaria. Y al septiembre siguiente, allí estoy yo con los diecisiete abriles, ante el toro de treinta niños de la capital cuyos padres habían elegido que fueran a clase a los jesuitas, que no era entonces cualquier cosa.

Compatibilizando la docencia con la vigilancia del estudio y la preparación de las oposiciones de Magisterio, llegaron estas de mil novecientos sesenta y ocho, las fui preparando como Dios me dio a entender y, como siempre y a veces por necesidad he sido bastante autodidacta, las aprobé.

Contribuyeron varios factores al éxito final. Años después, ejerciendo ya como maestro, un compañero que formó parte del tribunal examinador me dijo recordar que había destacado especialmente en el análisis gramatical. Sería verdad, pero no encuentro un motivo que lo justifique, no procedía de ningún ámbito destacado en la lingüística. ¡Yo era de cuarto y revalida!

PRIMER DESTINO OFICIAL EN OLMILLOS DE CASTRO

A mediados de verano me adjudicaron, como propietario provisional, la escuela de niños de Olmillos de Castro, localidad no lejana a mi pueblo, pero del otro lado del río y, por tanto, mal comunicada, de manera que las posibilidades de ir a casa los fines de semana eran muy pocas: la furgoneta de algún viajante, la bicicleta combinada con el tren o el coche de línea que suponía perder un día de clase y no podía utilizarse, así como así. Había que vivir en el pueblo con todas las de la ley.

Llegó el principio del curso y allí estaba el nuevo maestro a “tomar posesión” ante el alcalde del Ayuntamiento y a “buscar patrona”. Lo primero suponía hacerse cargo de una unitaria de niños con aproximadamente treinta alumnos de todas las edades que abarcaba la enseñanza primaria, de seis a doce años, cada uno de su padre y de su madre y con necesidades educativas especiales sin diagnóstico preciso ni indicaciones y orientaciones didácticas para su correcta atención y tratamiento. El sentido común y las cualidades más o menos innatas acompañadas del deseo de ser reconocido como un buen maestro suplieron la falta de formación psicopedagógica y didáctica que detectaríamos con los ojos de hoy.

Había que enseñar y aprender lo que se recogía en los Cuestionarios Nacionales que distribuían los contenidos por cursos y trimestres y se condensaban en la tantas veces reeditada *Enciclopedia Álvarez* de primero, segundo y tercer grado (“intuitiva,

sintética y práctica”) que ha marcado un hito histórico como ayuda y recurso fundamental de la enseñanza para niños y maestros. Se complementaba con un libro del maestro titulado “Sugerencias y ejercicios” que servía también de ampliación y apoyo en unas circunstancias escolares en las que toda ayuda era poca para poder organizar el día a día de la clase.

Quiero destacar algunas “curiosidades” que han formado parte casi siempre de mi actuación profesional y personal en las escuelas que he regentado y no especialmente referidas a los métodos didácticos, creo que muy relatados y conocidos en el campo de la historia de la educación, sino más bien a las relaciones con los alumnos y el entorno.

Una es que, en los recreos, en la era de al lado de la escuela, se jugaba al fútbol y el maestro era un delantero más al que algún zaguero de los niños mayores no dudaba en hacerle las correspondientes faltas. Por supuesto, el equipo del maestro no siempre ganaba. No siempre se puede ganar, creo que eso al menos lo aprendimos bien todos.

Por otra parte, como siempre he presumido de tener buena voz, me decía mi patrona que, cuando iba a lavar al Charil, a cierta distancia de la escuela, comprobaba que las lavanderas se enteraban de mis explicaciones y oían alguna reprimenda, si la había en ese momento. Afortunadamente y después de muchos años de práctica, sigo con buena intensidad y tono en el uso de la palabra. Vamos, que donde estoy generalmente se me oye. No siempre se me escucha, claro.

En tercer lugar, es que trabé relaciones yo diría que familiares con la de mi patrona que han perdurado a través de los años. Siempre, también en otros destinos, me acogieron y me trataron muy bien y es que en nuestros pueblos hay muy buena gente.

En Olmillos aprendí pronto a desenvolverme en las relaciones con las autoridades y entidades municipales, los poderes fácticos de los pueblos, en aquellos tiempos bastante caciquiles, y los padres de alumnos del mundo rural. También los jóvenes más o menos de mi edad fueron mis amigos, viví sus costumbres y compartí sus gustos y actividades de ocio. Entonces había en casi todos los pueblos baile los domingos y allí, en el salón, nos juntábamos para bailar con las mozas al son de la gramola y las canciones del momento: “son como el mar, como el azul del cielo y como el sol...”

Tengo grabado el recuerdo de mi debut como actor de teatro con mi ópera prima “El condenado por desconfiado”, de Tirso de Molina, preparado bajo la dirección del cura párroco, don Atilano, con arreglo hecho por él y solo hombres en el elenco. ¡Otros tiempos!

Y un par de curiosidades más que se pueden considerar como anecdóticas: entre los papeles que había en los cajones de la mesa del maestro y en algunos márgenes de libros de registro había versos sueltos, y alguna estrofa o poema más largo que despertaron mi curiosidad. Eran de Jesús Hilario Tundidor, poeta y escritor zamorano, que había sido el maestro de Olmillos con anterioridad, aunque seguramente entonces no gozaba del merecido reconocimiento que ha tenido después. Y también resulta curioso, aunque me preocupó bastante, que el día que fue el inspector de educación a visitarme, el que suscribe, don Antonio, estaba a Zamora porque un día al trimestre

por lo menos tenía que ir, aunque solo fuera a sacar dinero para pagar a la patrona y los gastos de la vida diaria, que entonces el sueldo me daba escasamente para ello. Como el inspector, don Juan Iglesias, era un hombre comprensivo aquello no tuvo ninguna trascendencia administrativa.

UN CURSO COMO PROVISIONAL EN LA UNITARIA 7 DE ZAMORA

El curso pasó rápido y al año siguiente me tocó, también como provisional, la unitaria siete de Zamora, en el barrio de Cabañales. Aunque es una escuela de capital, creo que puede tener su sitio en este relato porque las características son básicamente las mismas: escuela unitaria de niños, aquí más de treinta alumnos de todas las edades, aula con deficiencias, material escolar escaso, alumnos con dificultades y varios de etnia gitana con problemas de escolarización y maestro con solo la experiencia de un año como docente. Con los mismos métodos y parecida organización de la clase, pude salir adelante con la valiosa ayuda de mi compañera de la escuela de niñas que llevaba varios cursos allí y conocía mejor todos los recursos.

Tengo buenos recuerdos de los alumnos en general y me agrada mucho encontrarme con algunos, payos y gitanos, que me saludan con alegría. Como ya era aficionado al flamenco, recuerdo especialmente a alguno que, con nueve o diez años, se arrancaba por bulerías, aunque eso no formaba parte del currículo.

Recuerdo muy nítidamente que muchos días, en horario lectivo, veía a varios niños con la cara pegada a los sucios cristales de las ventanas sin poder discernir si añoraban entrar o simplemente curioseaban lo que pasaba dentro. Entonces no todos los niños estaban escolarizados y esos, por escasez de plazas, se pasaban el día en la calle ¡Una pena!

Y llegó el curso 1970-1971, hay que pedir plaza y es muy probable que me la den ya definitiva. Pedimos por orden de número en la oposición y, cuando me toca el turno, quedan Porto de Sanabria y Nuez de Aliste. Para mí es un dilema porque no conozco ninguna de las dos localidades. Alguien en la propia mesa, no recuerdo si conocido, amigo o bienhechor me dice que mejor me quede con Nuez. ¡Maestro definitivo de la escuela unitaria de niños de Nuez de Aliste!

EL ASENTAMIENTO EN EL MEDIO RURAL EN NUEZ DE ALISTE

Había que “tomar posesión”, algo para mí poco conocido, tanto como la comarca de Aliste, que también lo era para mi padre y mi primo Jesús que se ofreció a llevarnos en su “Volkswagen cucaracha” en el que emprendimos la ruta. Pasamos la aduana en Alcañices, pero aún hubo que continuar bastantes kilómetros por aquella estrecha y mal acondicionada carretera que empeoraba en las curvas de Sejas. Parecía que nunca íbamos a llegar, pero por fin avistamos el pueblo de Trabazos, donde estaba el Ayuntamiento.

Allí nos entrevistamos con don Pepe que, además del alcalde, era el maestro del pueblo. Un experimentado colega recibiendo a un pipiolo. Él que habría sido testigo de otras incorporaciones de nuevos maestro y maestras, porque en estos pueblos tan

alejados se paraba poco y, a nada que se acumularan puntos ¡jala! a acercarse a la capital; a no ser que fueras de la zona o te casaras con alguien que lo fuese, como le ocurrió a algún compañero que sigue viviendo en el primer pueblo de Aliste que le dieron. No fue mi caso y, así y todo, estuve en Nuez cuatro años que, como creo que ya he referido, recuerdo con satisfacción, alegría y nostalgia de juventud.

Don Pepe nos encaminó hacia Nuez. Era y es un pueblo grande en comparación con otros de su comarca, ubicado en el “Rincón de Aliste”, en la frontera con Portugal, separado por el río Manzanas que deja al otro lado, en su margen derecha, el pueblo de Quintanilla que varias veces visité con los mozos de Nuez para comprar tabaco y café que estaba mucho más barato que en España.

Emprendemos ruta por una carretera sin asfaltar y llena de baches que termina en una prolongada calle que desemboca en la plaza del pueblo. Allí encontramos a la pareja de la guardia civil uno de cuyos miembros, José, el marido de la maestra compañera que después seremos como familia, nos indica que podemos preguntar a la “Ti Ignacia” si me admite como pupilo. Es bar, carnicería y tienda al mismo tiempo y al mando está la señora Ignacia decidida, resolutiva y dicharachera, esposa del “Ti Angelito” más callado, distraído y calmado. Fue mi casa durante cuatro años y me trataron como a un hijo, recordando a su Ricardo que se había casado en Francia, donde habían sido emigrantes.

Es muy destacable en lo referente a la escuela el hecho de que entonces se aprobó la Ley General de Educación de 1970 y supuso un gran avance en la educación franquista, con extensión de la enseñanza primaria obligatoria hasta los catorce años y otros cambios que recoge su texto.

Desde el punto de vista práctico, trajo una mayor complicación con la implantación de los cursos de la Educación General Básica, nuevas y ampliadas materias de estudio, nuevos libros de texto, fichas de enseñanza individualizada y matemática de conjuntos, entre otras novedades de dudoso éxito que los legisladores no se preocuparon de adaptar a las unitarias del mundo rural. Pero lo fuimos superando porque los niños siempre se adaptan, los maestros nos esforzamos por estar al día y los padres iban tomando interés por la educación como medio de ascenso social para que sus hijos dejaran de sujetar la mancera, guiar la pareja de vacas, atender al ganado y mirar al cielo a ver si el tiempo “hace lo que tiene que hacer”.

Se produjo un avance extraordinario cuando la administración educativa permitió hacer un cambio fundamental en la organización escolar: nuestras escuelas se podían convertir en mixtas y los mayores estar en una clase con uno de los maestros, que fui yo, y los pequeños en la otra, con mi compañera Emilia. ¡Estaba llegando la apertura!

Iba a misa los domingos para sentarme adelante con los niños, jugaba la partida con los mozos y los hombres mayores, bajaba a los prados de los valles del río en primavera donde los jóvenes de ambos sexos estaban cuidando las vacas, acompañaba a mis patrones con algo de conversación por las noches y, en alguna ocasión, hasta despaché en el bar y la tienda que ellos regentaban.

Para un hombre la vida no era tan aburrida ni tan triste. Nuez tenía entonces cuatro bares, los mozos salía por las noches, los hombres casados recorrían los bares

por las tardes en varias cuadrillas. En el buen tiempo, había “filanderos” donde se cantaban canciones tradicionales —aprendí e interpreté la mayoría de ellas— y se bailaba —la danza no fue lo mío—; se hacían frecuentes comidas, asando carne en el campo con cualquier disculpa, el maestro asistía a casi todas las matanzas y las típicas bodas alistanas y, en fin, alguna vez hubo que ir a robar peras a alguna cortina, a cazar palomas a una mina abandonada o a pescar furtivamente al río. La vida para las maestras, aunque el control social se iba relajando, era mucho más dura.

Viví cuatro años en Nuez. Los dos primeros cursos sin coche, utilizando para acercarme a la capital el sistema del pueblo consistente en los “coches de punto”, costeando el viaje entre los ocupantes, porque el coche de línea se quedaba en Tra-bazos.

Tengo muy buenos recuerdos y grandes amigos, pero para mí Nuez quedaba lejos de Montamarta, donde vivían mis padres, y de Zamora que no dejaba de ser el centro de atracción más inmediato para jóvenes de mi edad. Así que, como a cada uno nos tira lo nuestro, en un concurso de traslados especial que exigía mantenerse en la plaza que se obtuviera por un mínimo de seis años pedí y me concedieron Manganeses de la Lampreana.

EN MANGANESES DE LA LAMPREANA

Aquí me esperaba una escuela “semigraduada”, mixta y con el eufemístico nombre de “25 Años de Paz” porque el grupo escolar se bautizó con la intención de recordar la victoria de la guerra civil, potenciando el ego de los vencedores. Eran dos edificios de una planta, con amplios ventanales y con una estructura arquitectónica muy peculiar que recordaba los barracones de las películas del oeste o un campo de concentración.

Contaba con cuatro unidades de Educación General Básica, que así se llamaba ya entonces, y una unidad de preescolar o párvulos. Una maestra daba a los pequeños, un maestro a los de edad intermedia y mi amigo y compañero César y yo nos repartimos a los mayores, él les daba lengua española y sociales y yo matemáticas, ciencias naturales y francés. El inglés como lengua extranjera predominante y obligatoria tardó aún varios años en llegar al sistema educativo español.

Recuerdo muy buenos alumnos, buena relación con los padres y con las autoridades locales y, en general con los vecinos del pueblo porque, aunque vivía en Montamarta, y me desplazaba todos los días con mi R-8 y después con mi Seat 124 a Manganeses, a mediodía, comía en la propia escuela, calentando en la estufa la comida que solícitamente mi madre me había preparado en la fiambarrera. Me resultaba más cómodo que buscar “una patrona” y me permitía tener cierto contacto con la gente del pueblo que no tenía relación directa con la escuela. Porque, en cuanto terminaba “el ágape”, me iba al bar Apolo XI donde invariablemente había partida de dominó que jugábamos César y yo contra dos vecinos del pueblo, con la expectación de muchos parroquianos que disfrutaban con lo poco que la pareja de maestros sabíamos del arte de “casar fichas” y cuando nos ahorcaban el seis doble. Claro, la mayoría de

los días, el café lo perdíamos los docentes y, por supuesto, lo pagábamos religiosamente.

Debo referir una anécdota de mi magisterio en Manganeses relacionada con la costumbre que ya traía de Olmillos, Zamora y Nuez de jugar al fútbol con los niños. Aquí era una pista polideportiva de tipo fútbol sala donde poníamos todo el interés y las ganas de vencer en la contienda. Y un día sufrí un esguince de tobillo bastante grave y doloroso. La cosa no hubiera tenido mayor importancia si no hubiera sido porque a la semana siguiente era mi boda y tuve que desfilar por la iglesia de San Cebrián de Castro trajeado, con la pata coja y bastón de apoyo para dar el “sí quiero” en el altar mayor. Tengo que decir que el curandero no obró aquí ningún milagro.

En 1980, el Ministerio de Educación, en aplicación de la Ley de 1970, decidió reunir las escuelas unitarias y todas las no completas en los colegios comarcales, en el mismo centro, lo que va a permitir impartir la EGB por “grupos homogéneos”. Se pretende una mejora general en la calidad de la enseñanza, aumentar los conocimientos de los alumnos, se facilita la especialización de los profesores y se le presentan posibilidades de trabajar en equipo y entiendo que se intenta también rentabilizar mejor los recursos, aunque haya que establecer rutas de transporte y comedores gratuitos y se queden la mayor parte de los pueblos sin la algarabía las risas, las carreras y los juegos infantiles ¡La España vacía!

Tendremos en cada provincia un buen número de centros completos que acogen a alumnos de su zona de influencia, de manera que las precarias carreteras se llenan de autobuses escolares (con tres niños cada dos asientos y teniendo muchos de ellos que hacer dobles rutas), las comarcales se llenan de niños y los pueblos que no habían tenido la suerte o el poder político y las influencias para que les hicieran un colegio comarcal se vacían de ellos de la mañana a la noche.

Y claro, apareció la lucha política entre los alcaldes que buscaban todo tipo de apoyos para que “la comarcal” se quedará en su pueblo. Y en Manganeses había contactos influyentes en Madrid que sin duda se tocaron y los técnicos llegaron a medir para hacer el edificio en los terrenos del grupo que estaba en funcionamiento. Creo que, con sentido común, alguien decidió que habiendo ya una “comarcal” en Villarrín y otra en Villafáfila, era una aberración hacer una nueva en Manganeses porque no iba a haber niños para tantos colegios. La cosa quedó en que los mayores, con don Antonio, que soy yo, se trasladarían al Colegio Comarcal “Villar Palasí”, de Villarrín de Campos. Y así fue como en el curso 1980-1981, aterrizamos en Villarrín, a medio curso, lo que no parecía muy procedente.

EN VILLARRÍN DE CAMPOS

Colegio Comarcal Villar Palasí, nombre del ministro padre de la Ley General de Educación de 1970, edificio de construcción bastante mediocre y característico de la época, muy reconocible. Un maestro por cada uno de los cursos de primero a quinto y para la unidad de preescolar, que estaba en la plaza, y creo que otros cuatro para los cursos del ciclo superior de la EGB, algunos desdoblados, a los que atendíamos por especialidades. A mí me tocaba matemáticas y un poco de francés.

Hubo de todo, como en botica: alumnos brillantes que me dijeron que habían sido felicitados por los profesores del instituto al que se trasladaron por lo bien preparados que iban en matemáticas, los que se desarrollaron normalmente y otros a los que les costaba progresar en la materia y ya intentamos ofrecer la atención que necesitaban e incluso el apoyo y tutorización de los compañeros, y algunos, creo que no demasiados, que se quedaron en el camino y tuvieron que repetir, especialmente en sexto. Entonces la repetición era frecuente incluso dos veces en el mismo curso, lo que suponía que los grupos de sexto fueran siempre más numerosos y no eran muchos los que se beneficiaban del recurso porque al año siguiente, haciendo lo mismo, los resultados eran parecidos.

Había transporte y comedor escolar. Como yo vivía en San Cebrián de Castro y los niños del pueblo iban a la comarcal de Villarrín, los acompañaba en el autobús a la ida y al regreso. Eran viajes bulliciosos y movidos y el maestro acompañante tenía que conseguir que fueran sentados “con formalidad”, sin peleas ni alborotos peligrosos para el transporte y su integridad. Siempre el regreso era más ruidoso que la ida. Por la mañana, como madrugábamos, íbamos algo adormilados, pero a la vuelta, la acumulación de cansancio y la alegría porque se había acabado la tarea y se volvía al pueblo y a casa despertaba las ganas de dar guerra.

Al comedor asistían todos los niños que no eran del pueblo y los maestros que no vivíamos en la localidad. Comíamos y a la vez vigilábamos el comedor e intentábamos implantar algunas normas de higiene alimentaria y urbanidad en relación con el comportamiento en la mesa. Con lo que no pudimos nunca fue con la idea de doña Encarna, la encargada directa del comedor, de que de vez en cuando era muy salu-dable que el segundo plato fuera hígado. Allí “era el llanto y el crujir de dientes” y, los mayores o los más espabilados se arreglaban de alguna manera par evitar ingerir la víscera, encebollada o sin encebollar, valiéndose de diversas artimañas que a veces tardábamos en descubrir. La más sonada fue que se guardaban los filetes de hígado entre la camisa y el jersey y, cuando salían del comedor, lo tiraban en las cisternas de los váteres, de lo que nos enteramos cuando se produjeron algunos atascos.

Durante estos cursos, como he dicho, impartí matemáticas y francés a los grupos de cada nivel de la segunda etapa. Creamos unos talleres con diferente contenido, un grupo de prensa que editó varios números de una revista escolar, fomentamos excursiones y salidas al entorno y a visitar alguna industria local y me parece interesante relatar que, ante la implantación de los juegos escolares, nos apuntamos a participar con notable éxito en alguna modalidad deportiva como balonmano femenino en que las niñas del colegio, entrenadas por don Manuel, consiguieron la clasificación para la fase nacional. Muchas veces fuimos nosotros los taxistas que los llevamos en nuestros coches por amor al arte ¡Qué inconscientes e irresponsables! digo ahora desde la distancia temporal, pero también ¡qué gran entrega e ilusión por la profesión!

Permanecí en Villarrín hasta el curso 1985-1986 en que, al haberme licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación, se me permitió participar en el concurso para proveer plazas en localidades de más de diez mil habitantes y me adjudicaron el Colegio Público Obispo Nieto de Zamora capital.

UNA LARGA ETAPA FINAL

¿Y qué decir del Obispo Nieto? Sería necesario un capítulo aparte porque han sido dieciséis años de mi vida como maestro, pero nada menos que treinta y ocho o cuarenta en que el colegio ha condicionado, y sido un elemento relevante en mi existencia personal ¡Ser del Obispo Nieto imprime carácter! Pero al tratarse este de un relato acotado a la escuela rural lo dejaremos por ahora.

Siendo director del colegio, se me presentó la oportunidad de seguir trabajando en el ámbito educativo desde la administración, concretamente desde la Inspección de Educación y mis últimos años como funcionario han sido como inspector. Siempre sin olvidar mi condición de maestro.

Cuando hablo sobre mi vida laboral siempre digo que, por encima de disgustos, sinsabores, burocracia, escaso reconocimiento social del magisterio, poco sueldo y otros inconvenientes, siempre me he encontrado a gusto en el mundo de la educación y de ello me siento orgulloso. He procurado dar ejemplo y ánimo, sobre todo a los que se inicia en esta importante, bonita y gratificante tarea. Espero haber contribuido con mi granito de arena a mejorarla.

MI CURSO EN CIONAL

(Mención honorífica)

Carmen Ramos García
(Cional, Zamora)

Era mi segundo año como funcionaria de carrera. Cursé los estudios de Magisterio en Zamora, en la Escuela de Formación del Profesorado de EGB, que así se llamaba el centro, por la especialidad de lengua española e idioma moderno.

En septiembre de 1984 me destinaron a Cional, un pueblecito de la Carballada, donde por entonces todavía había un comercio, una taberna, un bar y una casa particular con un teléfono público. Yo no tenía coche, ni carné de conducir, pero tenía un novio, médico en desempleo, que se ofreció, no solo a llevarme al pueblo, sino a quedarse conmigo, al menos de momento, hasta que le llamaran de la bolsa del paro, aunque pensaba que no tardarían.

Cional se encuentra a 5 km de Villardeciervos, siguiendo por la carretera comarcal que conduce a Codesal, Sagallos, Manzanal de Arriba, Sendín, Entrepeñas y conecta con la carretera de Puebla de Sanabria.

Un buen lunes por la mañana llegamos Miguel y yo a Cional. La verdad es que no recuerdo cómo fue el encuentro, supongo que preguntaríamos a la primera persona que viéramos, y así conocí a Mari, la alcaldesa pedánea, ya que Cional pertenece al ayuntamiento de Villardeciervos. María Remedios Fernández Pomedá me recibió con los brazos abiertos cuando aparecí en su casa a presentarme. Me entregó las llaves y subió con nosotros a la casa y a la escuela, mostrándome los espacios. Y digo subió porque tanto la escuela como la casa estaban construidas en la parte más alta del pueblo, la primera edificación que encontramos al llegar a Cional una vez que se pasa el puente sobre el río Valdalla.

El panorama que encontré al entrar en la vivienda fue desolador: una casa completamente desmantelada.

La maestra del curso anterior, que había estado de titular más de 20 años, había solicitado otra plaza en el concurso de traslados porque le aseguraron que la escuela se cerraba por falta de alumnado, tan solo había dos niñas de 5º de EGB y un alumno de 8º. Sin embargo, a última hora, la Delegación de Educación cambió de idea porque llegó al pueblo una familia procedente de Cataluña con dos niños en edad escolar y la Delegación no tuvo más remedio que mantenerla abierta.

Pensando que nadie más utilizaría la casa, la maestra además de llevarse sus pertenencias se llevó también los portalámparas y los enchufes, es decir, estaba completamente desmantelada y en un estado lamentable, las puertas no cerraban bien y entraba el viento por debajo arrastrando hojas secas y broza, la cocina con azulejos caídos, y por supuesto, no había baño, ni ducha. La casa tenía una pequeña entrada, dos habitaciones con sendas ventanas cada una de ellas que se abrían hacia la fachada

principal de la casa y una habitación más que dediqué a laboratorio fotográfico, ya que entonces esta era mi gran afición. Desde la cocina se accedía a un patio rodeado por un muro de dos metros muy descuidado, con mucha maleza y hasta con el escombros que dejaron los albañiles después de construir, en uno de los extremos, un cuartito, con una puerta que no cerraba bien, y un triste retrete, entonces lleno de telarañas. Eso era todo.

En un primer momento la actividad fue frenética ya que tuvimos, en primer lugar, que resolver el problema de la electricidad, después encalamos la casa de arriba a abajo, y llevamos unos pocos muebles, una camilla, cuatro sillas y una cama. La estantería la hicimos con bloques de hormigón y unas tablas, además llevé algo de menaje de cocina, libros, sábanas y toallas y una cocina de gas, de maleta, que me prestó mi madre, poco más.

Y llegó el día de conocer a mis cuatro alumnos oficiales: Juan Manuel Pomedas Iglesias de 8º curso, y los tres de 5º, Encarna García Gallego, Pilar Romero Fernández y Alexis Antúnez Llamas. Aunque el periodo de Educación Infantil no era obligatorio entonces, admití a Álvaro Antúnez, con cinco añitos, hermano de Alexis.

Deseosa de tener más alumnos, admití también, de manera extraoficial, a Mari Paz, hermana de Encarna que había superado 8º de EGB el curso anterior, pero prefirió volver al colegio “de oyente” a estar en casa sin nada que hacer. Había pedido una beca para la Universidad Laboral y solo estuvo con nosotros el primer trimestre.

La escuela constaba de un aula y un cuartito tipo almacén donde había trastos viejos.

El aula era muy amplia y con una orientación excelente pues nos daba el sol todo el día a través de los grandes ventanales que miraban hacia el sur y que se abrían hacia la era. Estaba abarrotada de pupitres de madera, biplaza, de los de antaño, de esos que podemos ver en cualquier museo escolar, y estaban apilados ocupando gran parte del espacio disponible. Había otros, un poco más modernos, biplaza también, que colocamos en semicírculo alrededor de una estufa de gas, la única fuente de calor con la que contábamos y que resultaba de todo punto insuficiente para un aula tan grande. Y para mí tenía una mesa grande y un sillón, ambos de madera. También había un armario de madera con cristales en las puertas. Dentro había algunos libros de consulta y de lectura. En las paredes colgaban mapas y láminas del cuerpo humano.

Recuerdo la sensación heladora en los fríos meses invernales. Aparte de la calefacción deficiente, tenía la escuela otro inconveniente no menos importante, como era la falta de aseos, no había siquiera un lavabo, de modo que los niños tenían que salir a la calle si tenían necesidad de ir al baño.

Sobre el muro perpendicular a las ventanas, estaban las pizarras, una negra, de obra, pintada sobre la propia pared, de extremo a extremo y otras dos verdes, más modernas, colgadas sobre la primera.

El primer trimestre pasó rápido pero, sinceramente, no recuerdo mucho sobre el trabajo del aula. Tampoco lo recuerdan ni Pilar ni Juan Manuel, con los que he mantenido sendas conversaciones en un intento de completar esta memoria con datos

ciertos. De lo que sí estamos seguros es que el horario era de diez a una y, la sesión de tarde, de tres a cinco.

A lo largo de la mañana cambiaríamos de asignatura, suponemos, pero la verdad es que ninguno lo recuerda con claridad. Por supuesto hacíamos lengua española, matemáticas, ciencias naturales y sociales, trabajos manuales, educación física y religión. En aquella época no se daba idioma ni música.

En lengua española a menudo hacían redacciones, normalmente sobre un tema de su elección, pero un día les pedí que escribieran sobre las costumbres de su pueblo y recuerdo muy bien la que Juan Manuel hizo sobre la celebración del 1 de noviembre. Los mozos de Cional “encordaban” durante toda la noche, es decir tocaban las campanas durante la noche de las ánimas. Hacían una gran hoguera junto a la iglesia y allí pasaban la noche, mientras por turno subían al campanario y no dejaban de tocar hasta que clareaba el día.

Para cenar asaban en la hoguera una machorra que habían sacrificado por la tarde y se entretenían asando castañas y así pasaban toda la noche contando historias de miedo.

Recuerdo con claridad los recreos y las clases de educación física en la era, un espacio en alto, soleado, con vistas al río Valdalla y al fondo la sierra de la Culebra.

Juan Manuel recuerda que en el recreo siempre habían tenido un balón, pero que llegaron conmigo aros y pelotas de gimnasia rítmica. Supongo que las compraría con el presupuesto del colegio. Pilar, sin embargo, recuerda raquetas de tenis blancas y azules.

Es curioso ver cómo cada cual recuerda de un modo completamente diferente una realidad vivida en común en un momento determinado.

Recuerdo con nostalgia las excursiones por el río Valdalla y agradezco infinito todo lo que aprendí con estos niños, aprendí a reconocer los champiñones que crecían en las praderas, los boletus que nacían debajo de las jaras, los cucuriles o roquiles y los niscalos, aprendí a distinguir una encina de un alcornoque y un montón de otras cosas de la vida rural.

Miguel había participado como educador en campañas de “educación para la salud” en colegios de Zamora organizadas por el Ayuntamiento de la capital, y una tarde del otoño le pedí que les diera una charla de las que había impartido ya, y decidió que fuera sobre salud bucodental.

Era otoño, la época de la recogida de setas, los niños me habían comentado en clase que la gente del pueblo estaba en plena recogida de setas de jara (*Boletus Edulis*) para venderlas y estaban sacando buenos jornales. Una tarde, después de clase salimos a buscarlas. No cogimos muchas, pero aun así las vendimos y con lo que nos pagaron les compré en Zamora unos estuches con cepillo de dientes y dentífrico como colofón a la charla de salud bucodental.

Juan Manuel recuerda otras charlas sobre temas de salud, los viernes por la tarde. Humildemente reconozco que solo recuerdo esta de la higiene de la boca.

Otro día, la madre de Alexis y de Álvaro, que era muy aficionada a las setas, como buena catalana, se ofreció a guisarnos unos niscalos con patatas y todos los

alumnos vinieron a mi casa a cenar. ¡Ese día tuve que pedir prestadas sillas a mi vecina Herminia ya que yo solo tenía cuatro!

Es bien sabido que la figura del inspector imponía respeto o incluso miedo entre el profesorado. Sin embargo, recibimos inesperadamente la visita de un inspector muy amable, don Virgilio Cacharro, quien se interesó por la situación de la escuela y tomó nota del deterioro del edificio y no recuerdo que su visita provocara un trauma sino todo lo contrario. Amablemente nos hizo preguntas a los niños y a mí y la verdad es que se fue tranquilamente igual que llegó, sin más problema.

Recuerdo con nostalgia los paseos por el río Valdalla, siempre con mi cámara al hombro. No me cansaba de fotografiarlo todo, aunque no podía excederme, ya que por aquel entonces esta era una afición nada barata.

Me recuerda Juan Manuel, que, en uno de esos paseos, alguno de ellos, o quizá yo misma, propuso llegar hasta Manzanal de Abajo, el pueblecito más cercano a Cional, medio deshabitado, que muy pronto quedaría sepultado por el embalse. No sabían muy bien el camino, pero sabían que estaba a orillas del Valdalla de modo que, ni cortos ni perezosos, comenzamos a caminar río arriba, caminando despacio pues debíamos retirar a nuestro paso la abundante vegetación, ya que no se veían caminos por allí. El monte estaba bastante cerrado, pero yo me dejaba guiar y confiaba plenamente en Juan Manuel, que era un chico muy sensato y responsable.

Fue una verdadera aventura, a decir de este alumno. Finalmente llegamos a Manzanal de Abajo y los pocos vecinos que encontramos se echaron las manos a la cabeza cuando nos vieron aparecer desde el río, pues había un camino, bastante cómodo, que nos mostraron y que, por supuesto, seguimos con alivio para regresar a Cional, ya un poco fuera de hora, al atardecer. La verdad es que fue una temeridad por mi parte, ya que entrañaba cierto riesgo esta excursión, solo disculpable por mi inexperiencia.

El tiempo pasó rápido y pronto se acercaban las vacaciones de navidad y pensé que debíamos hacer una función para el fin del trimestre. Se me ocurrió que podíamos poner en escena alguna obra facilita, ya que en Cional había mucha tradición de “hacer comedias”, como ellos llamaban a cualquier representación, sin tener en cuenta el género.

Después de barajar varias propuestas, decidimos poner en escena *Las Tres Reinas Magas*, de Gloria Fuertes. Una obrita antibelicista, en prosa, pero que contiene también algunas rimas divertidas. El título nos da una pista del argumento, las protagonistas son las esposas de los Reyes Magos. Como Melchor, Gaspar y Baltasar están ocupados haciendo la guerra, ellas los sustituyen para ir a llevar los presentes al niño Jesús. La leímos en clase y a los alumnos les gustó mucho, de modo que nos pusimos inmediatamente manos a la obra, repartimos los papeles y empezamos a buscar vestuario y *atrezzo*.

Los ensayos los hacíamos por la tarde, una vez que acababa la clase, tenemos que recordar que la jornada única no se había implantado y me atrevo a decir que no se había inventado todavía.

En los preparativos de vestuario, decorados y atrezzo contamos con la ayuda inestimable de Miguel, que tuvo que apañárselas para hacer los dromedarios con cartón, la estrella que las guiaba y hasta un ovni que pasaba por encima de las cabezas de las Reinas Magas, cuando estaban tomando un refrigerio en pleno desierto.

Invitamos a la representación a todos los familiares y vecinos que quisieron asistir y la verdad es que fue un éxito rotundo. Todo el mundo disfrutó de la función y aplaudió con entusiasmo. Asistieron a la representación todos los padres, pero también numerosos vecinos que llenaban el aula.

Me recuerda Juan Manuel que dos jóvenes del pueblo, que seguían la obra con atención, no pararon de fumar ni un momento durante toda la obra y que él se sentía incómodo sabiendo que yo era contraria a que se fumara en los centros escolares. Lo cierto es que este detalle no lo recordaba, como también había olvidado que, hasta no hace mucho, no existían prohibiciones de fumar en entornos escolares. Estoy contenta por los avances que hemos conseguido en este campo.

La última semana de enero, supimos que Miguel ya no volvería en febrero pues le ofrecieron un puesto de médico y empezaría a trabajar en breve, por tanto, tendría que organizarme de otro modo para llegar a Cional ya que, como dije al inicio de esta memoria, yo no tenía ni coche propio ni carné de conducir y tampoco había coche de línea que me pudiera servir en mi necesidad de desplazarme a Cional.

Estando un día con la cartera del pueblo y hablándole de mis preocupaciones, me sugirió que hablara con una maestra joven de Villardeciervos que venía los lunes a trabajar y se marchaba a casa los viernes por la tarde. Y así, una buena tarde de finales de enero, la cartera de Cional me acercó en su coche a casa de la que desde entonces hasta el momento presente sería mi amiga Isabel, Isabel Sanjurjo Coca.

La cartera nos presentó y enseguida Isabel se ofreció a traerme y a llevarme sin poner ningún tipo de pega. Isabel es la persona más generosa que conozco, no veía ningún inconveniente en traerme los lunes y llevarme los viernes a casa. El único problema era que ella vivía con sus padres en San Cebrián de Castro, a 22 kilómetros de Zamora. Si quería viajar con ella tendría que ir a su pueblo el lunes por la mañana muy temprano para poder llegar a tiempo a trabajar.

En aquella época no era tan fácil, como ahora que todo el mundo dispone de vehículo propio, desplazarse de un lado a otro. De modo que para poder salir el lunes tan pronto por la mañana, acordamos que Miguel me llevaría a San Cebrián el domingo por la noche. Isabel me invitaba a cenar y a dormir en su casa, también a desayunar y madrugábamos lo suficiente como para llegar a trabajar a la hora. No acabaré nunca de agradecer lo suficiente a esta amiga que fue generosa al máximo, no le importó tampoco añadir 10 km a su recorrido habitual para llevarme hasta Cional y retroceder los 5 km que separaban nuestros destinos.

En primavera, muchas tardes Isabel recorría en su bicicleta la distancia que nos separaba y pasábamos un rato charlando mientras tomábamos un café en mi casa, después de la clase.

Otras veces, Isabel venía a buscarme en su coche para pasar la tarde en Villardeciervos en casa del maestro José Antonio Redondo y su mujer, Sol Martín. Nos

gustaba jugar con Abraham, su niño de tres o cuatro años. Y a menudo nos reuníamos también con el médico y los empleados de la Caja Rural y otros convecinos en una animada tertulia en casa de alguno de ellos.

Teniendo en cuenta el éxito de la obra *Las Tres reinas Magas*, mis alumnos y yo misma decidimos poner en escena, con ocasión del fin de curso, una obra sencilla y breve, en este caso decidimos hacer *Zuecos y Naranjas* de Montserrat del Amo. Se trata de una obrita en la que Vicente, un niño de 11 años, y su familia se trasladan a Dinamarca por motivos de trabajo de sus padres. Esta obra nos gustó porque los protagonistas eran niños como ellos y nos muestra la relación de amistad que se entabla inmediatamente entre el niño recién llegado a Dinamarca y sus compañeros de colegio a pesar de la dificultad del idioma y las costumbres tan diversas.

Y básicamente esto es todo lo que recuerdo y/o recordamos mis alumnos y yo.

No me gustaría cerrar esta breve memoria sin dar las gracias tanto a Juan Manuel Pomedá como a Pilar Romero por su ayuda inestimable, sin la cual este escrito estaría sin duda más incompleto.

Y terminaré diciendo que mi primer curso en una escuela unitaria fue una experiencia que no olvidaré nunca por muchas razones, entre otras, por la repercusión que tuvo en mi trayectoria profesional, por las relaciones personales que surgieron allí, por mi aprendizaje de un sinfín de conocimientos relacionados con el entorno natural, en resumen, una vivencia enriquecedora e inolvidable.

Gracias a esta iniciativa he conseguido rememorar un tiempo que dormía entre brumas y por otra parte he vuelto a reanudar mi relación con Pilar y Juan Manuel.

Muchas gracias.



Fachada principal de la escuela de Cional. Después de haberse restaurado se dedica a salón social



Trasera del edificio escolar



Casa de la maestra



Alumnos de Cional. Curso 1984/85. En la primera fotografía de izquierda a derecha: Juan Manuel Pomeda Iglesias, Mari Paz García Gallego y Álvaro Antúñez Llamas, Carmen Ramos García, Pilar Romero Fernández, Encarna García Gallego y Alexis Antúñez Llamas.



Haciendo tapices de lana en clase de Manualidades.

EL LEGADO EDUCATIVO DE LAS MAESTRAS EN LAS “ESCUELAS DE LOS CAGONES”.

Un estudio de caso en la comarca de Gordón (León)

(Mención honorífica)

Carla Redondo Casas
Gordón (León)

En los valles de la comarca de Gordón, allí donde el paisaje está esculpido por el tesón de la mina y el frío del invierno leonés, la educación no siempre vistió el uniforme de las instituciones oficiales. Hubo un tiempo en que el saber no se refugiaba en grandes edificios, sino en la calidez de una cocina de carbón o en el rincón humilde de una casa vecinal. Allí, donde apenas había recursos, nunca faltó lo esencial: la voluntad de enseñar y el deseo de aprender. Eran las llamadas “escuelas de los cagones”, un nombre que, lejos de lo que pudiera parecer, encierra una de las crónicas más hermosas de resistencia cultural y afecto comunitario de nuestro pasado reciente.

Este trabajo nace del deseo de rescatar del silencio el legado de aquellas maestras, a menudo sin título oficial, pero con una vocación inquebrantable, que transformaron habitaciones pequeñas en universos de aprendizaje. Convirtieron la escasez en oportunidad y lo cotidiano en una forma de resistencia silenciosa. En un contexto donde la supervivencia dependía de la profundidad del pozo minero, estas mujeres sembraron una educación que iba mucho más allá de las letras y los números: enseñaron solidaridad, identidad y esperanza. Adentrarnos en estas escuelas es abrir una ventana a la memoria escolar rural de León, reconociendo que el verdadero aprendizaje es aquel que, como el rastro del carbón, deja una huella imborrable en el alma de un pueblo.

La educación es un proceso integral y permanente que está presente en el individuo a lo largo de los diferentes periodos de su vida. Para que las personas puedan acceder a esta y educarse, según Smither¹, la sociedad les proporciona un sistema educativo formado por tres campos: el formal (sistema escolar estructurado), el informal (aprendizajes asistemáticos) y el no formal (acciones educativas organizadas fuera de la estructura escolar). En esta última es en la que nos centraremos a lo largo de este escrito.

La educación formal y no formal tienen algo en común que no comparten con la informal y esto es que tienen presente una organización y sistematización. Estas dos primeras tienen una intencionalidad educativa. Frente a esto encontramos la

¹ Smither, Y. (2006). Hacia una perspectiva sistémica de la educación no formal. *Laurus*, 12(22), 241-256. (Todas las notas que acompañan a este relato son de la autora).

educación informal, caracterizada por ser un cúmulo de experiencias espontáneas y cotidianas que abordan aprendizajes de diferentes tipos².

Según Lázaro³, para distinguir entre los tres tipos de educación se aplican dos pautas principalmente: organizar la educación en una serie de grados y niveles que estén oficialmente reconocidos y que tengan una programación clara de las acciones educativas que se van a llevar a cabo. La primera nos permite distinguir entre la educación formal y la no formal, mientras que la segunda diferencia estas dos de la informal. La educación no formal se caracteriza por no tener un carácter final, es decir, no presenta grados educativos; sino que en sus métodos presenta gran flexibilidad.

Las características principales de la educación no formal según Trilla⁴ son las siguientes: desarrolla sus propias teorías y principios. Esto es gracias a la flexibilidad que presenta a la hora de organizar los aprendizajes; y adaptación al contexto y a los receptores. Cada una de las áreas de aprendizaje está dirigido a unas personas en concreto y en un contexto específico. No solo se adquirían conocimientos teóricos, sino que se trabajaba mucho fuera del contexto escolar del aula, realizando muchas actividades al aire libre y de carácter práctico.

Era muy común que se tratase de una educación intercultural y con estudiantado de diferentes edades.

Está en continua redefinición debido a su carácter abierto. Un mismo proyecto puede ser muy diferente dependiendo del lugar y de la edad del alumnado. Esto en parte se debe a factores como el tipo de población, los recursos sociales con los que cuente la zona, su implicación o la relación con otros agentes sociales.

Se trata de una formación multidisciplinar, teniendo aportes de diversas disciplinas.

Participación voluntaria. Nadie está obligado a participar en ninguna fase de este proceso. Esto hace que todo sea más personal y por lo tanto hay un esfuerzo para utilizar metodologías lúdicas que sean atractivas y desarrollen ambientes agradables para el aprendizaje.

Desarrollado en múltiples espacios, no está limitado a un aula. Este tipo de educación se ofrece en lugares educativos como escuelas o centros formativos, administrativos, Centros de Día o espacios socioculturales.

Utilización de una amplia diversidad de medios y recursos es una de las principales características de la educación no formal. Desde el uso de relatos e historias de vida, actividades de fomento de la creatividad, manualidades, juegos al aire libre. Se utilizan también materiales muy diversos como fotografías antiguas, basura, pinturas, periódicos, piedras, libros.

² Bursotti, C. (1994). *Sociedad Rural, Educación y Escuela en América Latina*. Buenos Aires: Kapelusz.

³ Lázaro, L. (2001). *Problemas y Desafíos para la Educación del Siglo XXI en Europa y América Latina*. Valencia, Venezuela: Editora Publicaciones Universitarias de Valencia.

⁴ Trilla, E., en Sarramona, T. (1992). *La educación no formal en España. Jóvenes y educación no formal*, 11.

Papel activo en el aprendizaje. Esto ha desarrollado una pedagogía activa en el que el docente facilita el aprendizaje, pero el alumno jamás tiene un papel pasivo, sino que se fomenta la participación activa.

Dentro de la educación no formal, nos vamos a centrar en el estudio de las popularmente conocidas como “escuelas de los cagones”. Este tipo de escuelas tuvo su mayor auge durante el siglo XX y se trataba de escuelas que una maestra formaba en su propia casa para enseñar conocimientos básicos como la lectura, escritura, operaciones matemáticas básicas, entre otros, a los/as niños/as pequeños/as antes de que empezasen la escuela formal. Destaca de esto, que una sola maestra era capaz de hacerse cargo de un amplio número de alumnos, llegando en algunos casos hasta los 80. Las edades de estos infantes eran variadas, desde bebés hasta los cinco o seis años, cuando ya pasaban a la escuela formal. Muchas veces ocurría que las maestras enseñaban la lección del día a los/as niños/as mientras a su vez cuidaban de los/as bebés que todavía no estaban en edad de aprender. Además, muchas personas que fueron alumnas de este tipo de escuelas aseguran que cuando llegaron a la escuela formal tenían más nivel que el resto de sus compañeros/as de clase. A continuación, para conocer un poco más en detalle cómo eran estas escuelas y su funcionamiento, estudiaremos el caso concreto de una de ellas, situada en la comarca de Gordón, al norte de León.

Esta zona ubicada en plena Ruta de la Plata, en la Montaña Central Leonesa, tiene un fuerte arraigo a la minería del carbón, actividad que definió su identidad y su desarrollo durante el siglo XX. Su origen se remonta al siglo XIX cuando se descubren importantes yacimientos de carbón en la comarca. A partir de ahí, la extracción de carbón fue la actividad económica principal. Así, las minas constituían el eje sobre el que giraba la vida cotidiana del pueblo. Esta industria fomentó un fuerte sentido de comunidad y solidaridad entre los mineros dadas las duras condiciones de trabajo. La lucha por la mejora de las condiciones propició el desarrollo de una conciencia colectiva reflejada en las huelgas y protestas que marcaron la historia de la minería en España.

Para reconstruir la memoria de estas escuelas y comprender su verdadero alcance, este escrito se ha apoyado en una mirada propia de la antropología histórica, que combina lo social, lo cultural y lo vivido. La investigación se ha nutrido tanto de fuentes documentales como, sobre todo, de la voz directa de quienes formaron parte de estas experiencias. A través de entrevistas semiestructuradas y conversaciones en grupo, realizadas en entornos cotidianos y cercanos, se recogieron recuerdos, emociones y relatos que han permitido dar vida a estas escuelas más allá de los datos. Las participantes, antiguas alumnas, familiares y personas vinculadas a la comunidad, compartieron sus vivencias con libertad, en un ambiente de confianza que favoreció la evocación de detalles, anécdotas y significados profundos. Posteriormente, estos testimonios fueron transcritos y analizados, buscando patrones comunes y conexiones con otras fuentes históricas, lo que ha permitido construir un relato fiel, pero también humano, de lo que supusieron las “escuelas de los cagones” en la comarca de Gordón.

En este contexto de intensa vida comunitaria y solidaridad obrera, las “escuelas de los cagones”⁵ tuvieron un significado especial importante. Estas escuelas eran instituciones educativas organizadas por las propias familias de los mineros para garantizar la educación a sus hijos e hijas. Eran un claro ejemplo de las redes de apoyo mutuo que caracterizaban a las comunidades mineras, donde los hijos e hijas de los mineros podían recibir una educación básica mientras los padres trabajaban. Pero no solo transmitían conocimientos educativos, sino que allí aprendían valores como la solidaridad, cooperación y lucha que tanto definían a la comunidad minera. En un entorno donde era muy frecuente que el Estado no proporcionase suficientes servicios básicos, las comunidades mineras desarrollaron sus propias formas de organización y apoyo mutuo. Estas escuelas son por tanto un símbolo de la capacidad de auto-organización de la comunidad, funcionando gracias a la colaboración y esfuerzo colectivo de los vecinos y vecinas.

El número de niños y niñas variaba según la escuela. Al ser una escuela privada no se regía por ninguna norma estatal. Había maestras que preferían tener un número reducido de niños, no más de 20 o 30 y algunas que acogían a todos los niños llegando a ser hasta 80 a la vez. La variable de alumnos en muchas ocasiones estaba condicionada por la ubicación geográfica y el contexto socioeconómico en el que se encontraba. Aquellas zonas rurales y obreras eran las que más niños tenían, pues además de servir como escuela servían como “guardería”. Aunque estas escuelas se encontraban en todos lados, lo más común era encontrarlas en zonas rurales o en barrios periféricos y obreros de las ciudades. Es importante destacar que en este tipo de escuelas no había diferenciación por género, eran escuelas mixtas.

“Recuerdo que no éramos muchos en aquella época, seríamos unos 20 niños y algún que otro bebé. Recuerdo que había días en los que había muchas más niñas que niños porque, aunque no se podía mandar a la mina a trabajar a los guajes pequeños, se hacía. Como tenían los brazos y las manos pequeñas podían llegar al carbón profundo o a meter herramientas que los adultos no podían. Esos días estábamos nosotras solas”. (Luna, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

“Yo iba con mis primas y los niños del pueblo, todos íbamos a la misma escuela. La Señorita Pilar nos cogía a todos, a veces hasta nos sentábamos en el suelo porque no había sillas para tantos. Pero nunca dejaba a nadie fuera”. (Estrella, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

Las edades eran muy variadas. Los bebés más pequeños acudían a estas escuelas como si de guarderías se tratase. A medida que los niños iban creciendo iban aprendiendo lecciones de acorde a su edad hasta que a los seis años entraban ya a la escuela formal. En algunas ocasiones estas maestras daban clases particulares a niños de edades más avanzadas. También era frecuente que muchas niñas, una vez cursaban su

⁵ El término “cagones”, aunque parece despectivo, se utilizaba en este contexto como una expresión coloquial que hacía referencia a los niños pequeños que serían los futuros mineros que desde edad temprana empezaban a integrarse en la vida y cultura minera. Algunos empezando a trabajar en la industria ya con cinco años.

educación obligatoria básica, acudiesen a estas “Escuelas de los cagones” donde la maestra les enseñaba más conocimientos a los que las mujeres no podían tener acceso.

“Estábamos de todas las edades, desde los bebés que los llevaban para cuidar mientras los padres estaban trabajando hasta nosotros que estábamos, creo recordar, hasta los seis años o así. Luego ya íbamos al cole ‘de mayores’. Recuerdo también que la *seño* daba clases particulares a niños mayores porque muchos faltaban a la escuela por ir a trabajar a las minas, entonces ella les ayudaba a no quedarse atrás. Y allí estábamos todos juntos, jugábamos juntos y todo. Eso pasaba mucho en los pueblos, niños de diferentes edades jugando juntos.” (Estrella, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

“Yo me acuerdo también que cuando yo acabé el colegio, como en mi familia no había dinero para mandarme a la ciudad a estudiar y ya había cumplido con la educación obligatoria, me tocó ponerme a trabajar en el economato del pueblo. Pero a mí me hubiese gustado seguir estudiando. Entonces, recuerdo que algunos días iba a casa de la señorita Pilar y ella me daba alguna clase de anatomía o ciencias básicas. Nunca tendré vida suficiente para agradecerle todo lo que hizo por mí. Después de ahorrar un poco, me pude ir a la ciudad y pude acceder a la escuela de enfermería, que siempre había sido mi sueño. La primera persona a la que se lo conté cuando entré fue a ella” (Flor, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

Las actividades eran variadas y adaptadas a la edad de los alumnos, además, no había diferenciación de las lecciones que se les enseñaban a los niños y a las niñas, todos aprendían lo mismo. Aunque había conocimientos teóricos, aplicaban mucho la práctica. Las maestras les enseñaban de forma más teórica a leer, cuentas matemáticas básicas, escribir. De manera más práctica desarrollaban muchas actividades relacionadas con el desarrollo de la creatividad a través de dibujos, manualidades con diferentes materiales que en muchas ocasiones recolectaban de la calle o la basura como piedras, tapones o papeles de periódicos viejos, juegos en grupo al aire libre donde aprendían los diferentes roles que debían adquirir según qué situaciones y a trabajar en grupo además de desarrollar habilidades psicomotoras, también eran muy comunes las actividades relacionadas con la música y el desarrollo auditivo. También salían al patio de la casa o al barrio a conocer las plantas y flores.

“Hacíamos actividades de todo tipo, y a mí me gustaba mucho que no siempre eran con un libro delante, sino que salíamos mucho a la calle, era todo como muy práctico. Eso me gustaba porque yo era muy inquieta y estar mucho rato sentada me aburría. Jugábamos en grupo, hacíamos manualidades, jugábamos mucho con la música y con sonidos que hacíamos como si fuésemos un grupo de música. Lo hacíamos con calderos, palas, piedras...” (Estrella, comunicación personal, 2 de marzo de 2024).

Estas escuelas eran la casa particular de las maestras, generalmente solían ser casas bajas de una sola planta y no muy grandes. Tenían una habitación vacía sin muebles y con una pequeña pizarra que era donde impartía las clases y contigua a esta otra donde estaban los bebés que generalmente dormían. Las paredes solían estar pintadas de un color claro y sin decoración para evitar distracciones. Al ser tantos niños y la habitación al ser pequeña, estaban todos sentados muy juntos.

“Cierro los ojos y puedo ver perfectamente esa clase. Era una habitación vacía en la casa de la señorita Pilar. Había una pequeña pizarra y una habitación al lado donde estaban los bebés. Las paredes eran de color blanco roto, tirando a hueso, sin decoraciones, aunque sí que es verdad que alguna vez, aunque no muchas, colgaba alguna manualidad que hacíamos y eso nos hacía mucha ilusión, para nosotros era como si la hubiesen puesto en un museo. La habitación era pequeña, así que estábamos todos bastante juntos, aunque nos portábamos bien”. (Estrella, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

“Era una casa pequeña, de esas típicas de pueblo minero, con olor a carbón. La habitación era fresquita en invierno y la maestra nos ponía cerca del brasero para no quedarnos helados. Recuerdo que la ventana siempre estaba medio abierta porque si no se hacía un humo que no se podía respirar”. (Luna, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

Los niños llevaban su propia tajuela, que era un asiento pequeño de madera con dos patas que en la parte superior tenía un agujero para poder meter la mano y transportarla, en el que sentarse el lunes y se la volvían a llevar a casa el viernes para así poder limpiar la clase. Aquellas escuelas que tenían más medios contaban con bancos en la propia clase que se colocaban detrás de las tajuelas. No tenían calefacción, por lo que en invierno hacía mucho frío y estaban con el abrigo en clase. En las clases más pequeñas había un pequeño brasero. En el caso de aquellas niñas más mayores que acudían a clases particulares se sentaban alrededor de una mesa-camilla con un brasero.

“Nosotras llevábamos nuestra tajuelita para sentarnos el lunes y la dejábamos allí hasta el viernes porque así el sábado el sábado podía limpiar la clase. Así todas las semanas. En invierno hacía tanto frío que usábamos un pequeño brasero para calentarnos. Llevábamos una bolsina con carbón, para el brasero”, (Estrella, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

“A veces la maestra hacía que compartiésemos el carbón que llevaba cada uno porque no siempre había suficiente. La tajuela era pequeña pero muy práctica, yo la llevaba con cariño porque era como mi sitio”. (Flor, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

Si algo tienen en común todas las maestras es que son recordadas por la gran vocación que tenían sobre su trabajo. Las maestras iban siempre muy bien arregladas, con mucho estilo y con un maquillaje natural. Daban la sensación de tener un carácter serio, pero era apariencia para ser respetadas, porque luego todos los alumnos concuerdan en que tenían una gran amabilidad y sensibilidad.

“Yo la recuerdo con una profunda vocación por su trabajo, y aunque parecía sería, tenía una sensibilidad especial con los niños. Además, siempre iba muy bien vestida, arreglada pero formal”. (Sol, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

“Nosotras sabíamos que la vida en Ciñera no era fácil, con la mina y el frío que calaba los huesos. Pero aquella escuela, por pequeña y humilde que fuera, era nuestro refugio. La señorita Pilar no solo nos enseñaba letras y números, nos enseñaba a no rendirnos, a soñar un poco más allá de la vida entre el carbón. A veces me pregunto cómo pudo tener tanta paciencia con nosotras, con tantos niños y niñas amontona-

dos, pero lo hacía con amor, aunque a veces las cosas no salieran bien.” (Luna, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

Generalmente se pagaba algo a las maestras, un mínimo, según las posibilidades de cada familia porque de alguna forma tenía que subsistir la escuela, pero el pago no solo se realizaba a través de dinero, sino que también podía ser complementado con otros rubros.

“Cada familia pagaba lo que podía, pero siempre se llevaba algo de carbón, o si habías plantado tomates siempre alguno se le daba a la maestra”. (Sol, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

“Mi padre le daba alguna gallina o patata, que por aquí no sobraba nada, pero así se ayudaban unos a otros”. (Estrella, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

Si algo caracterizaba a estas escuelas eran las redes de apoyo que se establecían en estas zonas obreras. Ocurría que igual una familia no podía pagar a estas maestras con dinero, pero tenía un huerto y gallinas, entonces a cambio de la educación de sus hijos estas familias le daban frutas, verduras y huevos a la maestra; o le cosían un vestido, le arreglaban algo en su casa, etc. Era muy común la ayuda mutua entre miembros de la misma zona. Además, las maestras enseñaban a leer y escribir a personas adultas que no sabían sin intención de recibir nada a cambio, simplemente por vocación. Estas redes de apoyo también están presentes entre los alumnos de la escuela donde, los mayores ayudaban con las tareas, cuidaban, acunaban y daban el biberón a los más pequeños.

“Creo que lo que más ha caracterizado siempre a este pueblo es el apoyo entre vecinas, siempre estábamos ahí para lo que necesitase la de enfrente. Plantábamos el huerto y teníamos gallinas y siempre repartíamos con las vecinas. Las que sabíamos coser arreglábamos la ropa de todo el pueblo. Recuerdo alguna vez que la señorita Pilar enseñó a leer a personas mayores sin recibir nada a cambio, simplemente por esa vocación que ella tenía”. (González, C., comunicación personal, dos de marzo de 2024).

“Pero no solo se daba entre los adultos, entre nosotros de pequeños también nos ayudábamos unos a otros con los deberes o cuidando de los más pequeños mientras la señorita Pilar estaba ocupada con alguno”. (Luna, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

Muchos de estos alumnos dicen que una vez llegaban a las escuelas formales iban mucho más avanzados que el resto de sus compañeros, cosa que destaca pues muchas veces se suele pensar que este tipo de escuelas lo que hacen es ralentizar el aprendizaje y que su verdadera función era la de cuidar a los niños mientras los padres estaban trabajando.

“Cuando yo llegué al “cole de mayores” siempre me decían que yo era muy espabiladina, que enseguida aprendí a leer, pero yo ya había aprendido con la señorita Pilar antes de llegar al colegio. Sabía escribir también y hacer pequeñas cuentas mientras mis compañeros estaban todavía aprendiendo las letras. Recuerdo que la maestra de ese colegio hablaba mucho con mis padres porque decía que yo me portaba mal en su clase, pero lo que pasaba es que acababa la tarea muy rápido y me aburría, y el ser una niña tan inquieta pues no ayudaba, claro. Lo mismo que a mi le pasaba a

varios compañeros que habían ido a la escuela de la señorita Pilar”. (Flor, comunicación personal, dos de marzo de 2024).

Cerrar las puertas de estas ‘escuelas de los cagones’ a través de este escrito no es el final de una investigación, sino el reconocimiento de una deuda histórica. Al recoger los últimos testimonios y observar las fotografías de aquellos niños que hoy guardan el saber de sus maestras, llegamos a una convicción de que, si bien el siglo XX trajo consigo profundas transformaciones en la educación, también fue el escenario de una lucha silenciosa protagonizada por muchas mujeres que, desde espacios humildes, desafiaron el lugar al que la sociedad parecía querer relegarlas. Mientras el acceso a estudios superiores seguía siendo limitado para ellas, algunas encontraron en la enseñanza una forma de abrir camino, no solo para sí mismas, sino también para generaciones enteras de niños y niñas.

En este contexto, las “escuelas de los cagones” no fueron solo un recurso educativo, sino una expresión viva de resistencia, cuidado y compromiso comunitario. En aquellas habitaciones sencillas, entre braseros, tajuelas y manos manchadas de carbón, se construyeron aprendizajes que iban mucho más allá de leer o escribir. Se cultivaron la curiosidad, la autonomía y el deseo de aprender, en un ambiente donde cada niño y niña tenía un papel activo y donde el conocimiento se compartía casi como un acto de generosidad colectiva.

Los testimonios recogidos muestran cómo muchos de aquellos niños llegaron a la escuela “de mayores” con una seguridad y unas habilidades que sorprendían, rompiendo la idea de que estos espacios eran solo lugares de cuidado. Eran, en realidad, pequeños núcleos de innovación pedagógica y de igualdad, donde se sembraban oportunidades en contextos donde apenas las había.

Aun así, este trabajo no deja de ser una aproximación parcial. Quedan muchas historias por recoger, muchas voces por escuchar y muchas escuelas por descubrir. Quizá en futuras investigaciones se pueda ampliar la mirada y tejer una red más completa de lo que estas experiencias significaron en distintos lugares.

Quizá la memoria no guarda los grandes edificios, pero sí los pequeños gestos que cambiaron vidas. Hoy, al volver la vista atrás, estas escuelas se revelan como algo más que un recuerdo: son el testimonio de una comunidad que supo organizarse, de unas maestras que enseñaron desde la vocación más profunda y de una infancia que, incluso en condiciones difíciles, encontró formas de aprender, compartir y soñar. Porque, en el fondo, aquellas casas no solo eran escuelas; eran semillas de futuro.

Hoy, cuando el eco de la mina se ha ido apagando y muchas de aquellas casas han quedado en silencio, todavía parece posible imaginar el murmullo de aquellas clases: las voces de los niños repitiendo letras, el crepitar del brasero, la paciencia infinita de una maestra. Nada de aquello fue grandioso en apariencia, pero lo fue todo en significado. Porque en cada palabra aprendida, en cada mano que ayudaba a otra más pequeña, se estaba construyendo algo que iba mucho más allá de la escuela: se estaba sosteniendo el futuro. Y quizá por eso, aunque el tiempo pase, hay enseñanzas que no se olvidan, porque no se aprendieron solo con la cabeza, sino con la vida. Y en el corazón de aquellos pueblos, entre carbón y cuadernos, siempre quedará la huella de quienes enseñaron cuando nadie más lo hacía.



*Niños de camino a la escuela,
final de la década de los 50.*

*Archivo personal
de José Ramón Casas Baizán*



Fiesta de Carnaval celebrada en la escuela, final de los 80. Archivo personal de José Ramón Casas Baizán



Familia típica de la época. Mediados de los 60. Archivo personal de Rosi Sánchez Martín



*Niña con la ropa típica de la época
para ir a la escuela. Finales de los 60.
Archivo personal de Begoña Casas Baizán*



Fin de curso. Finales de los 80. Archivo personal de José Ramón Casas Baizán



*Vecinas del pueblo. Principios de los 70.
Archivo personal de José Ramón Casas Baizán*



*Vecinas del barrio.
Archivo personal de Rosi Sánchez Martín*



*Niña con pequeña maleta para ir a la escuela.
Archivo personal de Rosi Sánchez Martín*



*Representando en la función de fin de curso un entremés de Lope de Rueda. 1972.
Archivo personal de Begoña Casas Baizán*



*Niños junto a su padre a la salida de la escuela.
1955. Archivo personal de Begoña Casas Baizán*



*Con Loba, una perra maravillosa
que los acompañaba todos los días. 1955.
Archivo personal de Begoña Casas Baizán*



Una de las varias funciones que se realizaban a lo largo del curso. Disfraz de romano y princesa. 1961. Archivo personal de Begoña Casas Baizán



Una de las excursiones organizadas. 1983, Archivo personal de Begoña Casas Baizán

A MINHA PRIMEIRA ESCOLA

(Mención honorífica)

Maria João Seixas
Carvalhais (Mondim de Basto)

Sou Maria João Seixas e esta narrativa relata a minha primeira colocação como Professora do 1º ciclo, em março de 1989, num pequeno lugar chamado Carvalhais, no concelho de Mondim de Basto, em pleno Parque Natural do Alvão.



*Eu com os meus alunos, na minha primeira escola como Professora do 1º Ciclo,
no concelho de Mondim de Basto, em 1989*

A MINHA PRIMEIRA ESCOLA

Era uma manhã soalheira, mas muito fria.

Eram oito horas e o táxi tinha-me deixado à porta da escola.

Olhei e vi uma pequena escola, branca, apenas uma sala de aula e um pequeno pátio.

Às portas de um pinhal, parecia querer ser uma casa de um conto de Andersen

...

Fiquei parada, à espera que a colega que iria substituir, chegasse e abrisse a porta

...

De repente, vi ao longe duas crianças e uma voz de tímida diz:

—A minha mãe pergunta se não quer um café?

—Aceito sim senhor!!! (como desejava uma bebida quente!!!)

Entrei na casa. O teto estava revestido por presuntos pendurados, bexigas de porco, utensílios de cozinha, numa anarquia perfeitamente adequada.

Fui convidada a sentar-me no soalho de uma lareira de chão. Os potes de ferro e a caldeira da vianda aconchegavam os cavacos de carvalho. Ao lado, numa caixa de papelão, dormia um pequeno animal:

—É o teu gatinho?

—Não! É um cabrito que nasceu esta madrugada —disse a Emília.

Quase lhe ouvi o pensamento: —Que professora mais estranha... confundir um gato com um cabrito!

Emília já tinha sete anos, mas não ia à escola. Tinha de tomar conta do irmãozinho de três.

Bebi o café com um prazer imenso, enquanto os olhos da Emília me entraram no coração.

...

A colega chegou e passou-me o “testemunho”.

O quadro preto, as carteiras com a ausência dos tinteiros, antigos materiais pedagógicos quase esquecidos, pouca luz. Um fogão a lenha num canto ...

De repente, oito meninos entraram nesta triste sala de aula.

Olhos grandes, cabelos desgrenhados, vestidos de negro, os meus alunos pareciam saídos de um filme a preto e branco...

...

Passava horas numa solidão dolorosa. O rimo da escola era ditado pelos afazeres agrícolas e eu tinha de aceitar. Em noites de luar, a ceifa do feno arrastava se por horas e as pequenas mãos, cheias de bolhas de água, impediam a escrita...

A Emília batia à porta, nunca ficava... entregava-me uma fatia de presunto embrulhada em papel castanho e um naco de broa de milho. Eu, cedia todo o meu pobre farnel, uns míseros iogurtes.

Nesses dias, e nos outros, gostava de almoçar na encosta ao lado da escola.

O cheiro da urze, o amarelo do tojo, ao longe as vacas, as cabras e um céu muito azul, acalmavam-me a alma.

Gostava de ver os rapazes a brincar com as cabras, a sintonia era plena...parecia um bailado...

...

A primavera chegou em pleno. O verde intensificou-se quase parecia querer devorar a escola...

—A senhora não tem medo das cobras?

—Bem, medo não tenho, mas prefiro não me cruzar com elas.

—A professora do ano passado subiu para a secretária quando uma entrou na sala...

—A sério? Talvez isso não aconteça este ano.

—E dos lagartos? Tem medo dos lagartos?

—Não, são muito bonitos, não achas?

—São verdes...e quando aparecem nós queimamos roupas velhas para os afugentar.

—Vamos escrever sobre eles e desenhá-los? Sabem porque são verdes?...

...

O irmão da Emília, que anda no segundo ciclo e que é transportado pelo táxi, tirou sete negativas. Não volta à escola. Vou ter de andar cinco quilómetros a pé.

Desafio o nevoeiro mergulhado no vale, para quem chega primeiro à escola. Perco sempre...

Os cães das quintas assaltam-me o coração, quase gelo de medo, mas aprendi que uns biscoitos adoçam toda a fera.

Peço boleia ao resineiro. Julgo que se sentiu ofendido, ou julgou um ultraje a professora pedir tal favor...e passei a ser transparente quando passava por mim.

As vacas, de um castanho, tão castanho são-me estranhas. Confesso que tenho medo delas. Acho as enormes. Com os seus chifres enormes. Com os seus olhos enormes. Sei que sabem que tenho medo delas, olha-me com olhar sarcástico... como a Emília me olhou quando troquei o cabritinho por um gatinho.

...

Os meus alunos falaram-me de um lugar especial!

Combinámos um passeio e um piquenique a esse lugar tão generosamente descrito por eles. Dissera-me que existiam perto, umas pequenas lagoas onde podiam tomar banho...

Chegado o dia, partimos em gritos de azul, braços nus, cabelo ao vento.

Quase fiquei embriagada com a beleza do que vi, tanta cor, tanto céu, tanta montanha, tanta floresta ...

E aqueles oito meninos, numa simbiose total com a natureza, mostrara-me o lugar que para eles era o topo do seu mundo, um marco geodésico!

Brincámos nas pequenas lagoas de água cristalina. Lavei-lhes a cabeça com sabonete perfumado, cortei-lhes o cabelo e as unhas, e molhados e a tremer de frio comemos broa e fatias de presunto...

Foi a mais terna, bela e simples demonstração de generosidade que crianças de uma pequenina aldeia deram à sua professora.

...

A senhora Ermelinda é a dona do telefone público da aldeia.

Na sala de aula as tarefas fazem-se ao som dos pássaros, do vento que põe a dançar as pequeninas ervas, as flores, do zumbido das abelhas, e do silêncio da

borboleta azul... e de repente a voz estridente da Senhora Ermelinda, ecoa por toda a aldeia:

—Senhora professora, venha ao telefone!!!! É o seu pai!

Largo tudo e corro encosta abaixo, entro numa sala de soalho velho, os buracos deixam ver as vacas e elas olham-me, sabem que vou ficar feliz...

—Como estás minha querida filha?

ÉRAMOS OS REISES DO MUNDO

(Mención honorífica)

Manuel Benito Ulloa Díaz
San Fiz do Varón (Ourense)

UN PEQUENO GRAN MUNDO

Éramos os reises do mundo... dun pequeno-gran mundo que tiña como límites aquilo que os nosos ollos abranguían, e dicir, Anllo polo leste, Sagra polo oeste, Mesego polo norte... e polo sur imaxinábamos Rivadavia. Tratábase dunha caterva de rapaces e rapazas moi heteroxénea onde se mesturaban idades, físicos, caracteres que segundo dicían os vellos... “home, cada un é fillo da súa nai”. De tal xeito que entre pillabáns, trasnos, pasmados, xeitosos e lerchas formabamos unha “fauna” digna de ser estudada.

Éramos nenos e nenas da posguerra, das posguerras..., así que inda abundaban nas paredes os signos e os símbolos da nosa, a civil, e da segunda mundial. Inda que nós, pola zona donde vivíamos, non a sentimos como propia, os nosos país, tíos e veciños tiñana en carne viva. Meu pai falaba de Teruel e da famosa “Batalla do Ebro”, que seica foi a maior daquela guerra entre irmáns.



Foto de familia

Nos días de “mata”, cando a familia se xuntaba para matar o porco, o tío Primo contaba as súas andanzas por Toledo mesturado cos soldados italianos que Mussolini lle enviou a Franco.

A nós, os cativos, enviáronnos os americanos o leite en po que todos os días tomabamos na escola; uns bidóns de cor marrón de cartón pechados cunha especie de aro metálico que os rapaces aproveitabamos para xogar a atravesalos mentres rodaban (aí os máis pequechos levabamos vantaxe). Deses pos aprendín palabras coma “disolver” e “penetrar”. Mira por donde mística Marshal, que era o plan de axuda que EEUU artellou para Europa, ampliou o meu vocabulario rural.

Aprendíamos as catro regras con montóns de millo que levabamos e que don Elías, o mestre, dispoñía en deceas, centeas, etc., e remataban no buche das súas galiñas. En cuestións de física e química non precisabamos leccións, abondaba con calcular a través do xogo as traxectorias e o alcance das pedras (tendo en conta o peso) claro; co palán e a billarda importaba máis o punto de apoio no chan e o punto de golpeo. Da Química encargábase meu pai cando preparaba o sulfato para as viñas ou “xarxaba” o cal para mesturar co sulfato de cobre, ou branqueaba paredes e incluso os troncos das maceiras.

Tamén miña nai tiña os seus trucos facendo xabrón ou tinguindo roupa.

Por certo nunha desas pasoume unha ben grave: como miña nai era leiteira, recollía leite que vendía no Carballiño. Levaba todo nun carriño que ás veces empuñabamos miñas irmáns e eu (non vos contara que tiña e grazas a Deus teño dúas irmáns: a Concha e a Ita). Pois ben, volvendo a química, eu revisáballe o que comprara cando chegaba de volta do Carballiño e sempre caía algo: pedras de azucre, churros, un bolo de leite, etc. Pero aquel día caeu... ¡Sosa cáustica! Que ela usaba unha vez ó ano, polo “San Felix” para fregar o piso de madeira da casa. Eu metín a sosa na boca... e ¡parecíase tanto o azucre! por “degurido”, que dicía miña nai... Mais adiante entendín que esta expresión significaba ‘ansioso’. Por non falar das clases de química cando se facía o augardente, que tamén ampliou o meu vocabulario: destilación, evaporación, condensación, grado alcohólico, etc.

O asunto foi que, cando cheguei o instituto eu xa iba por diante de don José Sádaba, o que chamabamos Kekule, que era o profesor de Física e Química.

A nosa escola era moi, moi prosaica, agora diríase “minimalista”.

Tratábase dunha sala anexa a propia vivenda do mestre na que destacaba unha pizarra grande como único recurso didáctico. Polo demais, mesiñas individuais e cadeiras. Os nenos e nenas utilizabamos unha pizarra enmarcada en madeira duns 25×15 cm. Ademais do correspondente pizarrín os que lle engadimos unha libretiña pautada de grampas co seu lapiceiro e goma de borrar, que as veces era substituída polo miolo do pan.

Nunca entenderei como os nosos dedos índice e polgar podían manexar aqueles restos tanto dos pizarríns coma das gomas.

O noso tempo de lecer, o chamado recreo, era saír ó campo da festa, que estaba cerquiña. As nenas á corda e á “pilleta”, que xogaban empurrando cun só pé á pata-

coxa; e nós os rapaces xogabamos o trompo, as bolas, á pelota, á billarda, tamén o chuzo e, non podía faltar, a pelota. Lembro unha pelotiña verde coa que agasallaban aos nenos que mercaban zapatos Gorila. E se non tiñamos nada, usabamos unha vincha do porco.

Diariamente ó rematar a escola os xogos facíanse comúns para rapaces e rapazas, “pilla pilla”, “que cho meta que non cho meta”, “cálate ben caladiño”, escondite, etc.

Como tantos outros, coñecín a *Enciclopedia Álvarez* que tiñan algúns dos maiores, pero eu marchei antes de tela. Do que si me lembro e dun libro que me regalou o señor Ramón da Cubela moi, moi antigo que percorría as cidades mais senlleiras do mundo con estampas feitas a plumiña das que gardo na memoria o “Pazo de Inverno” de San Petesburgo, o que confirma a súa antigüidade, xa que a partires do ano 1917 despois da revolución bolchevique pasou a chamarse Leningrado.

Volvendo a escola, tiñamos tinteiros (e nos mesmos facíamos, coa axuda do mestre, a tinta) e despois repartíamola, as plumas con mango de madeira e o papel secante que substituíamos por area que soplabamos para retirala.

Estou vendo cando unha pluma caía de punta, esgallábase porque unha punta das dúas dobraba ou partía.

Todo este mundo trocou noutro mundo tanto ou mais ledo cando ós once anos marchei para Ourense para facer o bacharelato xa que don Elías díxolle ós meus pais que era un neno ben espilido e sería unha mágoa que non tentara estudar.

Foi por eso polo que me levou a Ourense un amigo da familia para pasar o exame de ingreso perceptivo para cursar o bacharelato. A mesma persona que me despediría cando marchei para Soria a terminar Maxisterio e seguir estudando.

Pasados os anos, estudei Maxisterio e fun profesor de escola. No ano 1979 coincidín no CEIP Ría de Vigo como compañeiro de claustro, cousas da vida, coa dona do... don Elías, mestre da escola da miña nenez onde todo empezou. Pero iso é outra historia.

POLO MOMENTO A VIDA SEGUIU, AGORA EN OURENSE

Non sei como, cecais ese home invisible, pero concedéronme unha beca do PIO (Patronato de Igualdad de Oportunidades) que me permitiu ingresar no Colexio Menor Calvo Sotelo, donde como alumno interno permanecín sete anos, o resto da miña nenez e parte da xuventude. Seguramente foi a etapa da vida na que se forxou a miña personalidade e carácter, so e afastado da casa familiar había que desenvolver estratexias para “sobrevivir” e así foi como fixen amigos cos que transitei os sete anos dun internado ategado de bos momentos.

No mundo neses anos sesenta os sobresaltos estaban a orde do día: a Guerra Fría, a morte de Kennedy, do Ché Guevara, de Luther King e as loitas polos dereitos civís dos afroamericanos, o comezo da carreira espacial co lanzamento ao espazo da cadeliña Laika, que acabou dando nome a sinfín conxéneres en todo o mundo.

A finais dos sesenta a guerra do Vietnam e tamén o “Maio do 68”, que foi unha revolución pacífica da xuventude e proclamou novos valores na sociedade, namentras en España resultou época de moito desenvolvemento e cambios en todos os eidos, especialmente na infraestrutura. Cultura e educación, inda que embridadas pola censura, foron abrindo espazos de liberdade.

A vida no internado estaba ben programada desde o toque de diana (en realidade unha determinada peza musical), inda me lembro dela “en un mercado persa” ata o silencio e apagado de luces que por veces facíame estudar cunha linterna baixo as sabas, ¡había que conservar a beca e precisaba notas ben altas!

Polas mañans o primeiro acto consistía en izar a bandeira todos ben formados para escoltar a “consigna” unha especie de alegato que un interno veterano facía, case sempre con mención a valores morales ou patriotas: honra, valentía, esforzo etc. O título dunha quedouseme para sempre na memoria: “O volar o despeñarse”, serán cousas do subconsciente.

Despois, cada cal camiñaba atravesando a Rúa da Paz ata o Xardín do Posio onde se ubicaba o instituto. Volta pola tarde e de volta dúas horas de estudio.

No tempo de lecer, os maiores nunha sala con TV, moi recente en España, e os pequenos nunha sala grande con pin-pong e outros xogos.

Rematada a cea subíamos aos dormitorios ata a nova diana e a correspondente consigna... E volta a Rúa da Paz que as veces, se chovía, trocábamos por atravesar a Catedral para ir mais enxoiros.

Amáis dos estudos, nos colexios menores creados pola Secretaría da Xuventude dentro do Movemento Nacional, tentábase formar rapaces, non nas ideas, alomenos eu non sentín ese digamos *aggiornamento*, pero sí que se buscaba formar noutros aspectos coma o deportivo, cultural, solidario, compromiso cos “camaradas” e sobretudo estar sempre en actividade. Pódíase aprender e realizar calquera que se vos ocorra, impensable noutros centros: dende esgrima, prensa, emisións radiofónicas, hóckey, etc. De feito eu participei nun encontro nacional de teatro cunha obra de Pirandello no Teatro Emperador de León, e nun campionato nacional de voley en Granada. Amén doutras actividades que aproveitaban o fin de semana e que nos permitiron recuperar da fraga onde estaba escondido, entre silveiras e ramaxe, o mosteiro de San Pedro de Rocas en Esgos. Aínda que máis ben era un Cenobio que uns cazadores descubriron por casualidade, e que hoxe en día está considerado xoiá do patrimonio galego.

Coido que pensaban en facer de nos dalgún xeito personas renacentistas ás que, como dicía o filósofo, “nada humano lles fose alío”.

Como para min esa vida dependía da beca, non tiña outra que estudar arreo para ter unha media de oito o remate do curso. Non importaba se che gustaba a asignatura ou non. Como curiosidade direi que coincidín no instituto con Miguel Ángel o porteiro de fútbol do Real Madrid.

Rematados os catro anos do Bacharelato Elemental, e a reválida correspondente, tivemos que trasladarnos ao instituto que se inauguraba no barrio da Ponte e alí escoller se os dous anos que duraba eran por Ciencias ou por Letras. Según o

correspondente test que completei tiña aptitudes para Letras, pero xurdiron o cerne da aldea, o río, os animais, as árbores, os penedos... Todo no rural te arrastra as Ciencias. E eso foi o que escollín, nunca me arrepentín. Recorrín diferentes cidades e povos de España, e rematei a miña vida laboral como mestre de ciencias no colexio de primaria e no instituto de Gondomar (Pontevedra), poboación rururbana donde utilizabamos o medio natural como principal recurso didáctico.

Superada a reválida do Bacharelato Superior, pasei ao edificio que estaba a carón do instituto: a Escola de Maxisterio.

Por algunha razón que se me escapa ou por cousas do Concordato coa Santa Sede, empezaron o curso varios ex seminaristas. En Ourense daquela tanto o Seminario Menor coma o Maior estaban cheos de candidatos a futuros cregos, eran alumnos cunha formación humanística moi por enriba do resto. Inda convivimos ese ano cos estudantes do Plan do Cincuenta, que estaban no seu derradeiro curso, e nos éramos do sesenta e sete e empezabamos a nosa andadura.

Sería o meu único ano na Normal de Ourense. Así eran coñecidas as Escolas de Maxisterio.

Rematado o curso embarquei nunha aventura que durou varios anos. Explíco-me: Ao Colexio Menor chegou unha convocatoria para seguir o curso de “Mandos” que nutría os diferentes centros de toda España, había que ir a Cazorla, en Xaén, e pensei: ¿por que non? Podía seguir estudando e a vez gañar un pouco de diñeiro que me liberaba da dependencia da beca e me aseguraba os estudos. Xunto con un compañeiro do internado puxemos rumbo a Andalucía e ao rematar o cursiño xa coñecíamos o noso destino... Soria no meu caso.

E deste xeito xa estou entrando no derradeiro capítulo deste relato.

SORIA FRÍA, SORIA PURA CABEZA DE EXTREMADURA

Sempre me sorprendía o dichoso lema. Mais tarde comprobéi que Soria e Antonio Machado formaban un todo indivisible e que esta frase que os sorianos fixeron propia pertence a súa obra *Campos de Castilla*.

A pegada de Antonio Machado en Soria ía apreciála, unha vez alí, en cada recuncho ou lugar que visitei: no antigo instituto onde impartía as clases de francés, no Parador de Turismo chamado Leonor en homenaxe a súa dona finada, na imaxe do Duero co seu discurrir a costas da cidade, no paseo que bordeando o río te leva a ermida de San Saturio incrustada nas rochas formando un todo... en fin, nos álamos coas cicatrices que os namorados deixaron no seu tronco e que flanquean o paseo, no

*Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.*

Que musicou Joan Manuel Serrat maravillosamente facendo que a un galego medio escéptico lle broten bágoas o sentir a poesía dun andaluz xunto coa música dun catalán...

¡Misterios dunha España tan diversa e tan única!

Pero non nos adiantemos, todo empezou o día anterior a miña primeira viaxe a Soria, na adegas de meus pais, alí agasallaban aos amigos “importantes” cos produtos gastronómicos de casa, que hoxe en día chamaríamolos “delicatesen”. Naquela ocasión tratábase dun cuasi familiar: Ramon Labrador, director da Caixa e de D. Juan de Arespacochaga, alcalde de Madrid, que estaba de visita a Ourense naquele ano de 1969. Naquel ambiente distendido, entre cubas de viño e garraños de agardente, o adxectivo das viandas quedouse finalmente en todo cojonudo!

Cando xa deran boa conta do xamón e do requesón, (argumento favorito da miña nai) a conversación xirou hacia a miña inminente viaxe a Soria para seguir os estudos de Maxisterio.

Ia ser a miña segunda viaxe en tren que me levaría a Burgos; a primeira con 14 anos levoume a Barcelona, donde a un grupo de rapaces organizáronnos unha xira: “Coñecer España” chamábanlle, e tratábase de visitar diferentes territorios da Península mentras reflexábamos nun diario aquilo que por primeira vez coñecíamos e as sensacións que nos trasladaba. Debo deixar constancia de que o meu diario debeu chamar a atención dalguén porque, pasado un tempo, á casa chegou unha carta de felicitación acompañada dunha espadiña abrecartas repuxada en ouro, asinada por don Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información e Turismo da época. A partir dese momento, miña nai converteuse en seguidora incondicional de don Manuel.

Volvendo a viaxe contareivos que resultou épica para un mozo pouco viaxado coma min. Lembro unha triste e fría estación de tren que mais tarde valorei mellor comparando co que atopei en Soria.

Na estación de Burgos, conexión obrigada para o viaxeiro que sae de Ourense, o tren seguiu a histórica rota Valladolid - Ariza, pasando por Aranda do Duero e Burgo de Osma, destino Soria. Friaxe, noite e certo medo ao descoñecido, un tren todo de madeira cunha vella máquina de carbón. Unha vez dentro, os asientos eran bancos de madeira e polas fiestras mal axustadas entraba a carbonilla daquela “reliquia” ferroviaria, por non falar do aire xélido que se coaba por todas as rendixas. A todo esto fora, a negrura mais absoluta, o silencio interrompido polo traqueteo daqueles dous vagón que atravesaban o páramo castelán. Poucas horas despois, cando xa o frío se facía noxento... ¡por fin! Unha luz no medio da negrura, a estación de Soria que se atopaba a considerable distancia da cidade. Cargando coa miña maleta de cartón, grande dabondo por consello dunha nai que non quería que me faltase de nada, subín a un pequeno autobús que me transportou ata o centro da cidade. Despois de preguntar a xente que alí había, collín de novo a maleta e camiñei por unha costa ben empinada ata chegar ao Colexio Menor General Yague, que sería a miña casa nos seguintes anos.

A miña chegada a Soria ia a coincidir coa nova política de educación descentralizadora do Réxime naqueles anos setenta, por algunha razón escolleron unha esquecida cidade da España profunda para experimentar a nova política

educativa, isto permitiu que en Soria se pudesen cursar o primeiro ciclo de Medicina e tamén o de Filosofía e Letras que tería continuidade na Universidade de Zaragoza sin necesidade de desprazarse.

Villar Palasi foi o ministro daquela reforma educativa; cóntase que unha vez, nun Consello de Ministros, discutindo a propósito da importancia das diferentes materias do currículo, dixolle a José Solís, ministro de traballo, que o latín non se tocaba, que grazas ao latín, él que nacera en Cabra, era egabrense e non... Naquel consello de ministros convivían algunha mente cativa e cerril con méritos de guerra, con algún intelectual, como Fraga, Villar Palasi, e outros mais, tamén chamados “tecnócratas”, que proviñan do Opus. E que tiveron moito que ver coas reformas que nos iba deparar o futuro en materia de ensino.

Instalado no colexio percorrín os arredores e resultou que moi preto ubicábase a Escola Normal, un Colexio Menor feminino, a Casa da Cultura e o Colexio Universitario. As autoridades locais, con moi bo criterio, xuntaran os centros docentes de xeito que permitían unha fácil interacción entre eles.

A min concretamente facilitoume o poder asistir ás clases tanto na Escola de Maxisterio coma as de Filosofía e Letras cando rematei Maxisterio.

Como educador no Colexio Menor tiña unhas obrigas que me impedían asistir a todas as clases, pero non me impediron rematar o curso con moi boas calificacións, o que me permitiu entrar no famoso cupo do “ingreso directo” que, unha vez publicado no BOE, habilitoume como Mestre de Primaria sin a necesidade de opositar.

Debo contar que unha vez en Soria recibín unha noticia macanuda de Santiago: concedéranme unha beca de trinta mil pesetas coas que merquei o meu primeiro coche, un Mini blanco que o dono de Talleres Madurga non mo quixo dar ata que saíu connigo a facer kilómetros e comprobou que sabía conducir. Penso que se viu un chisco obrigado porque a filla foi elixida raiña das festas do colexio e negarme o coche era facerlle un feo ao Colexio Menor. Coa beca e as letras de 10.000 pesetas que firmei pasei aos 19 anos de ser o rei da aldea a rei do mundo.

Habida conta de que no internado cohabitaban nenos de bacharelato con mozos universitarios que estudiaban Maxisterio ou Medicina, cada educador amais de encargarse do estudio dunha clase tamén controlaba unha planta do colexio co seu dormitorio, así como o comedor e outras actividades que se extendían aos fins de semana: deportes, natación, teatro, espeleoloxía, a tuna, etc. Eu tiña ao meu cargo voleibol e a tuna; curioso porque non sabía tocar nin guitarra nin bandurria nin laude e a pandeireta, o único posible, era propiedade do Pivot, mozo bastante pequeno. Irónicamente chamámoslle así a un xenio de case todo: música, deportes, en calquera actividade destacaba. Pero como encargado da tuna eu ía a cabeza do grupo coa miña capa negra, coas cintas de cores na escarapela ao remate do mástil da guitarra movendo o codo coma se tocasse ata que pronto aprendín o trinta e tres ou chinchinpun típico do acompañamento, das virguerías encargábanse as bandurrias e o Pivot coa pandeireta.

Lémbrome que, en Ágreda, pobo natal de Revilla (o dos famosos chourizos), fomos amenizar unha comida por mor da inauguración dunha igrexa que Revilla doaba ao pobo de Ágreda. Alí xa nos postres, como é tradición pasamos as pandeiretas

solicitando a “vontade” aos comensales, que responderon dun xeito mais que xeneroso. ¡Ata billetes de cincocentas pesetas se amontoaban ao lado da calderilla!

Co voleibol tamen gardo anécdotas incríbeis coma xogar no pavillón do Real Madrid coa selección de Soria un día que o Madrid xogaba a copa de Europa de volei fronte ao Asseco Resovia polaco.

Por certo xa en Vigo asistín co meu fillo Iván a un partido que Caja Duero de Soria disputaba fronte o volei Larsa no pavillon de Coia, porque o adestrador era Serrato, profesor de Educación Física do Instituto Antonio Machado e compañeiro naquela selección que fora a Madrid.

Como tamén había un colexio feminino, amais de coincidir nas aulas da Normal faciamos actividades conxuntas e un coro mixto de voces frescas que dirixía o padre Adalberto, un gran organista que viña de Logroño nunha moto os fins de semana.

As veces Estrella, a directora do colexio, invitábame a comer e aínda a durmir utilizando unha habitación famosa: a de Pilar Primo de Rivera, que existía en cada colexio feminino. Con dous internos amigos e dúas mozas do coro formamos un grupo de música folk, inspirados en “Nuestro pequeño mundo” que era a moda nos finais dos anos sesenta.

Pero para conseguir o acceso directo e a habilitación de profesor, había que cumprir un ano de Prácticas que tería tamén influencia na nota final. Eu cumplo na Anexa, que era como se chamaban as escolas de primaria que convivían no mesmo edificio da Normal, eran supostamente un laboratorio experimental das novidades metodolóxicas que se daban no ensino e que culminaba a formación.

Antes de adxudicarme destino utilizáronme como monitor nos cursos de tempo libre que se desenrolaban en Calatañazor durante o verán. Por certo, estando alí puđen seguir entre piñeiros e resineiras o Mundial de fútbol que se celebrou en México e que gañou Brasil. Dalí saín cun diploma de Inspector en Hixiene e Seguridade no Traballo que aínda conservo.

De volta a cidade, xa como mestre, asignáronme unha substitución na escola de Numancia, nun pobo preto do lugar onde se conservan aínda os restos da antiga cidade sitiada polos romanos, entre nenos e nenas de tódalas idades, incluído preescolar, dado que as nais aproveitaban a escola como gardería. Foi o meu bautismo como educador.

Aquela pequena escola rural na que estiven pouco mais dun mes constaba dun pequeno local cun mínimo mobiliario e portas sempre abertas, o que facía que o ensino case se exercera o ar libre cos paisanos observándote.

Rematada a substitución, xa con carácter permanente, enviáronme a Deza preto de Calatayud, pobo duns cincocentos habitantes no que había unha escola de dúas unidades, mais a vivenda anexa do mestre, e dicir, compartíamola outro mestre e eu. Dividimos aos nenos por idades e a min tocoume ensinar ós mais pequenos. Ó tempo de chegar, o pregonero anunciou que a casa do médico pasaba a pertencer ao novo mestre... ¡que era eu!

Esta escola de planta baixa tiña un patio xeneroso pechado a media altura onde no recreo algúns maiores facíanse os mortos para que os buitres baixaran e como

despois non podían voar sen tomar impulso, os pillabáns abríanlle as portas do patio para que colleran carreiriña.

Integrado axiña e plenamente en moi pouco tempo, tiveron tempo de participar cun pequeno coro que argallei o día das primeiras comunións na igrexa.

Ese tipo de pobo-vila non se entende sin o seu médico, que tiña “iguas”, término que indicaba o número de cartillas que atendía. O veterinario era o outro puntal de Deza, todos se reunían nun bar céntrico, no medio dunha esplanada que facía as veces de praza, e a tapa mínima eran chuletiñas de año. Fora, deitados ó sol canicular, os galgos, moitos, porque era terra de lebres, moi diferente a da miña nenez, pero como dicía a miña avoa Leontina, “en terra de lobos hai que ouvir coma eles”, e a min non me costaba adaptarme. Como persoa de terra de moita auga abralloume a procesión que un día avanzaba por un monte cara ata unha ermida, intereseime polo asunto e segundo dixeron ¡tratábase de facer “rogativas” para que chovera!

A situación familiar adversa (meu pai que padecía unha grave doenza) obrigoume a voltar a Ourense, pero entón tiveron que cumprir co servizo militar, e foi alí cando aconteceu o seu pasamento, momento no que me liberaron da mili por mor de atender as necesidades familiares.

Foi nese intre, xa me dispuña a voltar a Soria, cando me indican que me teño que dirixir a Eibar, no País Vasco, para asumir o destino obrigatorio segundo o BOE. Cando xa estaba perfectamente integrado, a vida me levou nunha nova dirección.

PD.- So quero indicar que, neste intre, atópome escribindo desde as Illas Baleares. ¡Diversidade!

A MEMÓRIA EM FRAGMENTOS DA MINHA ESCOLA PRIMÁRIA

(Mención honorífica)

António de Jesus Fernandes do Vale
Vila Boa de Ousilhão (Vinhais)



Eu, em 1955, com 11 anos e aluno da quarta classe

O meu nome é António Vale, sou aposentado da vida de professor primário que foi muito mais do que uma profissão. Nunca me imaginei noutro lugar que não na Escola. Nas vésperas de completar 82 anos, tenho dedicado parte do muito tempo à minha disposição ao registo de muito do que vivi, conheci, experimentei e que a memória ainda me permite relembrar. De entre essas memórias, há um espaço tremendo para a minha meninice e primeira juventude, pois tenho vivido com a sensação de que durante a minha existência, desde o meu nascimento até ao presente, viajei da Idade Média até ao século XXI, numa vertiginosa e imprevisível diacronia, que nenhum imaginário poderia alcançar. Dessa meninice e primeira juventude, partilho aqui tudo quanto recorro da Escola, das professoras, das outras crianças e dos ambientes que um dia experimentei e que, entretanto, desapareceram para sempre.

Nasci em 1944, ainda em plena II Guerra Mundial, na aldeia de Vila Boa, do concelho de Vinhais e, tal como todos os Antónios, era e sou conhecido na aldeia por Toninho da Eira (da Eira para distinguir de outros Toninhos). Quando eu iniciei

a escola primária, no ano lectivo de 1951-52, o ensino já era obrigatório, para os meninos até à quarta classe e para as meninas só até à terceira classe. Nesse tempo, a escola funcionava num edifício próprio, que ainda hoje se mantém mas não como escola, e que foi construído nos finais da década de vinte do século passado, no Poulo, lugar sobranceiro a toda a povoação. Não tendo uma traça específica, este edifício era constituído por dois grandes salões, uma arrecadação e, no exterior, junto à porta de entrada, um pequeno recinto abrigado, a que chamávamos “cortelho”, onde esperávamos, as meninas do lado direito e os meninos do lado esquerdo, a nossa professora, que era recebida por um coro que lhe dizia: “bom dia Sra. professora”.

Esse “cortelho” servia-nos de abrigo nos dias de chuva e outras intempéries. Nas traseiras, virado para a povoação, havia um grande cabanal onde, nos dias de chuva passávamos os recreios. Na década de setenta a escola sofreu obras e, sem saber porque razão, o “cortelho” e o cabanal desapareceram. A escola não tinha água, luz ou casas-de-banho. As meninas iam ao toro de um velho Castanheiro do lado nascente, fazer as suas necessidades e os meninos iam ao toro de um cerdeiro¹, a poente da escola.

Até este edifício ter sido construído, a escola funcionou em salões de casas particulares. Das que ainda ouvi falar foi um salão da casa dos d’ó Cerdeiro, no bairro d’ó Campo, no tempo em que lá leccionou, e viveu, aquele que sempre foi referido, por quem foi seu aluno, de “grande pedagogo”, o mestre Sr. David Pires. Não sei quantos anos esteve em Vila Boa, mas sei que foi professor da geração dos meus pais e tios. Vivia no bairro do Campo com a família, numa casa em frente ao tanque de água actual. Alguns dos seus filhos foram seus alunos e dois deles, mais tarde, viriam a ser professores no Liceu Nacional de Bragança: O Dr. Francisco Pires e a Dra. Carolina. O Professor David, para além da fama de grande pedagogo, ficou também na lembrança das pessoas pela violência física para com os seus alunos, incluindo os próprios filhos.

Anteriormente ao salão dos d’ó Cerdeiro, diziam, a escola terá sido no salão dos “Civis”, no bairro da Portela. Só mais tarde, e já no final da década de sessenta, foi construída uma segunda e nova escola, só com uma sala, do “Plano dos Centenários”, no fundo do povo, junto ao cemitério.

Quando eu entrei para a escola, para a primeira classe, havia só uma professora para as quatro classes e com muitos alunos nas três primeiras classes, pois nessa altura, as meninas, a não ser que quisessem continuar a estudar, não faziam a quarta classe. Era assim, uma professora com tantos alunos e com tantas classes e, convém ter em consideração que em cada classe havia vários repetentes e em níveis de aprendizagem diferentes. Por exemplo, na minha primeira classe, tinha colegas mais velhos do que eu, repetentes várias vezes e que continuaram a repetir... A minha professora, ainda jovem, chamava-se Preciosa Tabuada e era natural de Bragança.

¹ Cerejeira. (Nota del autor). Cerezo. (Nota del editor).

Em 1952-53 foi colocada em Vila Boa uma regente escolar, que passou a leccionar a terceira classe. Vila Boa, nesse tempo, era das poucas aldeias que tinha uma professora formada, “professora de cadeira”. Regra geral era haver uma regente, “posteira”, que leccionava as quatro classes. Foi nesse ano que lá ficou efectiva a professora, ainda jovem e acabada de sair da Escola do Magistério, Clemência da Ressurreição Gomes, natural da aldeia de Rio de Fornos (Vinhais), que passou a residir na aldeia, primeiro no bairro do Eiró, na casa do “conselho”² e, pouco tempo depois, foi instalada na casa da “Residência” destinada ao pároco, que existia em frente aos cancelos do adro da igreja. Aí, acompanhada de uma irmã, de nome Liberata, viveu até ao final do ano lectivo de 1962-63. Como vivia permanentemente em Vila Boa, só ia a Rio de Fornos em alguns fins de semana e o fim-de-semana era, então, apenas o Sábado de tarde e o Domingo, envolvia-se noutras actividades, foi catequista, rezava o terço ou a Via Sacra na igreja, dirigia as reuniões da LACF³ e da Pré-LACF⁴. Nestas reuniões com senhoras e com as raparigas, onde não eram excluídas as que não pertenciam, de âmbito cultural, cantava-se, faziam-se jogos de roda, aprendia-se a bordar e tricotar, ensaiavam-se récitas que depois mostravam às outras senhoras, normalmente no salão da “casa dos Macacos”, propriedade dos do Vale.

A professora Clemência foi, sem dúvida, uma grande professora, pois ainda hoje quando um ex-aluno seu mostra saberes a Matemática, Português, História ou Geografia, se ouve dizer: “Eu fui aluno da Clemência!”. Claro que, tal como era então prática generalizada, esta professora abusava dos castigos corporais, principalmente reguadas, mas há quem recorde o trauma de alguns miúdos que foram, na realidade, espancados por ela.

Viver numa aldeia como Vila Boa era completamente diferente do que é viver actualmente. Não havia telefone, que só chegou em Agosto de 1962; não havia electricidade, que só se iluminou a partir do Verão de 1973. A escola não tinha qualquer tipo de aquecimento e muitos de nós, alunos, nos dias frios de Inverno, levávamos de casa um lato com brasas para nos aquecermos, ou, pelo menos, aquecermos os dedos para podermos escrever. Para muitas das crianças que andaram na escola comigo, o Inverno era um autêntico martírio, não só pelo extremo frio que fazia, como pelas ruas imundas e enlameadas, numa mistura de bosta de animais e águas pluviais, que transformava a circulação pelas ruas da aldeia quase impossível, ainda que existisse uma calçada (passeio), ao longo de toda a aldeia, para as pessoas se defenderem dos lamaçais. A este cenário acrescia o facto de que muitas dessas crianças nem sequer se vestiam e calçavam adequadamente para essas condições adversas.

A alimentação em muitas das casas era pobre e deficitária, em qualidade e, principalmente, em quantidade, e as carências nutritivas eram por demais evidentes, o que só poderia prejudicar o rendimento escolar dessas crianças. Nessa altura íamos para a escola às nove horas da manhã, com o almoço de pote, já na barriga. Ao meio-dia

² Correspondente à actual Junta de Freguesia. (Esta nota y las siguientes son del autor).

³ Liga Agrária Católica Feminina.

⁴ Liga Agrária Católica Feminina para jovens raparigas.

havia o intervalo no qual íamos a casa jantar. De tarde, a partir das treze e trinta e durante duas horas continuava a escola. Depois do Carnaval, quando os dias ficavam maiores, os alunos da quarta classe ficavam na escola até mais tarde, até tocar para o terzo, ou até perto do pôr do Sol e, por isso, levavam uma merenda para a escola, o que me agradava bastante porque a minha mãe reforçava sempre essa merenda.

Houve anos, no terceiro período, que estes alunos iam, logo cedo, ao nascer do Sol, para a escada da casa da professora e aí começavam os trabalhos escolares, para se preparem para os exames da quarta classe que eram realizados em Vinhais, na primeira quinzena de Julho, contando com uma prova escrita e outra oral. Nas vésperas desses exames a professora Clemência levava o grupo de alunos da quarta classe para a casa de seus pais, em Rio de Fornos, onde ficavam alojados desde finais de Junho até meados de Julho, a preparar-se para o referido exame. Houve anos em que, por existirem alunos para realizar o exame de admissão ao ensino secundário, essa estadia em Rio de Fornos se prolongou por bastante mais tempo, como foi o meu caso que por lá fiquei sozinho, durante todo o mês de Julho, Agosto e parte de Setembro, altura em que fiz o exame de admissão no seminário de Vinhais.

Mas para além da professora Clemência, houve outras que ficaram na memória colectiva da aldeia e das quais eu recordo algumas. A D^a Andreia que, no ano lectivo 1954-55, presidiu ao júri dos exames da quarta classe, em Vinhais, dos alunos de Vila Boa. Lembro a D^a Alice Moreno que vivia em Bragança, a D^a Maria, natural da Torre de D^a Chama e da D^a Albertina, regente que exerceu vários anos em Vila Boa com as quatro classes.



Capa do livro de leitura da 3ª Classe



Capa do livro de leitura da 4ª Classe

Nesse tempo, o ensino público transparecia a plena sintonia entre o Estado e a Igreja Católica. Para além do evidente crucifixo, ao centro, ladeado pelas fotografias do Presidente do Conselho (António Salazar) e do Presidente da República, na cabeceira da sala, normalmente, por cima do quadro da sala, as aulas começavam com o Sinal da Cruz e uma oração: “Jesus, meu Divino Mestre, iluminai a minha inteligência, purificai o meu coração, fazei de mim um bom cristão e um cidadão útil à Pátria”. Aliás, os livros de leitura das segunda e terceira classes continham textos religiosos na última parte do livro.

Havia um compêndio de leitura único para cada classe. Apesar de todos os livros serem comprados pelos pais, nesses livros não se podia escrever, nem tinha questionários, pois iria passar para os irmãos mais novos do seu titular. O material escolar individual mais usado era a lousa (ardósia), com o respectivo lápis do mesmo material. Durante os quatro anos da escola primária, a professora usava o quadro preto, grande e também de lousa, onde se escrevia com giz, para que todos os alunos a quem se dirigia pudessem ver.

Os meus primeiros dias na escola foram totalmente dedicados a preencher a lousa com o algarismo “1”. A professora exemplificou no quadro e mandou-nos encher a lousa com esse número. Quando completávamos a tarefa íamos mostrar-lhe e a reacção da professora era igual para todos: “apaga e volta a fazer”. Agora compreendo o que seria a azáfama duma professora, acabada de sair da Escola do Magistério, uma jovem, ver-se numa sala de aula, cheia de crianças, de diferentes idades e nos diferentes anos de ensino e ter que atender e dar resposta a todos e a cada um deles...

O livro de leitura da primeira classe começava com as vogais pela seguinte ordem: o “i” com o desenho de uma igreja, seguindo-se as restantes pela ordem crescente de dificuldade: o “u” com o desenho de uma uva, o “e” com uma égua, o “a” com uma águia e o “o” com a ilustração de ovos. Depois de todas as vogais, maiúsculas e minúsculas, manuscritas e impressas, a ler e escrever, entrava-se nos ditongos: “ui”, “iu”, “ei”, “eia”, etc., e só depois se iniciava a aprendizagem das consoantes começando pelas mais fáceis de escrever e ler: o “p”, o “t”, o “l”... com as palavras simples “pai”, “popó”, “pia”, “tio”, “tia”, “tua”, “lua”, “Lili”, “lupa”...

Por alturas do Carnaval chegava-se à parte do livro com pequenos textos, com letra impressa. Na primeira classe insistia-se na leitura e nas cópias. A matemática resumia-se a contar e escrever os primeiros números e a pequeninas contas de somar e subtrair. Nos anos seguintes, além do livro de leitura, desenvolvia-se o programa: na matemática continuava-se a aprender a contagem e escrita dos números e já se resolviam pequenos problemas...

Na terceira classe continuava-se a ter o livro de leitura para ler e interpretar os seus textos, fazer cópias e ditados. Neste terceiro ano já se explorava mais a aritmética e a geometria: faziam-se as quatro operações, resolviam-se problemas, surgia a numeração romana, já se falava nos ângulos e nas figuras geométricas... Neste ano foi minha professora a regente D. Virgínia.

Na quarta classe o programa era bastante exigente. Todos os dias havia um texto do livro de leitura para ler e interpretar e sabíamos que iríamos fazer um ditado e que

cada erro acima de cinco correspondia a uma reguada. Em Português e naquilo que era a oralidade tínhamos que ler e bem, analisar gramaticalmente, isto é, reconhecer substantivos, verbos (conjugá-los), adjetivos, preposições, advérbios, conjunções, dividir orações, etc. Na Matemática, além das operações com provas reais e dos nove, tínhamos que saber as várias medidas: comprimento, peso, capacidade, volume e fazer as respectivas reduções, achar a área e o perímetro de triângulos, quadrado, rectângulo e trapézio. Para completar, a dificuldade maior, era resolver os problemas que, por vezes, exigiam duas ou três operações e reduções. A numeração romana que se iniciara na terceira classe, completava-se na quarta classe.

Embora os métodos mais aconselhados para o ensino primário fossem o analítico e o sintético, ou mistura dos dois, o que predominava era o paradigma da memorização, de um modo especial nos programas de Geografia, da História e nas tabuadas. Na Geografia era preciso saber e apontar nos mapas as províncias, os distritos e respectiva capital, assim como as cidades que neles existiam, sem esquecer as províncias ultramarinas. Os rios tinham que se acompanhar no mapa, desde a nascente, todas as terras importantes por onde passavam e até à foz, mais os respectivos afluentes de ambas as margens. O mesmo acontecia com as linhas do caminho de ferro e os vários ramais: vão de onde até onde e por onde passam. Tudo isto tinha que ser apontado no mapa pelo aluno que fosse chamado.

Na História de Portugal começava-se pelos povos que viveram na Península Ibérica, o Condado Portucalense e, depois, as sucessivas dinastias e todos os reinados, com nomes e cognomes de todos os reis e suas/seus consortes, as batalhas, com locais e datas, os novos mundos dados ao Mundo e nomes dos seus descobridores.

Vila Boa foi uma aldeia com uma actividade e dinâmica cultural muito interessante, não só enquanto a Professora Clemência lá esteve, mas pelo menos desde a década de quarenta. Ficaram na memória as aparições dos “Robertos, os Saltimbancos e os Trampolineiros” que, nos finais de Verões e Invernos e a troco de uns tostões, faziam espectáculos em palheiros ou cabanaís (era muito usado o palheiros dos Civis e o cabanal do tio Firmino, no Canto). Ainda da lembrança de uns poucos vivos, as representações teatrais que o seminarista e depois padre Francisco do Vale ensaiou e levou à cena, na década de quarenta, como foi o caso do auto *Marcos o Pescador*. Nesta peça, brilhou o Manuel Rasca, pois num determinado momento a sua fala era dizer “Redes ao mar”... Disse-a com tal entoação que lhe ficou agarrada à pele e passou a ser conhecido como “o redes”... Ele e, depois mais tarde, o seu filho que herdou a nomeada do pai.

Noutra récita, esta nas férias do Natal de 1944-45, com o mesmo encenador, entrava uma mulher grávida que, calhou, deu à luz no dia da representação, dia 6 de Janeiro de 1945, e por isso foi substituída por um rapaz que sabia as suas falas... vestido a rigor de mulher, o tio Malguinhas fez exemplarmente o papel de Rosa Tirana.

No terceiro período de 1950-51, no palheiro dos Pousas, no Casal, houve uma récita variada ensaiada pela professora Clemência e o Chico d’ó Cerdeiro. Foi nesta récita que, pela primeira vez, se cantou a três vozes, o “Ribeirinho da Devesa”.

Nas férias de 1956-57 foi a vez do Toninho Afonso e o Nuno d’Alimonde encenarem, no salão da escola, a récita onde o momento principal foi o auto “A Bandeira

Roubada”, alusiva às invasões francesas. Houve neste auto duas vedetas: o João Lijó e o Lele Civil. O João Lijó fez de Bobo, mas que na verdade era um informador dos franceses. O Lele Civil, com a sua figura peculiar, era um autêntico espectáculo e os seus monólogos “eu sou um alho” e “O Zabumba” ficaram-nos na memória.

Nas férias do Verão de 1961 foi a vez do ainda seminarista Virgílio do Vale ensaiar e encenar o espectáculo que se fez e repetiu no pátio dos “do Vale”. O mesmo aconteceu no Verão de 1963. Tanto num Verão como no outro foram espectáculos variados. No de 1961 representou-se um auto bíblico e no de 1963 o auto “Rapaziada teatral”. Nos dois houve comédia, canções a três vozes, folclore e monólogos. Nestes o astro foi o António Serra, principalmente no monólogo “Ah Cara...go” e “A Carta do Brasil”. Outra vedeta foi o Chico do Vale desempenhando o papel de “O Patacha”.

Mais tarde, nas décadas seguintes, nas últimas do século XX e primeira do século XXI, foram várias as participações de Vila Boa no Cantar dos Reis, promovido pela Câmara Municipal de Vinhais, momentos em que se partilhava algo que em Vila Boa era cultivado e transmitido de geração em geração.

Ao tentar traçar o meu percurso de aluno na Escola Primária, a minha memória consegue alcançar alguns momentos e pormenores que poderão caracterizar essa minha caminhada. Na primeira classe demorei a ambientar-me, por várias razões, mas sendo a principal, o pouco carinho que a professora dispensava aos mais novos, pois estávamos inseridos num grupo grande de crianças de várias idades. A partir da iniciação da escrita e leitura tudo normalizou e passei a ser um bom aluno. Na segunda classe tive nova professora, a D^a Clemência, e com ela e durante todo o ano não tive qualquer dificuldade e continuei a ser um bom aluno. Na terceira classe a minha professora foi a regente D^a Virgínia e mantive-me com bons resultados. Para a quarta classe apenas transitaram oito crianças, seis meninos e duas meninas, isto porque, e tal como já foi referido, a maior parte das meninas só faziam até à terceira classe. Foi o ano em que mais se notou a minha progressão, não só pela extensão do programa, como pelo tempo que passávamos a estudar... pode dizer-se, de Sol a Sol. A partir do Carnaval comecei a ser preparado para o exame de admissão ao Seminário de Vinhais e, tanto eu como os outros colegas, fazíamos pontos (testes) de preparação ao exame de admissão aos liceus. Fizemos o exame da quarta classe em Vinhais e fomos todos aprovados.

Em toda a escolaridade primária fui um bom aluno, um dos melhores do grupo. Nunca tive uma boa caligrafia, mas não dava erros. Para o que não tinha jeito era para o desenho, principalmente para o “desenho à vista”, em que tínhamos que desenhar um fruto, um copo, uma caneca, um livro, entre outros, colocado à frente na sala e, depois de desenhá-lo, sombreá-lo.

Nesta época, uma dimensão relevante da nossa meninice era a conciliação da escola com as tarefas e trabalhos que tínhamos que realizar para ajudar em casa os nossos pais e família. Estávamos a décadas de se falar de trabalho infantil, mas nestas aldeias todos nós acumulávamos esses trabalhos: ir com a cria para os lameiros, trazer do campo comida para os animais, guiar as cabras até à cabrada e ir recolhê-las à noite, regar os lameiros e voltar a tapar os poços, cortar lenha do “squeiro” e

transportá-la para próximo da lareira, apanhar água das fontes ou das bicas, entre outras pequenas tarefas domésticas.

Mais do que uma memória nostálgica ou saudosista desses tempos e dessas experiências importa-me registar aquilo que, de uma qualquer forma, a minha memória quis que aqui chegasse, até hoje, porque ao recordar esse pretérito não conseguirei jamais cristalizar em palavras os tons, os cheiros e os sons desses ambientes que, entretanto, desapareceram. Também os rostos de todas as crianças e jovens com quem eu partilhei esse tempo-espço estão preservados, ainda que tenham crescido, vivido e, muitos, já falecido. Ao relembrar-me criança e na escola, não consigo perceber se foi essa vivência infantil que me inspirou ou motivou para, mais tarde, ir para a Escola do Magistério e ter sido toda a vida um professor primário.

Deixo assim e aqui esta memória, ainda que em fragmentos, a memória possível.

ESCALONES DE SAL Y TIZA

Jorge Alonso Luna
(La Rábita, Granada)

La memoria, a veces, se comporta como el mar Mediterráneo en invierno: arroja a la orilla fragmentos sueltos, restos de naufragios cotidianos que el tiempo ha pulido hasta dejarlos irreconocibles. Del año 1983 conservo apenas un puñado de esas caracolas rotas. Tenía seis años y el destino, dictado por las obligaciones laborales temporales de mi padre, nos había trasplantado a La Rábita, un pequeño enclave marinero en la costa de Granada.

No recuerdo nuestro hogar con la precisión geométrica de los adultos, pero sí recuerdo el salitre. Vivíamos en un piso de alquiler asomado al paseo marítimo. Desde la ventana, el mundo parecía dividirse en dos mitades exactas: el rumor constante y azul de las olas por un lado, y la verticalidad de la tierra firme por el otro. Para un niño de seis años, aquella geografía no era solo un paisaje, era un desafío físico diario.

El colegio no era un destino al que se llegara paseando; era una cumbre que debía ser conquistada. Cada mañana, mi jornada escolar comenzaba mucho antes de escuchar la campana. Comenzaba en las infinitas escaleras que separaban la cota del mar, donde vivíamos, de las alturas donde se alzaba la escuela. Recuerdo mis piernas cortas negociando cada peldaño, el aliento entrecortado y la sensación de que, con cada paso hacia arriba, dejaba atrás el mundo acuático para adentrarme en un territorio de pizarra y tiza. Las escaleras eran el rito de paso, el pasillo de transición entre el niño que jugaba en el paseo marítimo y el alumno que debía guardar silencio en un pupitre.

Pero si la ascensión era memorable, la verdadera lección de vida aguardaba tras la puerta del aula. Aquella no era una clase convencional. Era lo que técnicamente se denominaba una escuela unitaria, pero que para mis ojos infantiles era, más bien, una pequeña arca de Noé. En la misma sala compartíamos aire, espacio y aprendizaje niños de cuatro años hasta mozos de doce.

El ambiente sonoro de aquel microcosmos era fascinante. Mientras los más pequeños silabeábamos con esfuerzo las vocales, en la fila de atrás los mayores se enfrentaban a la abstracción de los quebrados y a las capitales de Europa. El maestro, del que mi memoria ha borrado el rostro, pero no la paciencia, debía multiplicar su atención, actuando como el director de una orquesta donde cada sección tocaba una partitura distinta. La escuela rural de entonces no segregaba por edades; nos aglutinaba en una comunidad forzosa donde los grandes ayudaban a los pequeños y los pequeños mirábamos a los mayores con un respeto reverencial, como si pertenecieran a una especie superior y misteriosa.

Mi estancia en La Rábita fue breve. Fui lo que en los pueblos se llama un «ave de paso». Aquella transitoriedad marcó mi experiencia escolar. No eché raíces

lo suficientemente profundas como para que el tejido de la amistad infantil perdurara. Cuando volvimos a empaquetar nuestras vidas para marcharnos, el hilo se cortó de tajo. A día de hoy, no conservo el contacto con ninguno de aquellos compañeros de aula. No sé qué fue del muchacho de doce años que me miraba desde el fondo de la clase, ni de la niña que se sentaba a mi lado. Sus caras se han desvanecido, absorbidas por la neblina de las décadas.

Sin embargo, sería injusto decir que no me llevé nada de allí. De aquella escuela rural me llevé la esencia pura de lo que significa aprender en comunidad. Comprendí, sin saber entonces ponerle palabras, el inmenso valor de aquel refugio en lo alto del pueblo, donde hijos de pescadores y agricultores se sentaban bajo el mismo techo.

He olvidado los nombres y he perdido los rostros, es cierto. Pero cuando cierro los ojos y pienso en el curso del 83, todavía puedo sentir la quemazón en los muslos al subir las escaleras del pueblo, el olor a salitre mezclado con el polvo blanco de la tiza, y el zumbido coral de una veintena de voces de distintas edades recitando, a la vez, las lecciones que nos prepararían para la vida.

CONTABA EL ABUELO

Benjamín Charro Morán
(Tardobispo, Zamora)

El abuelo era un hombre cabal. Ansioso de saber. Estaba convencido de que era distinto que te leyeran, a leer; distinta la ignorancia que el saber; distintas las luces y las sombras. Que cada vez que aprendía algo nuevo se sentía más lleno; más libre, más seguro de sí mismo. Eso sí, necesitaba no perder el contacto con la herencia de lo sabido por sus ancestros. Abrir los ojos a aquel mundo en blanco y negro que le rodeaba. Buscar los aires nuevos. Descifrar enigmas escondidos tras aquellos borrones de tinta con los que cada día se tropezaba. Sabía que la amistad no tenía edades y, por ello, siendo aún niño, forjó una férrea admiración y cercanía con el maestro, al que le unía, también, una cierta relación familiar. Sentía una envidia sana, por los hombres letrados y leídos. En especial, por Froilán, porquero, aspirante a cura en el Seminario de Toro, y hombre letrado que solía saludar siempre con un refrán en su boca. Porque estaba convencido de que la sabiduría del pueblo, sin escuela, se escondía tras los viejos dichos que también él había heredado de sangre.

Era un hombre distinto. Un hombre que ahora había sido propuesto para ejercer funciones docentes, entre tanto llegara un maestro habilitado, por la Junta Municipal de Instrucción del pueblo de Tardobispo (Zamora). Le avalaba la experiencia de porquero, sus estudios de latín y su contacto continuo con los libros. Eso sí, el pueblo aún tenía pendiente la ubicación de local para la misma. Los vecinos parecían esperanzados.

Acababa de nacer una escuela; una estrella entre la ignorancia. Una nueva esperanza para los sueños. Las funciones escolares fueron desarrollándose donde iba siendo posible: en locales alquilados, en el atrio de la iglesia, o bajo la morera de la plaza dependiendo del tiempo. Ahora lo importante era que los más pequeños estaban recogidos y no deambulaban como ovejas perdidas por las calles. Así ocurrió, durante algún tiempo, hasta disponer de local propio definitivo.

Froilán, para la familia, y ahora don Froilán para los vecinos y niños, parecía haberle dado un nuevo aire al pueblo. Como si comenzase a cambiar de color. Apenas si se veían ya niños tirando piedras por las calles y deambulando, como decía el Sr. alcalde, como ovejas sin pastor. Ya decía el refrán que corría por el pueblo aquello de: “Ovejas bobas, por donde va una, van todas”. Suficiente argumento para concienciar a los vecinos de la necesidad de una escuela para los niños. Tal vez, por la presión ejercida por dicho refrán, y la exigencia legal, llevaron a que pronto el pueblo dispusiera de su ansiada escuela, aunque fuera una escuela demasiado precaria de barro y paja como la del cuento de “Los Tres Cerditos”. Era el principio. Ahora, los niños, disponían y tenían un lugar donde acudir y poder aprender más allá de la calle. El pueblo parecía distinto. Algunos alumnos, como al abuelo, no parecían bastarle

satisfechos con el mobiliario de saberes heredados del recuerdo, de la herencia y, por eso, previendo las ventajas que el saber ofrecía para completar sus sueños, siempre se esforzó y nos alentó a todos en el aprendizaje de la lectura. Pronto aprendió a leer y se volvió un compulsivo lector.

Las faenas del campo y las penurias de la familia le habían obligado, al igual que a otros niños, a ayudar en las tareas domésticas. Hasta entonces, es cierto, decía, que el saber dependía más de la voluntad de la familia y los refranes y santos que marcaban los días, que de otra cosa. Con la escuela todo cambió y, posteriormente cien años después, con su desaparición, y vacío de niños recorriendo sus calles, el pueblo murió.

Aquellos niños del ayer, cansados y con mirada ansiosa de futuros, apenas si habían podido acudir con regularidad a la escuela donde buscaban ansiosos encontrar todos los cristales de la suerte. Todas las puertas del saber. Eran tantas sus obligaciones que apenas si les quedaba tiempo para el aprendizaje de las letras. Tan sólo, cuando las obligaciones del campo se lo permitían. Ellos, que con frecuencia habían oído en el seno de su familia aquel viejo refrán que decía: “Por bueno, o malo, ten el escribano siempre a tu lado”, porque, “El que tonto va la guerra, tonto vuelve de ella”. ¡No lo olvides!

En la escuela recién estrenada de su pueblo, junto al maestro y amigo don Froilán, el abuelo, aprendió a vivir la vida de manera distinta. Leía y leía en sus ratos libres hasta robar horas al candil, aunque a la abuela no le parecía demasiado bien. Ella, entre tanto, se pasaba el día zurciendo calcetines y poniendo remiendos a los pantalones de pana a la brigada de la higuera que había crecido bravía en el corral. Ambos, aprovechaban cualquier resquicio de luz del día por no gastar aceite del candil. Decía siempre: “Acude al herrero con barbas, y a la letra con babas”. No olvides nunca que “el hijo del asno, dos veces rebuzna al día”. Si no quieres que a ti te pase, a la escuela debes ir.

La vida en el pueblo, a pesar de la monotonía marcada por el calendario zara-zo-gano, ahora resultaba entretenida. Apenas si quedaba tiempo para el aburrimiento. Los dos, el abuelo y la abuela, vivieron siempre en su pequeño, en un humilde hogar apenas unos metros de la escuela, pero siempre afanados en la educación de su larga prole. Valorando la labor de sus maestros.

El pueblo, hoy, como ayer, se encuentra franqueado por dos ríos que enmarcaban los paisajes. Ayer repleto de niños por las calles, hoy, sumido entre silencios de infancia enterrado en el olvido. En un entorno no demasiado lejos de la ciudad, que facilitaba una escuela viva, en constante contacto con su entorno. Por entonces, cada jueves, con regularidad, acudía el abuelo acompañado de su borrico, junto a su familia, al mercado semanal para intercambio de mercancías, aliviar así las penurias de cada día y escuchar a comediantes y trovadores que solían aposentarse por las esquinas de la villa.

Las casas eran muy humildes, con la propia escuela, de tapial y adobe; los tejados de cañizo y paja, el suelo de piedra y barro. Los cuarterones que sostenían el tejado, tallados a gubia, azuela y hacha.

El nacimiento de aquella escuela, contaba el abuelo, había surgido más bien por iniciativa popular, cuando las autoridades más representativas se vieron en la necesidad de cumplir la ley y abrir su propia escuela unitaria por no ser menos que otros pueblos vecinos. Eso sí, una escuela nacida discriminando a la mujer. Allí las niñas parecían no tener cabida. Venía marcada por el sexo dominante, porque así estaba establecido en una sociedad puramente patriarcal. Uno era el sexo dominante, y otro el dominado; uno el fuerte y otro el débil. Por entonces, sexo fuerte. Sea como sea hijo o hija, no olvidéis nunca que “Si hijo fuiste, padre serás, y cual hiciste, tal harás”.

Para su edificación y consolidación tuvieron la suerte de contar con la generosidad de un hombre letrado, emigrante y vecino benefactor retornado de la Isla de Cuba, que proporcionó al pueblo unas viejas estancias ruinosas heredadas de su familia y que ahora cedía para la escuela. El buen hombre contaba con una vieja y cochambrosa pocilga anexa a un ruinoso pajar, en las inmediaciones del pueblo, junto a las eras de trillar, que ahora había donado para que fueran habilitadas como escuela municipal. Para su adecentamiento, se contó con las manos y compromiso de todo el pueblo y esa siempre solidaridad desmedida demostrada. Todos acudían fielmente al toque de *facendera* para que la escuela fuera una realidad y lo más acogedora posible. No había dinero, pero había manos y voluntad.

Ir a *facendera*, para los vecinos, era acudir solidariamente a prestar los servicios comunes para el propio pueblo. Todos los vecinos se implicaron en las tareas y fueron poniendo allí sus manos con la intención de recoger, cuanto antes, a todos aquellos infantes que deambulaban como ovejas sin pastor, como no se cansaba de decir el Sr. alcalde y así consta en las actas de reuniones municipales. Era hora de que los más pequeños dejaran de tirar piedras a los pájaros por las calles del pueblo. Finalmente, las autoridades del pueblo, la Junta Local de Instrucción, había hecho realidad la obligación de facilitar una escuela para los más pequeños que no acudían al trabajo con sus padres.

La escuela llevó siempre el nombre de aquel benefactor. Era conocida como: “Escuela La Cubana”, en agradecimiento a aquel hombre. El local escolar ya era una realidad y así los niños ahora tenían un lugar donde podían acudir para implementar y redimir su ignorancia.

Froilán era el encargado de atender a los más pequeños, antes porquero, ahora se había convertido en don Froilán. Eso sí, tan sólo niños como el abuelo eran quienes a diario podían acudir a las enseñanzas del maestro. Así había quedado escrito. ¡No había aún cabida para las niñas! ¡Lástima! Se lamentaba siempre el abuelo y asentía la abuela.

La escuela estaba a las afueras del pueblo. La calle y las eras eran el patio de recreo. El maestro, cuenta el abuelo, don Froilán, un vecino más del pueblo que anteriormente había estado, como se ha indicado, en el seminario estudiando para sacerdote y había aprendido latín y letras. Un hombre que antes de cantar misa se volvió al pueblo y estuvo un tiempo recorriendo los parajes de su pueblo con el ganado, hasta serle ofrecido el puesto de maestro, y así pasar a ejercer como maestro de escuela y sacristán.

Don Froilán era un hombre serio, enfermizo y triste. Por eso sus ausencias eran frecuentes y debía ser sustituido, en muchas de ellas por el Sr. cura. Además, como la asignación económica no le llegaba para vivir, debía complementarla con otras tareas y obligaciones. A veces, decía el abuelo, que no sabía si finalmente el cura era el maestro, o el maestro era el cura. Eso sí en ambos casos la religión era sagrada; una constante. No resultaba nada fácil distinguir sus enseñanzas, aunque a mi abuelo le parecía más ameno y más cercano, para hacer amistad, don Froilán. Con el que, además, compartía cierta relación familiar como ya se ha indicado.

Contaba el abuelo que el hombre, el maestro, había enfermado de tifus por haber bebido agua del regato de Las Chanas, o por andar con los cerdos. Era un hombre serio que apenas sonreía. Alto, delgado, enjuto y con una tos permanente que parecía manar con angustia de su pecho. Sobre la comisura de sus labios se intuía una sombra que iba dejando ese cigarro que siempre llevaba pegado a sus labios bajo un espeso bigote canoso. Eso sí, era uno de aquellos hombres con los que por entonces se venían llamando: “hombre bueno”, que nunca abusó del varal que guardaba sobre su mesa, a pesar de tener razones para ello. Varal al que ya le había apodado: “Tizona”, como la espada del Cid, decía el abuelo. Varal que le servía para mantener el orden y a la vez apuntar sobre el mapa la ubicación precisa requerida para cada ocasión.

Bajo la mesa, a sus pies cansinos y algo torpes, un brasero de cisco con su alambra, badila, y su caja para aliviar los fríos que se colaban entonces por las desvenecijadas ventanas y los traslucos que permitían entrever el cielo en lo alto. Siempre insistía que lo más importante en la vida era el saber. Que la sabiduría era la puerta a la esperanza y a la liberación de la tierra, como en el pueblo judío. Por eso mi abuelo se pasaba la vida leyendo libros que le iba prestando el maestro que, además de los de la escuela, guardaba en su casa un arsenal de volúmenes que había conseguido en el seminario. Eso sí, la mayoría de carácter religioso, y es que el pueblo mismo vivía regido y pegado a sus santos. Cada día traía un libro diferente a clase y no se cansaba de leerlos. Libros de aventuras, de historia, de religión...

Sobre el suelo embaldosado de losas de piedra y barro, había dibujado con maestría y pericia el mapa de España que sabía de memoria con todos sus ríos, montañas, cabos, golfos y provincias para que recorriéramos su curso o subiéramos a la montaña más alta mientras las aprendíamos. Eran viajes imaginados, soñados, pero cargados de un realismo que permitían acercarnos a otros mundos y otras realidades más allá de nuestras fronteras del pueblo.

La escuela era muy precaria, eso sí, como la vida misma, pero el esfuerzo de todos los vecinos hacía que fuera agradable y cálida. Era, decía, como un surco de esperanza; como el corazón del pueblo.

La equipación escolar no era para nada ostentosa. Tan sólo, nos contaba, que disponía de una escribanía sobre la mesa del maestro, un timbre para la llamada, un puntero y algunos libros desvenecijados.

Sobre una tarima de madera acoronada y malamente ensamblada, se ubicaba la mesa del maestro con cajones a los lados. Un sillón destartalado con un cojín cochambroso relleno de pajas de panochas de maíz y, pegada a la pared de enfrente,

una pizarra renegrida. Otro de los encerrados estaba pintado sobre la pared de la izquierda. En una esquina de la tarima, presidiendo la estancia, la bandera de España. Sobre la pared recién encalada, un Cristo maltrecho de madera rústica con su dosel de tela indiana, una Inmaculada y un retrato de Alfonso XII bastante favorecido, con cristal roto. Junto a él, franqueándolo, un cuadro de la Inmaculada de Murillo.

Aquella tarima, al abuelo, no le resultaba demasiado cómoda. Le distanciaba demasiado el que ya consideraba su amigo el maestro. Parecía alejar al docente de las propias gentes del pueblo; de los propios niños. Como si fuera un mediador más al igual que el cura, entre la tierra y el cielo. Estrado que colocaba al Sr. maestro por encima y parecía marcar la frontera entre la obediencia y el miedo; entre el saber y la ignorancia; entre el bien y el mal. Ponía más difícil la amistad y cercanía con el maestro.

Del otro lado de la pared, colgaban algún que otro mapa y carteles de urbanidad tapando y disimulando algunos desollones en la calen la pared.

En un viejo armario de madera desconchada y raída, el maestro guardaba libros en mal estado y un tablero contador, ábaco, con las cuentas desgastadas. Los bancos corridos poco a poco se iban deteriorando y llenando de borrones de tinta china y tinteros resecos. En una vieja caja de madera reciclada, guardaba el maestro, palilleros, plumas, plumines, lapiceros, carboncillos y pizarrines para el uso diario. Once tinteros de plomo tenían la escuela clavados a los bancos de madera. Algunos de ellos ya eran de cristal tintado y descascarillados. En el armario, decía, estaba el silabario junto a algunas pizarras y pizarrines y manuales que solían borrarse recurriendo a un escupitajo o trapo mojado sobre ellas.

Entre otros materiales con los que la escuela del abuelo contaba, decía, había unos veinticuatro carteles inservibles de lectura.

Todo era precario. Todo humilde como la vida misma. Hasta al mapa que colgaba de la pared le faltaba la media caña. Lo que no podía faltar sobre la mesa del maestro, eso sí, era el libro de matrícula, de bajas y altas, el de visitas de Inspección y el de asistencia diaria. Recuerda el abuelo que muchos de los niños tenían demasiadas cruces pegadas a su nombre por ausencias continuadas a la escuela. Sin duda que eran ausencias de niños esclavos en la tierra del hambre; de niños arrancando con sus manos terrones de piedra y tierra de la tierra.

Para el Sr. maestro también el dominio de las operaciones y número resultaba de vital importancia para la vida diaria y más de las bases de aprendizaje. Por eso, también yo aún guardo medidas viejas heredadas del saber del abuelo en mi memoria. Medidas como: arrobas, libras, celemines, agrimensores, pasos, pies, pulgadas, nudos... Todos posteriormente de gran utilizad para la vida diaria en el campo y que fueron legados en herencia del abuelo.

Poco a poco, aquella escuela y su menaje fue cambiando hasta llegar a la *Enciclopedia* Álvarez, que yo mismo heredé y tuve oportunidad de pisar un día las huellas de sus páginas y de su impulsor.

A pesar de la precariedad sufrida por aquellas gentes, siempre me llamó la atención la meticulosa caligrafía del abuelo que se asemejaba a los famosos manuscritos que narraban la Historia de España. Una historia tan convulsa como dura para el pueblo. Sin duda que la escuela del abuelo era otra escuela que nada tenía que ver con la que a mí me dejó en herencia. Tal vez la escuela, la mía, fuera distinta, pero los saberes parecían repetidos. Ambas eran una escuela vestida de pueblo, de necesidades, de miseria; una escuela para la tierra, para recoger a los niños que deambulaban sin rumbo por las calles.

¡Ah!, recuerda que, entre el ajuar de escuela, no podía faltar aquel grupo de media docena de sillas prestas para visitas ocasionales del inspector de educación, el Sr. alcalde, el Sr. cura, y resto de la comitiva que de cuando en cuando visitaban la escuela con el fin de sopesar el avance de los infantes.

Eran, eso sí, tiempos difíciles donde sólo había pobre, aunque de distinta categorización, donde sobres y papeles vestían ribete negro como vestían el luto sobre el cuello o la bocamanga los vecinos del pueblo. Tiempos de miserias y *farrapos* heredados; de zancos y galochas remendados; de carámbanos y sabañones. De maestros malpagados y escasamente reconocidos que redimían como podían y sabían su propia precariedad y las ignorancias pegadas a la tierra. Maestro hermano del hambre y la necesidad, cuando las Juntas Locales de Instrucción eran autoridad.

Una escuela de miseria y *facendera*; de santos y pecados pegados a cada uno de los días, a cada uno de los nombres de los niños, de costumbres ancestrales venidas de la herencia. Una escuela mil veces encalada y mil veces maltratada, que ocupó durante mucho tiempo el espacio donde el pueblo parecía acabarse. Fue la escuela del abuelo. La misma que hoy deja entrever tras, los cuarterones y visillos de sus ventanas con cristales fracturados y semiopacos, la desidia del tiempo. Como si también ellos tuvieran los cristales de sus ventanas miraran a la nada con cataratas que pone el tiempo en las pupilas. Una escuela de anchos tapiales circundados por unas cuantas filas de adobes barbudos sobre los que se apoyan, aún, cuarterones maltrechos por el tiempo que aún tratan de sostener el tejado de paja y cañizo arrancados de la orilla del río. Resquicios por los que hoy se cuele el agua, como lágrimas del tiempo. Hoy, en la escuela del abuelo, llueve más dentro que fuera. Llueven silencios, desidia y soledad. Ruinas que se apagan entre las que aún se escuchan los ecos de la tabla de multiplicar y los ríos resecos de esta España vacía. Hoy llueve sobre la memoria de aquella escuela, la inunda en el olvido y la nostalgia. Hoy, tan sólo, parece refugio para para pájaros sin patria y alimañas peregrinas. Allí continúa entre polvo acumulado y cascotes marcando espacio, sobre la mesa, el varal del maestro llamando a la calma.

Aquel suelo frío de piedra y baldosas de barro rezuma nostalgia y soledad, lágrimas de llanto. Escuela que hoy se asemeja más a un campo de minas, a aquel campo de batalla recreado por los alumnos y maestro donde el abuelo estudiaba. A aquella batalla de Trafalgar, a Las Navas de Tolosa; al Cid muerto sobre el caballo ganando contiendas. Del mismo modo que se empeñaba en teatralizar y revivir batallas en el aula, porque, aquel hombre de buena voluntad era consciente de las carencias de

libros y manuales para todos, por lo que con frecuencia en sus explicaciones recurría a la interpretación de cualquier tema que así se lo permitiera. En aquella escuela humilde se realizaban rutas y viajes imaginados al Everest, se viajaba recorriendo países, cordilleras y mares por los mapas. Pero con lo que tenía especial obsesión, era por que todos sus alumnos lograsen un conocimiento exacto de su pueblo, de sus parajes y topónimos. Por su flora y su fauna. Para ello dedicaba la mañana de los sábados a acompañar a los alumnos por el término con la intención de explicar todo lo que iban viendo en cada momento. Tan solo, los días crudos del invierno impedían estas salidas vividas y vivas a los campos. Otro tema que le llamaba especialmente la atención eran los oficios y, en especial, el tema de la explotación e importancia de los palomares que se repartían circundando el pueblo. Sabía que el conocimiento del pueblo permitiría, en el futuro a estos alumnos, explotar con un mayor conocimiento y sentido la tierra heredada.

Hoy, me he asomado a la escuela del abuelo y tras esos cristales casi opacos y fragmentados, he visto cómo el tiempo ha ganado la batalla. El retrato del Rey desconocido yace como muerto y vencido sobre lo que aún queda de la vieja tarima de madera. De la Inmaculada de Murillo apenas si se distingue ya su figura ascendiendo a los cielos. Aquí está, como olvidada de Dios, sobre la tarima borrada por la humedad. Las paredes ya no están enjalbegadas y han perdido su frescura. Los mapas han cambiado las fronteras. Se han apagado sus colores. El Cristo indiano pende a su antojo en la pared sobre un clavo oxidado y parece cada día más dolorido. Un calendario viejo marca el tiempo que se ha parado, bajo sus números santos que continúan marcando los días. En rededor, por las esquinas, tejen su olvido las arañas que parecen escuchar la voz del maestro aprendiendo a bordar entre desollones de barro que parecen mapas de tierra pegados a la pared.

Es el olvido; el saber vencido de una guerra que un día vio perdida el abuelo. El mismo que se empeñó en transmitirnos aquellos saberes y experiencias de campo junto al maestro. Esas que con tanto esfuerzo y tesón fue aprendiendo en su escuela y en el transcurrir de los días en su querido pueblo.

Un abuelo que, como otros, sintió un día la necesidad aprender para liberarse del engaño; de la opresión ciega que pone la miseria. Quiso saber para buscar su libertad y dejar en herencia a los suyos las letras y enseñanzas que aprendió del porquero.

Aquella escuela del abuelo es la mía, la de mis principios, de la de mi herencia. la de mis ancestros, la de mi sangre, de la que aprendí a soñar y a vivir. Escuela nacida y vivida por el abuelo en años de miseria. Miseria pegada al alma y al cuerpo de aquellos niños apenas sin esperanza en el mañana. Escuela rústica y primitiva levantada a golpe de campana, *facenderas* y voluntades que poco a poco se fue convirtiendo en motor y corazón de pueblo. En pura necesidad para ver el mundo y la realidad de manera distinta; para ampliar horizontes de frontera.

Agradezco sin medida el aprendizaje del abuelo en aquella escuela. ¡Lástima que no pudiera hacerlo la abuela! Agradezco su herencia. Aquellos cuentos leídos de infancia bajo la sombra de una encina o a la vera de un ventano en la bodega. Agradezco

aquellos pasajes amenos de “El Pastor”, aquellas historias de *Corazón de Amicis* y aquellas medidas ya en desuso.

Hoy, con el recuerdo de aquella escuela hecha a paladas de barro adobe y piedra; a carros de yuntas cansadas y gubia de carpintero tallando negrillaos viejos del ahor-mar, creo, que son posibles los sueños como lo fue aquella realidad de la escuela del abuelo en su pueblo.

Hoy, ya, una escuela en ruinas, donde aún, al pasar junto a ella, se escucha el eco del saber, de los ríos corriendo mansos por la llanada, y las tablas de multiplicar colgando del aire, el varal silbando golpeando sobre la mesa.

Con la escuela en el olvido, se van acabando los pueblos. Se va cansando la tierra. Se va borrando la herencia. Y quedando reseca la sangre sobre ruinas de barro. Ya no hay niños, como el abuelo, jugando en las eras. Ni voces ni algarabía rompiendo el silencio por calles y plazas. Ni peleas simuladas con pistolas de madera preservando un apellido heredado. No queda escuela y con ella se fue apagando la primavera de la vida.

Desolación y angustia me provocan hoy su mirar; su llanto a escondidas; su soledad olvidada. Ya no late el corazón de mi pueblo. El ansia de saber parece haberse quedado dormido. Allí yacen sin tumbas enterrados los libros. Vencidos por la ignorancia. Ya sé que eran libros manoseados, viejos, cansados... Pero eran el ayer diseñando el futuro. Testigos fieles de otro tiempo. Historias viejas para tiempos nuevos; para otros recreos, para otras calles y plazas. Para soñar nuevos sueños y regalárselos a otra marabunta de niños soñando futuros.

Eran otros tiempos donde todos los niños del pueblo eran niños hijos de pobre y donde cabría pensar que la tristeza era la tónica. No es cierto. Con aquella escuela nació la esperanza y todos los problemas eran de todos y todas las necesidades eran de todos, como la escuela lo era de todos por compartir saberes.

Hoy, aquella escuela del abuelo es ya solo ruina, a sus pies, donde se ubicaba la carbonera en tiempos posteriores de guerra, calabozo municipal. Hoy es tierra dolorida, ensangrentada. Bajo sus ruinas aún permanece, como testigo del tiempo ingrato, dolorido, un viejo baúl repleto de papeles y libros viejos de escuela. Junto a él, ha nacido un rosal con flores rojas que he dejado sobre la tumba desconsolada del abuelo. He dejado, también, un puñado de flores sobre la tumba del maestro; de aquel maestro porquero desertor de cura, don Froilán.

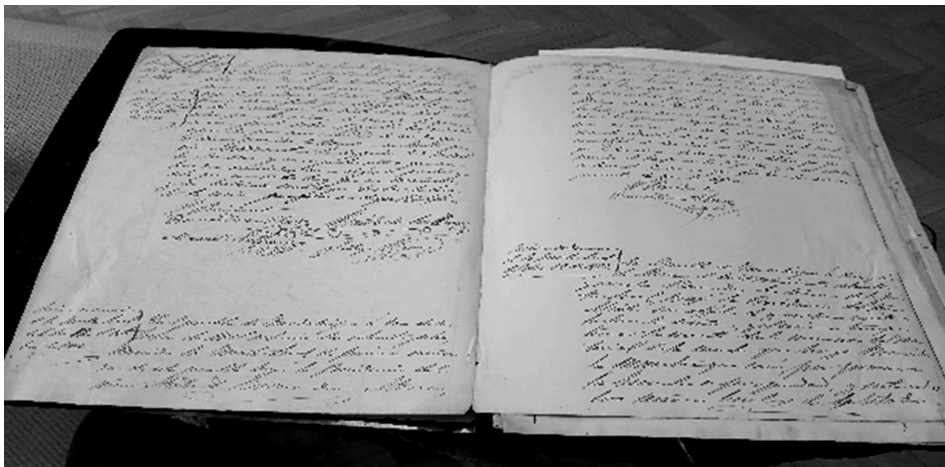
Aquel hombre enjuto, triste, de bigote espeso y culto entre analfabetos, que un día lejano enseñó a leer al abuelo para dejarnos en herencia sabiduría y libertad. Aquel hombre que, en agradecimiento, y para compensar su precario sueldo, era pagado con otros productos de la tierra, de su tierra. Un hombre distinto. Un maestro de pueblo; de todo su pueblo. Un candil de luces entre la ignorancia de la noche. Un hombre bueno viviendo entre libros y silabarios viejos. Siempre inventando cuentos nuevos e historias vividas para que las clases resultaran entretenidas. Siempre, contaba el abuelo, que les alentaba de lo importante que para ellos habría de ser la lectura, porque leer y saber es todo uno. Cada día se sentaba junto a los más interesados en devorar libros, mientras el resto de alumnos dedicaba el tiempo a mejorar su caligrafía

con el fin de que la afición a la lectura fuera un hábito. Siempre corrigiendo la pronunciación y exigiendo las pausas necesarias. Sin duda alguna, que lo que más le gustaba era la historia, con la intención de que aprendiéramos a no cometer los mismos errores de ella. La vivía con pasión. Aún hoy veo al abuelo atravesando montañas y contando la historia de Aníbal, aquel cartaginés, atravesando los Pirineos y los Alpes seguido de sus elefantes de guerra para derrotar a los romanos. Veo al abuelo vestido de Viriato y contando con entusiasmo su enfrentamiento contra los romanos. Y es que aquel hombre vivía los personajes, se creía las batallas. Nosotros, sus nietos, escuchábamos sin pestañear aquellas sus lecciones que, a su vez, él había aprendido de don Froilán. En otras ocasiones colocaba las mesas o unas piedras, como lo hacía el maestro en el aula con los viejos pupitres, como si de barcos auténticos de guerra se tratase por simular una contienda en la batalla de Trafalgar.

Era un maestro de escuela de pueblo en una escuela del ayer que hoy parece un pecio perdido en el fondo de los mares. Como si hubiese sido hundida por alguna de esas batallas en las que el abuelo, un día, también se vio implicado por la desidia e incompetencia de los hombres. Pero ese sería otro tema clavado en la memoria del abuelo. Un abuelo que nos dejó como herencia, tan solo, su tierra, su escuela y sus constantes ansias de aprender. Gracias, abuelo. Gracias, MAESTRO.



El abuelo siendo niño



Acuerdos de la Junta Municipal de Instrucción Pública



La pizarra del abuelo

Provincia de Zamora. Partido judicial de Zamora.
Ayuntamiento de Tardobispo. Pueblo de Tardobispo.
Año económico de 1886 a 87. Escuela pública de niños de Tardobispo.

Presupuesto de ingresos y gastos que por concepto de material forma para dicho año el Maestro que suscribe Don Manuel Fuentes Olanco en conformidad con la Disposición 8ª de la Real orden de 12 de Enero de 1872.

<u>Ingresos</u>		<u>Por</u>	<u>Contenidos</u>
<u>Cantidad igual a la de parte de la dotación de este maestro</u>		126.	"
<u>Gastos</u>			
<u>Capítulo</u>	<u>primera</u>		
<u>Ubi de manutención.</u>	<u>Clase del local.</u>		
Por arrendamiento del local en todo el año		14	"
Por alquiler de habitación		13	"
Por combustible para calefacción del local		10	"
Por gastos de reparación, limpieza y conservación del local		3	"
Por un curso de carpintería para los niños varones		25	"
Por un curso de carpintería para los niños varones		7	50
<u>Total</u>		62	50

Ingresos y gastos de la escuela

ANTOCE

Emanuel Elías Sánchez

Villardiegua de la Ribera (Zamora), Pino del Oro
(Zamora) y Paradela (Miranda do Douro)

La madre hablaba sola por las mañanas. Eso creía el niño hasta que tuvo seis años y entendió que no hablaba sola: hablaba en mirandés, y en Villardiegua de la Ribera nadie más la entendía. El padre tampoco, aunque llevaba doce años casado con ella y conocía las palabras que usaba para el pan, para el fuego, para decirles a los cacharros que el agua ya estaba lista. Las demás las dejaba pasar como dejaba pasar el viento que subía desde los arribes: sin frenarlo, sin preguntarle nada.

La casa estaba en el extremo del pueblo que miraba hacia el río, aunque el río no se veía. Los cortados de granito lo ocultaban —doscientos metros de caída hasta el agua— pero se sabía que estaba allí por el frío que trepaba en enero, por el olor a piedra húmeda que subía con la niebla del Duero y por los buitres que planeaban en el aire quieto de la mañana, como si el viento los sostuviera sin exigirles el menor esfuerzo. Al otro lado del cañón estaba Portugal. Allí se encontraba Paradela, donde había nacido la madre, junto al Duero y lindando con España, y donde vivía *l'abó de la saia*, que era como se decía abuela en mirandés para diferenciarla de *l'abó de las calças*, el abuelo varón, que estaba muerto desde antes de que el niño naciera.

La madre hacía el desayuno hablando. Las paredes de la cocina tenían manchas de humedad que el padre repintaba cada primavera con cal; en invierno volvían a salir. Decía el nombre de las cosas que tocaba: la cazuela, el fuego, la leche que subía, el pan al que había que dar la vuelta. Lo decía en mirandés, sin mirar al niño, como si nombrara el mundo para que no se borrara. El niño escuchaba y repetía en voz baja, primero sin entender qué repetía y después entendiéndolo. Así aprendió las dos lenguas al mismo tiempo: la del padre de día, la de la madre de madrugada, sin que nadie le explicara que eran distintas.

Cuando el primo de la madre cruzaba desde Paradela, traía siempre alguna cosa del otro lado: aceite, vino, tabaco de hebra que el padre guardaba en un cajón. El primo hablaba largo y tendido. El padre asentía de pie en el umbral de la cocina, con los brazos cruzados. A veces le preguntaba al niño qué había dicho, pero en voz tan baja que parecía que preguntaba otra cosa. El niño traducía también eso —el tono de la voz del padre, la manera en que preguntaba sin querer preguntar— sin que nadie le hubiera enseñado cómo.

Aprendió también que las *canhonas* que pastaban en el lado portugués eran las mismas ovejas que pastaban en el lado español, y que la *farrapa*, el copo de nieve, caía igual a ambos lados del cañón, pero se nombraba de manera diferente. Lo que no supo hasta más tarde era que eso tenía un nombre. El nombre era intérprete. La diferencia

no estaba en saber dos lenguas: estaba en no olvidar ninguna de las dos cuando hablaba la otra.

* * *

El maestro se llamaba don Aurelio y venía de Salamanca. Llevaba dos años en Villardiegua y todavía preguntaba dónde estaba la carnicería más cercana. Era joven, delgado, con gafas de montura metálica y los dedos siempre manchados de tiza, y cuando el niño abría la boca en clase inclinaba levemente la cabeza hacia un lado, con un gesto que no dedicaba a ningún otro alumno.

En el aula había un mapa de España clavado con chinchetas sobre el yeso. El mapa llegaba hasta los Pirineos por arriba y hasta el estrecho de Gibraltar por abajo. Portugal aparecía en el borde izquierdo, recortado, como si le hubieran cercenado la mitad para que cupiera en el papel. La Terra de Miranda no aparecía en ningún lugar. La comarca de Aliste tampoco. El niño miraba ese mapa todas las mañanas durante la lección de geografía y buscaba Villardiegua de la Ribera, Genísio, Paradela, el Puente de Pino. No los encontraba. Sobre cada mesa había una *Enciclopedia Álvarez* con olor a pasta de papel y a algo dulzón que nunca pudo identificar; la tapa mostraba el dibujo de un niño mirando hacia el horizonte con una expresión que parecía contenta.

El primer día que tradujo tenía nueve años. Una mujer portuguesa había llegado desde Genísio, cruzando a pie el puente de hierro —ciento veinte metros sobre el abismo, noventa metros de altura, proyectado en 1895 y oxidado desde mucho antes—, para hablar con don Aurelio sobre la matrícula de su hija. Solo hablaba en mirandés, con alguna palabra en portugués cuando se le acababan las otras. Don Aurelio la escuchó, asintió varias veces sin entender, y Antoce miró al niño y dijo su nombre.

El niño se levantó. Tradujo lo que la mujer decía: que su hija se llamaba Filomena, que tenía ocho años cumplidos en marzo, que la familia llevaba cinco años en el lado español y que traían el papel del registro de Bragança pero no el de Zamora porque nadie les había dicho cuál hacía falta. Don Aurelio anotó. Cuando el niño terminó, los dos adultos lo miraron con la misma expresión: gratitud, y algo más pequeño debajo, que el niño no supo nombrar entonces pero que tenía que ver con el alivio de no tener que resolver algo solos.

Filomena entró en octubre. Se sentaba dos filas más atrás y no hablaba con nadie. A la hora del recreo buscaba la sombra de la pared de piedra y comía el pan sola, con los codos apoyados en las rodillas —los *zínollos*, hubiera dicho su madre—, mirando al suelo. Una mañana de noviembre, don Aurelio le hizo una pregunta en castellano y Filomena respondió en mirandés, sin darse cuenta. Toda la clase se giró hacia el niño. Don Aurelio también. El niño tradujo. Filomena lo miró entonces y no apartó los ojos.

En marzo, Filomena dejó sobre el pupitre del niño un pedazo de papel doblado antes de salir al recreo. El niño lo abrió. Eran cuatro palabras en mirandés que él ya conocía, escritas con una caligrafía apretada que ensayaba el castellano por fuera.

Cuando Filomena volvió del patio, el papel había desaparecido del pupitre y los dos siguieron el resto del día como si nunca hubiera existido.

El niño la observaba desde el otro extremo del patio. Nunca le habló en mirandés. Nunca le habló en ningún idioma.

* * *

El alcalde de Villardiegua se llamaba Anselmo Ferrero. Era un hombre alto que olía a tabaco negro y tenía las manos del tamaño de palas. Mandó llamar al niño tres veces ese año. La primera para traducir una disputa de lindes entre un labrador de Paradela y uno de Villardiegua que no podían ponerse de acuerdo sobre dónde terminaba el campo de uno y empezaba el del otro. La segunda para explicarle a un capataz de Miranda do Douro las condiciones de un contrato de jornaleros. La tercera para recibir a un funcionario del consulado portugués que había llegado sin avisar y necesitaba certificar algo relacionado con una herencia y varios papeles que nadie en el Ayuntamiento sabía leer.

En esa tercera ocasión, el funcionario había traído un fajo de documentos mecanografiados en los que aparecían nombres de personas desconocidas para el niño y referencias a propiedades en aldeas que nunca había visto. El funcionario hablaba en un portugués de Lisboa que se diferenciaba del mirandés como dos aguas del mismo río: venían del mismo lugar, pero ya no tenían el mismo tacto. El niño tradujo durante más de media hora. A la mitad, el funcionario le preguntó su edad. El niño dijo diez años. El funcionario lo miró como se mira algo que no está en el lugar que le corresponde y siguió hablando.

En las tres ocasiones, don Anselmo le hablaba al niño en voz más baja que a cualquier otro adulto de la reunión. Como si tuviera miedo de que el niño lo corrigiera. El niño escuchaba sin moverse, con las manos en los costados, y Antoce traducía.

Lo que notó con el tiempo era que al traducir podía elegir el tono. Podía hacer que una negativa sonara como una posibilidad, una exigencia como una pregunta. En la disputa de los lindes, el labrador de Paradela había usado una palabra muy directa sobre el de Villardiegua que el niño suavizó sin que nadie lo notara. El labrador se fue satisfecho. El de Villardiegua también. Ninguno de los dos supo exactamente qué había dicho el otro.

El niño no lo contó a nadie. No había nadie a quien contárselo.

Hubo una cuarta vez, en enero, que don Anselmo no registró en ningún papel. Dos hombres habían cruzado desde el lado portugués con un carro y un bulto cubierto por una lona sobre el cual nadie hizo preguntas. Hablaban rápido, en un mirandés que mezclaba palabras que el niño conocía con otras que no. El niño tradujo lo que pudo. Omitió una frase entera. Don Anselmo firmó. Los hombres se fueron con el carro. El silencio que dejaron tardó en deshacerse. Don Anselmo dobló el papel firmado y lo guardó en el cajón sin mirar al niño. El niño guardó la moneda de cinco pesetas que le había puesto en la mano antes de salir, y la conservó en el bolsillo

durante semanas, sin gastarla. Cada vez que la tocaba, sentía el borde liso entre los dedos.

* * *

El padre volvía a veces con cosas que no había comprado en el mercado de Zamora. Una lata de café con la etiqueta en portugués. Un rollo de tela con una textura distinta a la de Fermoselle. Una vez, unos botones de nácar que la madre cosió en el delantal y no volvió a mencionar. El padre dejaba las cosas sobre la mesa de la cocina y se lavaba las manos en el barreño durante mucho tiempo, con jabón duro, de manera metódica, como si lavarse fuera también parte del trabajo.

Había una sola manera de cruzar el Duero sin bajar hasta el agua: el Puente de Pino, que unía Pino del Oro con Villardiegua por encima del cañón. En el puente siempre había un guardia. El padre lo conocía desde niño y lo saludaba por el nombre. El guardia devolvía el saludo y a veces preguntaba qué llevaba. El padre decía: nada. El guardia lo dejaba pasar.

Una vez fueron juntos a Miranda do Douro. Cruzaron el puente, el guardia saludó al padre, y entraron en Portugal por la carretera que desciende por la ladera entre olivos y vides hasta la ciudad. Miranda era más grande de lo que el niño esperaba: calles empedradas, la catedral con sus dos torres, el mercado cubierto donde se vendía todo lo que en Villardiegua no había. En Villardiegua el padre dominaba el espacio. En Miranda lo esperaba, con las manos en los bolsillos, hasta que el niño encontrara el mercado o preguntara los precios.

Hubo un momento entre los puestos en que un hombre le dijo algo al padre directamente, en mirandés, rápido, señalando una caja de fruta. El padre escuchó y se quedó quieto con la misma expresión que ponía cuando asentía sin entender. Antoce se giró hacia el niño, solo con los ojos. El niño tradujo. El padre asintió al hombre y pagó lo que correspondía. Siguieron caminando. Más adelante, el padre se detuvo frente a un puesto de especias y estuvo mirando los frascos durante un rato sin preguntar nada. Luego siguió andando.

La vuelta fue por el mismo camino. El guardia los dejó pasar sin preguntar. El padre llevaba algo ajustado al cuerpo, debajo de la chaqueta. El niño lo sabía porque había visto cómo lo arreglaba antes de cruzar el puente, con los dedos rápidos y sin mirarlo. El niño nunca preguntó qué llevaba. En casa, el padre se cambiaba la chaqueta antes de cenar y la colgaba en el perchero de la entrada. La madre no preguntaba.

Un miércoles de marzo, volviendo solos del puente en otro viaje, el guardia preguntó al padre algo sobre el precio de las almendras. Estaban charlando, el padre con las manos en los bolsillos de la chaqueta de lana oscura, cuando el guardia preguntó de pronto, sin mirar al niño: “¿Y el chico? ¿Habla el portugués?”. El padre dijo: “Algo”.

Caminaron en silencio desde el puente hasta casa. El padre no preguntó si el niño había entendido lo del guardia. El niño no dijo nada. En algún punto del camino,

sin mirarlo, el padre puso la mano en el hombro del niño —sin fuerza, sin dirección especial— y la quitó antes de llegar a la puerta.

* * *

El inspector llegó desde Zamora en un coche negro que levantó polvo hasta el final del camino de tierra. Se llamaba Rodolfo Méndez Rato y llevaba un maletín de cuero marrón del que sacó una libreta de tapas duras y un bolígrafo plateado que el niño nunca había visto. Se sentó frente a los alumnos en la silla que don Aurelio había colocado delante de la pizarra con una exactitud que parecía planeada. Don Aurelio se quedó de pie junto a la ventana con las manos cruzadas detrás de la espalda.

El inspector fue de izquierda a derecha. Las capitales de provincia. Las tablas del seis. El año en que Colón llegó a América. La niña de la primera fila tardó en responder la capital de Extremadura. El inspector esperó con el bolígrafo en la mano mientras don Aurelio miraba por la ventana. La niña dijo Badajoz. El hombre asintió, anotó algo y vio que los niños respondían en voz más alta de lo habitual, como si el volumen también contara. Después le preguntó al alumno de delante cómo se llamaba el río que nacía en Peña Trevinca. El alumno no supo responder. Cuando llegó al niño, don Aurelio se acercó al inspector y le dijo algo en voz baja, con la mano suspendida a media distancia. El inspector asintió y miró al niño de otra manera.

—“Dicen que hablas portugués”, dijo.

El niño dijo: “Y mirandés”.

El inspector abrió la libreta. Leyó en voz alta un párrafo en castellano sobre los ríos de la meseta y le pidió que lo tradujera al portugués. El niño lo tradujo. El inspector escuchó sin interrumpir. Luego le pidió que lo dijera en la otra lengua, y el niño lo hizo también, usando *canbona* donde el texto decía oveja, usando *farrapa* donde hubiera dicho copo de nieve, aunque en el texto no hubiera nieve. El inspector anotó algo en la libreta.

Antoce levantó la mirada y preguntó: “¿Cuál es tu lengua materna?”.

El niño abrió la boca.

Detrás del inspector estaba el mapa de España. Portugal aparecía en el borde izquierdo, recortado.

Los treinta niños del aula no respiraban.

El inspector tenía el bolígrafo plateado apoyado sobre la libreta, listo.

El niño no dijo nada.

El inspector escribió algo. Cerró la libreta. Pasó al siguiente alumno.

AQUELLAS ESCUELAS RURALES

María del Carmen García Bermejo
Belver de los Montes (Zamora)

En la época de la Dictadura, la que yo viví en mi etapa escolar en el ámbito rural, existía el dicho de «pasar más hambre que un maestro de escuela». A pesar del poco salario y el mucho trabajo, los maestros de entonces sentían pasión por la enseñanza: amaban su profesión y se desvivían para que los alumnos aprendieran. Y eso casi sin medios, ya que apenas había libros, cuadernos, material escolar, y para muchos, unos lápices o unos pizarrines eran un verdadero tesoro. Y sin embargo, con pocos medios estos maestros hacían milagros, y sus esfuerzos no fueron siempre considerados por el régimen franquista como hubieran merecido. Sobre todo si se permitían hacer algunos pinitos democráticos. A las dictaduras les gusta más el signo de admiración que el de interrogación, por lo que preguntar podía ser peligroso.

En la escuela de párvulos hice mis primeros pinitos del aprendizaje de la lectura. Sentados en unos sencillos bancos, aprendimos la tabla de multiplicar, los puntos cardinales, los ríos de España, y descubrimos que la Tierra era redonda como una naranja achatada por los polos...

Tras haber pasado cuatro años en la escuela de párvulos, se acercaba el gran día. El 16 de septiembre de 1962, con seis años recién cumplidos, ingresé en la escuela Nacional de mi pueblo natal, Belver de los Montes.

Por aquel entonces había dos escuelas de niños y dos de niñas: las del barrio de Santa María y las del barrio de San Salvador.

Era costumbre que el primer día nos acompañara nuestra madre para dejarnos en manos de la maestra. Recuerdo que mi madre, cumpliendo el ritual establecido, me hizo pasar por una desvencijada puerta de hierro enmarcada por lo que en su día había sido una pared que cerraba el recinto escolar y que en mi época estaba ya muy derruida. Bien la conocía ella ya que había estrenado esa escuela en 1934.

La puerta de entrada daba a un vestíbulo con baldosas blancas y negras a modo de damero. A la izquierda, unos baños que nunca funcionaron, y a la derecha el acceso al aula; una gran sala con tres filas de pupitres para cada sección: primero, segundo y tercer grado.

Entrar allí fue como entrar en un mundo ignoto, en el templo del saber. Lo viví con un poco de aprehensión, por miedo a lo desconocido pero consciente de que era una etapa importante de mi vida. Aún recuerdo el olor a madera, a tinta y a tiza, así como la presencia de algunas moscas zumbonas que se resistían al verano que finalizaba.

A la derecha había unos grandes ventanales orientados al Este. De la pared de la izquierda colgaban dos pizarras y de la pared principal un Sagrado Corazón sentado

en su trono de majestad y custodiado por las fotos de Francisco Franco Bahamonde y de José Antonio Primo de Rivera. Una pequeña imagen de la Inmaculada Concepción completaba el decorado.

En el rincón de la izquierda había un pequeño armario con escasos libros y, no lejos de él, la mesa donde se sentaba la maestra. En uno de los cajones, se guardaban con celo las tizas, que había que usar con parsimonia. Las de colores solamente eran para ocasiones muy especiales.

Como se me daba bien el dibujo, la víspera de la fiesta de Todos los Santos, la maestra me mandó que realizara en una de las pizarras un dibujo relacionado con la fiesta. Allí me regocijé con las tizas de colores y dando rienda suelta a mi imaginación pintando ángeles, santos y nubes en la gloria celestial. Un recuerdo imborrable.

Teníamos escuela todos los días de la semana, de lunes a sábado, excepto el jueves por la tarde. El horario era de 10:00 a 13:00 h y de 15:00 a 17:00 h. La mañana era dedicada a una asignatura: los lunes, lengua y literatura; los martes, geografía; los miércoles, matemáticas; los jueves, historia; los viernes, historia sagrada y los sábados ciencias naturales. La tarea de la tarde era rezar el rosario, coser y alguna clase de educación política para niñas

La enciclopedia de las escuelas de la República, Dalmau Carles, dio paso a la *Enciclopedia Álvarez* que contenía todo lo que el régimen franquista permitía saber.

Con esta enciclopedia, “intuitiva, sintética y práctica”, compendio del saber que nos imponían, aprendimos gramática, ciencias, matemáticas, geografía, historia... Allí tuvimos nuestro primer contacto con Petrarca, Cervantes, Calderón de la Barca, Lope de Vega, Zorrilla, Amado Nervo, Hernán Cortés, Cristóbal Colón, los Reyes Católicos y un gran etcétera.

En estas sencillas escuelas, aprendimos fábulas de Samaniego, de Iriarte como “El burro flautista” o poemas como “El embargo”, de Gabriel y Galán... ¡Es imposible hacer una lista exhaustiva!

Tengo grabadas en la mente las palabras de mi padre: «me daré por satisfecho si llegas a saber el contenido de la enciclopedia». ¡Y cuántas veces durante mis estudios y a lo largo de mi vida he echado mano de ella para aclarar una duda!

Como por aquel entonces la escuela no era laica, también teníamos instrucción religiosa. Los sábados por la tarde, estudiábamos el Evangelio del domingo para prepararnos a la obligada misa dominical.

Tampoco faltaba el adoctrinamiento político. Estábamos en pleno periodo franquista. Aprendimos a cantar el “Cara al sol”, el “Legionario” y a descubrir las virtudes de Franco, de José Antonio, de Onésimo Redondo o de Ramiro Ledesma. Del papel de la Falange, de las JONS y, por supuesto, las de Pilar Primo de Rivera y la Sección Femenina. Su objetivo era que en el futuro las niñas formáramos una familia «cristiana, patriótica y ejemplar». Era nuestro horizonte: ser buenas amas de casa y dar hijos al cielo y a la patria. En tal reto también se nos enseñaba a manejar la aguja y el dedal. Por la tarde, a la par del rezo del rosario, en un trozo de tela de algodón llamado «costurero», aprendimos a hacer un dobladillo, un zurcido, vainicas, frailes atados, ojales, bodoques...

Para escribir teníamos un cuaderno que intentábamos tener el mayor tiempo posible para no causar gasto a los padres. Escribíamos pequeño y hasta en el margen. ¡Había que optimizar el espacio!

También teníamos la pizarra con bordes de madera que se despejaban con facilidad. Cuando se rompía no desperdiciábamos los trozos; nos servían de pizarrín.

En el plumier de madera, con tapa deslizante, solamente teníamos una pluma, un lápiz y una goma.

Los lapiceros de colores eran un lujo. Yo tuve la suerte de que en mi segundo año de escuela mis padres me compraron un estuche azul que se abría y cerraba con una cremallera. En una parte todos los lápices de colores. En la otra un sacapuntas, una regla, una escuadra y la famosa goma “Milán”. Tener aquello era tener el mayor de los tesoros.

Los inviernos eran terribles. En un rincón del aula había una chimenea que calentábamos con un manojo de leña que cada día traía una niña. Como era de esperar, solamente se calentaban las que estaban cerca de dicha chimenea. También llevábamos una estufa individual de la que colgaba un trozo de hierro que nos permitía atisbar las brasas cuando bajaba el calor. En esta época invernal se propagaba por el aula un fuerte olor a suela quemada.

Durante el recreo, jugábamos ora a la comba ora al «tres en raya», al clavo, al castro o rayuela... Teníamos una imaginación desbordante y nunca nos aburríamos a pesar de no tener ni Play Station, ni ordenador, ni móvil.

En la parte cubierta del patio, la encargada del día traía una enorme olla con agua caliente a la que se le echaban unos polvos de leche deshidratada. El líquido blanquecino y espumoso era imbebible. Se pretendía con esto aportarnos calcio cuando teníamos en el pueblo vacas que daban una riquísima leche con espesa nata.

El ritmo del año escolar venía marcado por las fiestas. El curso comenzaba después de la fiesta del Cristo el 14 de septiembre, en breve llegaba el Pilar y también la fiesta de la Hispanidad. Pronto se alcanzaban los Santos y San José de Calasanz (patrono de las escuelas y maestros), el 27 de noviembre. El 8 de diciembre, la festividad de la Inmaculada, que entonces era el día de la Madre. Para tal ocasión, realizábamos en la escuela algún trabajo manual a modo de regalo. Recuerdo que en mi primer año escolar la sección de las pequeñas hicimos una caperucita con fieltro rojo y tenía un ramito de flores en las manos. La sección media hizo una cestita con cordón de rafia, y las mayores, un Bambi a partir de una estructura de metal que rellenaban con estopa y remataban con fieltro.

La víspera de esta fiesta, el paso obligado era ir a la tienda del pueblo, que tenía de todo y era una especie de caverna de Ali-Babá, donde comprábamos una tarjeta para escribir una dedicatoria o un poema que acompañaría el regalo para nuestra madre.

Las Navidades eran una época entrañable. Pronto llegaban las Candelas, Carnaval, San José, Semana Santa y el florido mes de mayo. En esta época, montábamos en la escuela un altar a la Virgen, y cada día íbamos a buscar flores para “María que madre nuestra es”, como el cantar que le entonábamos.

Cuando íbamos a hacer la primera comunión la maestra nos preparaba con un poema que recitaríamos en la iglesia en tan alegre día que entonces era el jueves de la Ascensión.

Sin darnos cuenta llegaba la fiesta del Sagrado Corazón y las anheladas vacaciones de verano.

En 1964, el Ministerio de Educación decidió hacer grupos más homogéneos en cuanto a niveles pedagógicos. Los mayores se fueron a la otra escuela del pueblo, ya que cada barrio tenía dos, una para las niñas y otra para los niños. En esta época las escuelas no eran mixtas y aunque compartíamos el patio de recreo jamás unimos nuestros juegos al de los chicos.

Los maestros tenían que bregar con tres niveles y adaptar la enseñanza a cada uno de ellos. Solía haber 20 alumnos en cada sección, lo que equivalía a tener una media de 60 alumnos, algo impensable hoy.

Y sin embargo, con pocos medios estos maestros hacían milagros.

Además estos se veían obligados a seguir la norma impuesta so pena de tener una nota de censura en su expediente, que también los hubo de depuración.

De estas escuelas rurales salieron médicos, maestros, ingenieros, periodistas...

Allí aprendimos la convivencia, el valor del esfuerzo y, ante todo, el respeto, que desgraciadamente se ha ido perdiendo. El maestro era admirado y considerado. Era la fuente del saber donde íbamos a beber. Lo teníamos en un pedestal y sus deseos eran órdenes. Algunos también tenían la mano alerta con eso de que «la letra con sangre entra».

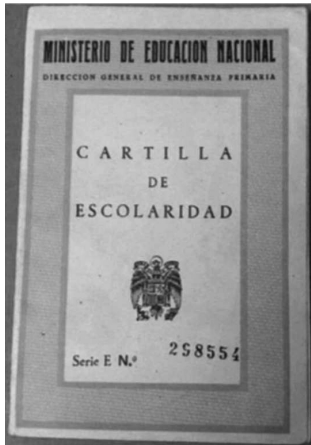
Mi último día en la escuela rural de Belver de los Montes fue el viernes 17 de diciembre de 1965 por traslado a París. Mis padres emigraron a Francia y de la noche a la mañana me vi catapultada a la ciudad del Sena. Una semana más tarde ingresaba en una escuela de París donde tuve que adaptarme a una nueva pedagogía y a una nueva lengua. Allí teníamos calefacción central y material escolar por doquier. El salto fue abismal.

Después de mi bachillerato ingresé en la Universidad de la Sorbona, obtuve la cátedra y he sido profesora toda mi vida.

Cada vez que entraba en un aula, el olor a madera, tinta o tiza me hacían revivir esos años de mi infancia como una magdalena de Proust. Y aunque han pasado muchos años, guardo de esta época un recuerdo indeleble por lo feliz que fui y porque sentaron las bases de lo que sería mi vida en el futuro.

Desde estas líneas, quiero expresar mi más profundo agradecimiento a mis dos maestras, Encarnación Valverde y Constanza Pinto, que me enseñaron lo que pudieron y que dedicaron su vida a la docencia en las escuelas rurales y que más que un oficio era una vocación.

Espero que este artículo traiga gratos recuerdos a todos aquellos que como yo tuvieron estas vivencias en las escuelas rurales de nuestra zona.



FILIACION DEL ALUMNO

Primer apellido: *Sánchez*
 Nombre: *Alfonso*
 Segundo apellido: *Barraza*
 Hijo de *Salvador y de M. Solares*
 Nació en *Bolivia de los Andes*
 Provincia de *Yaguajay*
 El día *16* de *Julio* de 19*56*

Domicilio *calle plaza* n.º
 Domicilio *calle plaza* n.º
 Domicilio *calle plaza* n.º

ESUELAS EN QUE CUMPLE ESCOLARIDAD
8 años de 19*52* a
 de Enseñanza Primaria en la Escue-
 la de *Yaguajay*
 de *los Andes*
 Calle de la Escuela

CAMBIO DE ESCUELA
 Día *18 de diciembre* 19*56*
 Escuela: *Escuela trasladada*
 Localidad:
 Provincia:
 Día de de 19.....
 Escuela: Calle de la Escuela
 Localidad:
 Provincia:
 Día de de 19.....
 Escuela: Calle de la Escuela
 Localidad:
 Provincia:
 Termina sus estudios de Enseñanza Primaria el
 de de 19.....

Mi cartilla escolar



La icónica foto de nuestras escuelas rurales (yo con 7 años)



Mi antigua escuela hoy desaparecida y derribada en 1973



La foto de una excursión a Toro, organizada por la maestra doña Constanza Pinto, con un grupo de niñas (yo agachada y con sombrero en la primera fila)

EXPERIENCIAS EDUCATIVAS

Manuela García Pérez
Valencia de Don Juan (León)
y Sama de Langreo (Asturias)

PUEBLO 1

Aunque nací en un pueblo de Asturias, enseguida nos fuimos a un pueblo de León, en el que vivían mis abuelos. Y allí empecé mi etapa escolar, yendo al colegio del pueblo, primero a preescolar y luego a primaria, solo primer curso, luego continuaría en un pueblo de Asturias. En el pueblo de León era un colegio mixto y en Asturias era solo de niñas.

En preescolar recuerdo algunos hechos; un día nos pusieron en fila a unas cuantas amigas y amigos para pegarnos un cachete a cada uno por llegar tarde después del recreo. Habíamos ido a recoger “tomatitos” a una era cercana y se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta. Los tomatitos son un fruto muy rico que solo lo he visto en el pueblo, es rojo y muy pequeño, redondo. Fue la primera vez que sentía un castigo en mi cuerpo, por parte de un profesor; era demasiado pequeña. Pero me pareció que aquello que me había hecho la profesora no estaba bien.

Ya en primero un día llegué tarde a clase, y una niña se había sentado en mi sitio, lo que me sentó muy mal, le dije que ese era mi sitio y que se tenía que levantar. Por supuesto la profesora a la que llamábamos “la señorita” me dijo que eso no se hacía y me castigó de cara a la pared durante un buen rato, hasta que se me pasó el enfado, creo que hasta me puse a llorar. Otra mala experiencia, pero en este caso sí pensé que me lo merecía.

También estaba en este curso cuando otro caso aconteció. Mi hermana, que iba conmigo al colegio, siempre se metía en algún lío, y un niño se metió con ella, no sé qué le dijo, o creo que incluso la pegó. Entonces yo, muy revolucionaria, le dije a mis amigos que le diéramos un escarmiento y lo acorralamos al salir de clase y le dijimos que como volviera a meterse con mi hermana se iba a enterar. Nunca más se le ocurrió. Una experiencia que me enseñó el poder de convocatoria que tenía.

No he comentado la manera de enseñar que tenían en este pueblo, pero básicamente es que tenías que aprender de memoria todo lo que te mandaban estudiar, aunque como éramos tan pequeños no era mucho. Explicaciones no había, solo había que creer lo que decía “la señorita” y lo que ponía en el libro a “pies juntillas”.

PUEBLO 2

Ya en el pueblo de Asturias, allí empecé segundo curso de primaria. Pero no tenía a mis amigos, eso fue bastante duro. Conocí a P., una compañera del colegio, que me enseñó lo que es la traición: resulta que había un concurso en el que tenías que

comprar bolsas de pipas y dentro venía un cromó y teníamos que rellenar un álbum y ganábamos un premio. Entonces a mí se me ocurrió comprar un montón de bolsas de pipas a ver si ganaba el premio, y a ella se le ocurrió ir a ver a mi madre y contárselo. Cuando llegué a casa mi madre me contó lo ocurrido y me dijo que por su traición no me iba a castigar. Aquello me enseñó también la compasión de mi madre ante el hecho sufrido por mí. Vaya decepción de amiga. Eso me enseñó a no confiar en la gente. A partir de ahí sería muy difícil para mí hacer amigos, ya que siempre pensaba que me traicionarían en cualquier momento. De hecho, me acuerdo de lo que decía mi abuela y mi madre: “¿Me guardarás el secreto, amigo? Mejor me lo guardarás si no te lo digo” y esa fue mi máxima desde entonces.

También nos gustaba el mismo niño, lo que propició una rivalidad entre nosotras, en fin, nuestra amistad se iba deteriorando, pero solo fue un curso lo que pasa que a esas edades lo ves todo enorme.

En ese mismo curso pasó otra cosa. La profesora nos dijo que se iba a hacer una obra de teatro y necesitaba escoger a las actrices, niñas de mi curso, entonces hubo un *casting* en el que teníamos que decir unas frases. Pues entre todas las presentadas me escogieron a mí, y yo estaba muy ilusionada. Se lo dije a mi madre cuando llegué a casa y no se lo creía. Pues ensayábamos al salir de clase y a mí me gustaba mucho. Pero un día la profesora nos sentó juntas a las dos protagonistas y no se me ocurre otra cosa que decir “qué vergüenza”, entonces la otra protagonista me dijo que se lo dijera a la profesora y se lo dije y me sacó de la obra buscando a otra protagonista. Me arrepiento de eso, no tenía que haber hecho caso de esa chica, yo solo lo dije como un comentario. Pero también aprendí de eso, para eso están los errores, para aprender de ellos. Y con estas experiencias vas aprendiendo. A base de palos.

Respecto a la manera de enseñar, en este otro pueblo también, al igual que en el anterior, tenías que aprender de memoria lo que mandaban, en lugar de entenderlo, sobre todo en religión, con lo que el espíritu crítico estaba completamente anulado. Y bueno, los gritos del profesor y sacar a la pizarra al que hablaba, era lo habitual. Eso si no le caía una colleja.

Cuando terminé tercer curso de primaria nos trasladamos a la ciudad, así que ahí se acabó mi experiencia en colegios rurales. Aunque tengo que decir que echaría de menos el colegio rural, ya que en la ciudad sí lo pasé mal de verdad, aunque nada comparado con historias de otros niños. Pero eso es otra historia.

A lo largo del tiempo he visto cómo han ido creciendo los problemas escolares tanto en pueblos como en ciudades, por lo que siempre pensé en que debía haber un cuidado especial con las relaciones entre los menores, y con los profesores, y aún a día de hoy no se ha conseguido tenerlo controlado ya que hay mucho acoso escolar, y maltrato tanto de parte de profesores como de alumnos, y no veo que se abran los expedientes disciplinarios que debieran abrirse, más aún son las víctimas las que tienen que irse a otro colegio. Muy injusto.

Y estas son mis experiencias en los colegios rurales. A los nueve años ya me fui a la ciudad. Gracias por vuestra atención.

TINTA EN LAS VENAS

Ramón L. González Reverter
Alcanar (Tarragona)

Entre los recovecos de la memoria se arremolina un cúmulo de recuerdos de la infancia hasta el punto de considerar esos años como los más felices de mi vida. Y tras meditarlo bien, he decidido plasmarlo por escrito, quizás porque me estoy haciendo viejo y deseo preservar, como si de un gran tesoro se tratara, aquella época que suponía el inicio del largo camino que tenía por delante. Pienso que el cerebro es un órgano demasiado perezoso, que se limita a soterrar las reminiscencias de antaño bajo experiencias actuales más o menos encandiladoras. Así que merece la pena poner tales vivencias sobre papel antes de que se esfumen para siempre. Reconozco que por aquel entonces el equipaje era ligero. La fantasía y los sueños no pesaban. Evocar mi infancia es recordar mi pueblo, un pequeño municipio del Delta del Ebro, al sur de Cataluña. Es olfatear el aroma de los pinos y eucaliptos, de la huerta repleta de bancales de arroz, de las inmutables lagunas salpicadas de flamencos y el rumor del agua corriendo por acequias y canales.

Nací en 1958, en plena época de oscuridad. La España franquista era un país reprimido social y culturalmente. En la escuela apenas se hablaba sobre ciertos aspectos de la historia, la política o la sexualidad. Bueno, a fuer de ser sincero, más bien se nos adoctrinaba en la rancia moral afín al régimen, en tanto los medios de comunicación divulgaban las fastuosas inauguraciones del Caudillo, glosaban las hazañas de personajes ilustres como Bahamontes y Urtain, pero, sobre todo, elogiaban a bombo y platillo los éxitos deportivos del Real Madrid.

En mi infancia hubo demasiado miedo y frustración. Vi mis impulsos coartados en demasiadas ocasiones. Cabe decir que entonces yo era un rabo de lagartija vivaracho y bullicioso. Poco podía hacer para dominar el exceso de vigor debido al temperamento impetuoso, a tenor de la tendencia de mi alma hacia la aventura. Pero el espíritu de rebeldía quedaba ahogado por la estricta disciplina que se impartía en las aulas nacionales. Así, mi carácter revoltoso se vio reprimido a la fuerza por la obediencia ciega a unos maestros, a veces de extrema crueldad, que dejaban mucho que desear como personas por culpa de los malos tratos al alumnado. ¡Cuántas energías desperdiciadas entre la rutina o la ignorancia, cuántos anhelos y afanes malogrados!

Entonces aconteció un evento crucial que enderezó el rumbo de mi destino. En septiembre, tras la temporada estival, empecé el año académico en un internado religioso, donde forjaron mi talante dicharachero hasta que me convertí en un alumno modélico. Allí despertó mi curiosidad por aprender. Me libré de la pereza y me dediqué por completo al estudio. Con perseverancia y sacrificio fui superando los cursos con holgura. Sin embargo, al principio era demasiado charlatán y solo los castigos reiterados lograron que aprendiera a mantener la boca cerrada. Con nuestras hormonas anestesiadas a base de bromuro, los curas cortaban de raíz tanto desenfreno

y rescataban a los chavales de una espiral de lujuria y pecado. Era el sistema más eficaz de aplacar la concupiscencia de aquella pandilla de mozos en edad de hacer locuras. Poco a poco fui transformándome en un joven sosegado, aplicado, acostumbrado a obedecer y con el aplomo necesario para afrontar los trances de la vida, encarando así mi destino.

En aquellos momentos yo era un soñador, un adolescente de febril imaginación, tocado por un ápice de romanticismo y enamoradizo hasta la médula. Nació también la pasión por la lectura. Leía todo lo que caía en mis manos: novelas del oeste, relatos de ciencia ficción, libros de piratas, obras de aventuras... Supongo que el hecho de estar siempre rodeado de mamotretos, que yo devoraba con glotona voracidad, me aportó el necesario bagaje cultural para fraguar mis propias historias, porque la mente, lejos de aburrirse, no cejaba de hurgar en el secreto de la creatividad como si fuera la de un avezado escritor.

La ejemplar labor pedagógica de aquellos entrañables docentes me abrió los ojos y encaminó mis pasos hacia la que más tarde sería mi auténtica vocación. Todavía era un chaval cuando me fui a la capital de la provincia a cursar la carrera de magisterio. Mis padres, laboriosos agricultores, se dejaron la piel para costearme los estudios. Tres años más tarde salía de la facultad con el título de maestro bajo el brazo y unas ganas locas de comerme el mundo. A la sazón, he compaginado la docencia con las aficiones deportivas y literarias a la par.

A estas alturas no puedo explicar la atracción que los libros ejercen sobre mí. A veces cuando paseo tranquilamente frente a las paradas de libros, parece que estos me miran enfurruñados desde los estantes invitando a rascarme el bolsillo para adquirirlos. Sin embargo, no siempre me amedrentan tales inquietudes, porque resulta una quimera disponer de tiempo suficiente para leer tan ingente cantidad. ¡Necesitaría cien vidas para conseguirlo!

Por lo que a mí respecta, cabe expresar que soy un escritor atípico que compone las historias a retazos, en un juego caótico que va adquiriendo cierto grado de coherencia poco a poco, como un puzzle enmarañado con las piezas que voy hallando entre los rincones de la memoria. Escribir es la mejor terapia para aliviar la pesada labor académica y lo cierto es que disfruto mientras cavilo la trama de una historia, organizando más tarde por escrito los párrafos de dicha narración. Siempre existen un montón de relatos que me rondan por la cabeza esperando turno, zumbando como un enjambre de abejas. A sabiendas que cualquier momento es bueno para que brote la inspiración, me limito a garabatear borradores con pésima caligrafía, tomando notas y buscando las palabras apropiadas para rellenar unas líneas, ignorando en qué momento concreto mi cerebro puede tener una idea brillante digna de convertirse en un valioso relato. Me gusta urdir narraciones capaces de satisfacer la avidez de los empedernidos lectores que tratan de huir de la realidad sumergiéndose en la ficción para experimentar lo que nunca conseguirían por iniciativa propia. De hecho, procuro dar rienda suelta a mi imaginación abarrotando páginas con objeto de abrirme paso y labrarme un nombre en el campo de la literatura. Como otros autores noveles, con tinta en las venas, me empeño en redactar obras que hagan las delicias del público...

En resumen, pongo todo mi talento a disposición de la mente para pergeñar historias, confiando asimismo que las musas vengan a echarme una mano.

Acabar un relato siempre provoca un placer especial. Para muestra un botón... ¿Sabéis una cosa? A lo largo de mi dilatada existencia he descubierto dos verdades irrefutables: la primera, que la vida es un regalo y como tal debemos saborearla. Y la otra, que un escritor de historias no muere mientras vivan sus historias. Mira por donde, no seré yo quien ponga obstáculos a la fantasía, porque al fin y al cabo qué es la literatura sino el arte de explicar verdades contando mentiras. Además, cuando la mayoría de tus amigos son los libros...

ABCDE... VILLARINO. 12345... DE LOS AIRES

Jesús López Martín
Villarino de los Aires (Salamanca)

En agosto de 1951, recién cumplidos los cinco años disfrutaba de las fiestas en honor a San Roque, patrón de Villarino de los Aires, mi pueblo¹. Quedaba poco para empezar la escuela y junto con mis amigos sentíamos una mezcla de ilusión, miedo e incertidumbre por la nueva etapa que íbamos a comenzar. Esas emociones eran avivadas por los mayores, que exageraban lo que nos esperaba.

Viendo los toros desde las talanqueras de madera de la plaza, en las verbenas de las calurosas noches de verano o en la procesión, siempre había algún pensamiento o comentario en torno a la escuela.

Nos sentíamos felices en ese pequeño universo que era Villarino de los Aires, pueblo de la provincia de Salamanca, limítrofe con Portugal y Fermoselle, en la provincia de Zamora. Puerta de Las Arribes, donde el Tormes vierte sus aguas al Duero y cuya agreste orografía ha forjado el carácter de sus gentes. Ese aislamiento obligaba a la autonomía, ayudado por un microclima autóctono se daban los más variados cultivos, como la vid, el olivo y todo tipo de árboles frutales. También se daban en aquella época muchos oficios. Había fraguas, lagares, guarnecerías, bares, panaderías, zapaterías, colmados... pero cuando el trabajo depende de la naturaleza, a veces la cosa se tuerce. Eso ocurrió a finales del siglo XIX, con la plaga de la filoxera, un pulgón que afectó gravemente a la vid, provocando una gran catástrofe. La escasa salida de los pueblos provocó un enorme éxodo. Muchos emigraron a países del centro de Europa, o a América. Como por ejemplo los que marcharon a Cuba. Allí fundaron el Club de Villarino en La Habana. En el año 1944 se terminó de construir la escuela a la que yo acudiría. Desde Cuba colaboraron con 8.000 pesetas de las de entonces para levantar una de las aulas. Resulta sorprendente cómo la rueda de la vida está en constante cambio y es en los últimos años desde aquí que hemos ayudado a nuestros paisanos.

Los primeros días fueros muy emocionantes ante lo novedoso de la situación. Mi madre me preparaba la carterita de madera donde guardaba el lápiz de pizarrín para escribir en la pizarra. Por la mañana quedábamos los niños y las niñas del barrio y juntos, guiados por los mayores, subíamos la cuesta rumbo al colegio. Son recuerdos bonitos esos de las pequeñas cosas, cuando las preocupaciones eran de otro mundo, el de los mayores y aunque éramos pobres y no podíamos escapara a la realidad de

¹ Este relato ha sido redactado con la ayuda de Javier López Vaquero. (Nota del autor).

cada casa, no dejábamos de ser niños y jugábamos, disfrutábamos, y descubríamos poco a poco la vida.

Al llegar al colegio nos repartíamos en las diferentes aulas. Por aquella época Villarino contaba con unos 1.700 habitantes y éramos unos 200 chicos y chicas los que acudíamos a la escuela. Había un aula para los párvulos, a la que yo no asistí, y otras cinco aulas en las que nos repartíamos el resto de la muchachada. Salvo en la clase de párvulos en la que se mezclaban ambos sexos, en el resto los niños iban por un lado y las niñas por otro.

Los pupitres eran para dos con las sillas en un mismo cuerpo. La disposición que ocupábamos en el aula era según los méritos adquiridos en las clases. Así los más aplicados se sentaban en las filas delanteras. Las filas traseras estaban reservadas para los chicos más conflictivos, o que les costaba más entender las lecciones. Allí siempre había algún motivo para la distracción o el juego y cada maestro ponía fin a las distorsiones a su manera. Algunos eran más diplomáticos y mezclaban la dialéctica con algún grito, y otros recurrían a métodos más extremos: capones, tirones de oreja, golpes con la regla o la vara, ponerse de cara la pared o escribir muchas veces en la pizarra una letanía. Se trataba de otra época, otro contexto. Yo me sentaba de la mitad para delante, en esa zona neutra donde no se destaca ni para bien, ni para mal.

Las clases estaban presididas por un crucifijo y una fotografía de Franco. Algunos maestros nos hacían cantar el “Cara al Sol”. Recuerdo que aquel primer año, cuando el verano languidecía, la Falange acampó en el frontón para hacer sus promociones. Nosotros acudíamos después de la escuela, y agazapados tras los setos observábamos boquiabiertos aquel despliegue que chocaba con la tranquilidad de nuestra rutina.

A finales de septiembre las familias comenzaban los preparativos para la vendimia. Los mayores durante esas jornadas faltaban al colegio. La ausencia estaba asumida por los maestros. Qué placer coger la uva de la parra y saborearla con detenimiento o acompañarla de un trocito de pan.

En aquella época de escasez extrema era habitual el trueque entre los vecinos. En nuestra casa se vendía la leche de las cabras, los tomates o se cambiaban por otros productos. También se hacían trabajos comunales sobre todo para arreglar caminos, y los niños los días festivos colaborábamos. Esas jornadas eran muy bonitas y se respiraba una atmósfera de solidaridad. Teníamos poco y, además de disfrutarlo, se compartía.

Con la llegada del frío, de la lluvia, y en alguna ocasión la nieve, las calles de llenaban de barro y aunque nuestros padres nos insistían que tuviésemos cuidado, la mayoría de las veces llegábamos muy sucios, y era inevitable la regañina que recibíamos en casa.

Esas mañanas duras de invierno, salíamos hacia la escuela con la lata de escabeche arreglada con alambre para poder transportarla. De camino pasábamos por el lagar donde había una gran lumbre para elaborar el aguardiente en noviembre, y a continuación empezar la temporada de aceite. Allí recogíamos unas brasas y con el ansiado calor lo transportábamos hasta las clases. Aquel detalle era muy reconfortante. El maestro tenía un brasero de cisco. Como ya he comentado la pobreza era lo

habitual, y había casas que no podían conseguir la lata de escabeche. Esos compañeros se arrimaban a quien la tuviera y con ese espíritu de solidaridad los lazos se estrechaban para siempre. Como cuando el profesor propuso comprar un balón. Cada uno debía aportar una peseta, lo cual suponía un gran esfuerzo para la familia. A mí me costó muchas horas extras de ir a por leña, pero luego cómo disfrutábamos cada partido que jugábamos en la era. También en los recreos jugábamos al burro, al corro de la patata y otros juegos que iban variando según la estación del año.

Tengo un entrañable recuerdo de un viernes que llegaron al pueblo los gitanos y mientras estábamos en el recreo recibimos la noticia que el sábado por la noche proyectarían en la plaza una película. Ese día estábamos tan emocionados que a los profesores les costó hacerse con las riendas, pero fueros muy benévolos con nosotros y sólo recibimos alguna amonestación.

El sábado la plaza estaba abarrotada de gentes de todas las edades. Admirados, mis amigos y yo, acudíamos a algo novedoso, y como las primeras veces, no se olvida. La película se exhibía sobre una gran sábana blanca. Primero pusieron el NO-DO. Nos enteramos de las cosas que pasaban por España, e incluso por el mundo. En ese momento éramos conscientes que más allá de nuestro pequeño universo, el mundo era enorme. Porque las noticias de fuera nos llegaban por las coplas que cantaban los mayores. O por el periódico *El Adelanto*, cuyo ejemplar se leía en los bares. O alguna radio que había en las casas más pudientes y nosotros escuchábamos debajo de las ventanas, pero aquello de la imagen era otra historia. A veces la memoria traiciona, pero creo recordar que la película era de indios y vaqueros. Al final, el gentío prorrumpió en una gran ovación, y los gitanos pasaron la gorra para obtener la voluntad. El lunes en la escuela aún andábamos divididos: unos eran los indios y otros los vaqueros.

La rutina a diario comenzaba a las ocho de la mañana, cuando en casa se tocaba diana. La entrada al colegio era a las diez. El recreo lo teníamos a las doce. Duraba 30 minutos, y en su transcurso nos daban la leche americana (leche en polvo mezclada con agua), y también recibíamos un trocito de queso amarillo. A la una del mediodía, bajábamos a comer y volvíamos al colegio a las tres. Las clases se alargaban hasta las cinco. Luego los niños y las niñas nos juntábamos por barrios. Había diferencia entre el invierno, cuando los días eran muy cortos e íbamos pronto a casa, y los días de primavera-verano, que el sol tardaba más en esconderse.

En casa había dos bombillas: una para la parte de arriba, y otra para la parte de abajo. Cuando había exámenes o nos mandaban deberes, recibíamos la ayuda de los hermanos mayores. Después cenábamos y en alguna ocasión se contaban historias en torno a la lumbre antes de ir a dormir.

En diciembre se recogía la aceituna, y como ya comenté con anterioridad era habitual que los alumnos mayores se ausentaran para ayudar a las familias en la recogida de la aceituna. Al igual que las chicas, que también tenían el consentimiento para echar un vistazo a la comida que por lo general se cocinaba en el pote.

En aquellos días sonaban villancicos como preámbulo de la Navidad.

Cuando nos daban las vacaciones salíamos disparados para aprovechar cada instante. Teníamos la energía y el tiempo para ayudar con las tareas de casa, jugar e

incluso escaquearnos hasta última hora de los deberes que nos habían mandado. Y llegaban los Reyes Magos en lo que había muchísima ilusión, pero pocas cosas materiales. Aunque con casi nada nos conformábamos y practicábamos a menudo la imaginación.

Los primeros años aprendíamos con las cartillas para descubrir el abecedario. Las letras y las tablas de multiplicar las aprendíamos cantando. Había un tomo grueso con el que nos daban las diferentes asignaturas. Allá por el año 1957, mi quinta fue la primera clase que utilizó la *Enciclopedia Álvarez*. Algo revolucionario que cambió nuestro día a día. ¡Qué ilusión ojearla y admirar sus dibujos!

El carnaval se celebraba en la calle, pero no en el colegio. Con cualquier trapo nos disfrazábamos y resultaba divertido por un día jugar a ser otra persona.

Con la llegada del buen tiempo y como algún jueves por la tarde no teníamos clase, el maestro nos llevaba a una excursión. Como aquella que hicimos al paraje conocido como Ambasaguas, lugar donde el Tormes desemboca en el Duero. El maestro nos contaba que el rey Alfonso XIII visitó ese mismo sitio haya por el año 1923, un 25 de junio. El monarca viajó para ver los terrenos en los que se construiría una presa. El primer emplazamiento que contemplaron fue la desembocadura. Pero los portugueses se opusieron porque consideraban que ellos también tenían derecho. A raíz de aquel episodio, se hizo un reparto equitativo para en un futuro construir presas y explotar las aguas ambos países.

Éramos un pueblo fronterizo, pero no tuvimos mucho acercamiento con nuestros vecinos lusos. No era como los pueblos de La Raya, que mantenían vínculos más estrechos. El Duero era muy grande y separaba. El único lenguaje que intercambiábamos con los niños portugueses era el de las piedras, que volaban de orilla a orilla. En cuando al contrabando, muchas historias circulaban, pero yo jamás lo vi.

También me acuerdo del coche de línea que iba a Salamanca. De niño nunca lo cogí, pero cuando algún compañero por diferentes motivos viajaba a la capital, todos permanecíamos expectantes escuchando lo que contaba y luego le hacíamos un interrogatorio. El autocar salía de Villarino a las siete de la mañana, y no llegaba a Salamanca hasta las once. Luego por la tarde partía de la capital a las cinco de la tarde y no llegaba hasta bien pasadas las ocho. Una aventura, pero entonces la distancia y el tiempo eran relativos. Alguna vez los recibíamos y jugábamos a subir en la escalera del coche, llevándonos la bronca del conductor.

Así era, todo lo que pasara más allá de Villarino era extraordinario. Una tarde al salir de la escuela, anduvimos nueve kilómetros hasta Trabanca para ver por primera vez el asfalto. Recientemente habían pavimentado la carretera que unía Fermoselle con Vitigudino.

Otra de esas tardes que apetecía salir a la naturaleza, el maestro nos llevó de excursión al Teso de San Cristóbal y explicó que aquello fue un antiguo castro celtíbero de la Edad de Hierro, asentamiento de vetones y vacceos. Había antiguas sepulturas talladas en la roca y la peña conocida como la del Pendón. Una monumental roca que oscilaba con la fuerza de una sola persona. También estaba la peña del Trono, cincelada por el agua, o tal vez por la mano del hombre. El sitio daba pie a soñar.

En el Teso de San Cristóbal, el Lunes de Pascua se hacía una romería y las familias acudían a comer el hornazo, una masa de pan horneada y rellena de productos de cerdo como chorizo, lomo adobado, jamón y también huevo duro. Típico de la provincia de Salamanca y extendido a otras zonas de Castilla y León.

Villarino siempre fue una miscelánea. Incluso en aquella época convivía lo pagano y lo religioso. Así los viernes por la tarde dábamos la asignatura de religión, que la impartía el cura. Había obligación de acudir a misa el domingo, y los niños y niñas teníamos un sitio reservado. El lunes el maestro mandaba hacer una redacción para comprobar si estuvimos atentos. La recompensa consistía en una estampita de un santo.

En contraposición el 12 de junio, San Juan de Sahagún, se hacía la hoguera de San Juan. Se iban a buscar las senserinas, una especie de tomillo, cuyo aroma y su humo espantaba los malos espíritus. Los jóvenes saltaban la hoguera.

En el pueblo había cuatro o cinco brujas con las que asustaban a los niños. Las brujas siempre existieron por estos parajes y sus historias se perdían en los anales del tiempo, porque ya se sabe que “las brujas haberlas haylas”.

Uno de los últimos años de escuela corría un rumor por el pueblo referente a la construcción de una central hidroeléctrica en Villarino. Algún topógrafo andaba por las inmediaciones y eso desató una corriente de esperanza y sueños. Los mayores decían que la obra traería prosperidad. Como en el cuento de la lechera, cada uno hacía planes para el futuro.

Concluí la escuela y con ella se acabaron los veranos surfeando en la era, los baños en el río escapando del calor, las noches de agosto jugando en la plaza... Al poco emigré en busca de un porvenir y desde lejos seguí las noticias sobre mi pueblo. Las obras de la central comenzaron en 1964. Casi a la par, en el año 1963 empezaron las obras de la presa de Almendra, una colosal infraestructura de las más grandes de España. Ambas obras interconectadas entre sí fueron inauguradas por Francisco Franco el 24 de noviembre de 1970. En la distancia, viendo el NO-DO, recuerdo a los chicos y chicas de la escuela recibiendo a Franco.

Pasó el tiempo y primero con los hijos, y más tarde con los nietos, nunca dejaron que las brasas de las andanzas escolares se apagaran del todo. Hoy, aunque la memoria mezcle algún recuerdo, los bailes de fechas o los presentes borrosos, no deja de ser un bonito ejercicio bucear y regresar por un instante a aquellos años tan entrañables de la niñez.



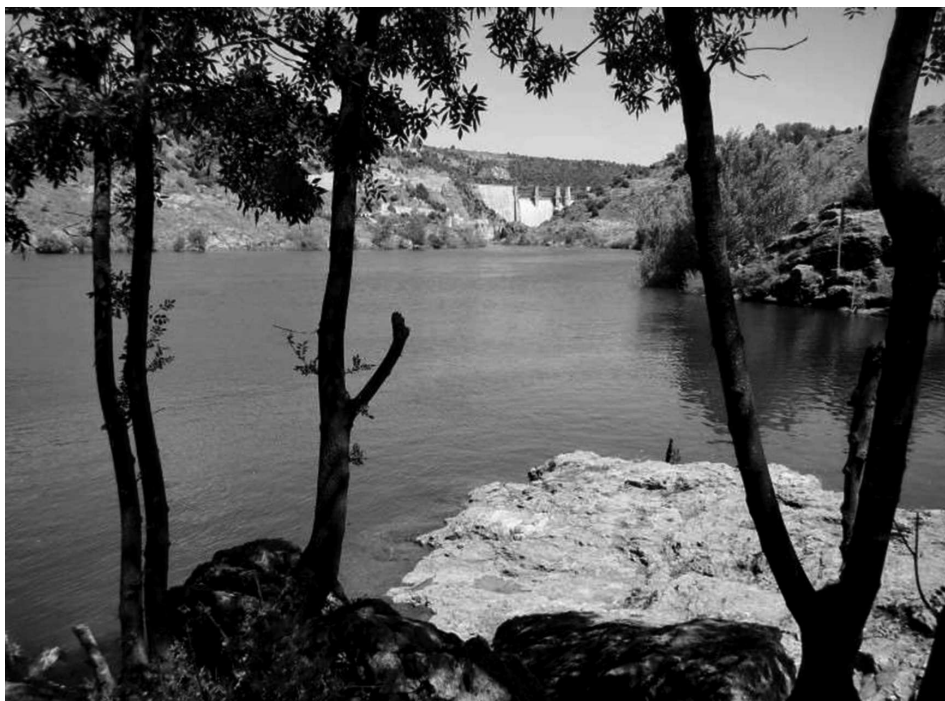
Plaza Mayor de Villarino de los Aires con cincones para cerramiento del encierro (mediados del siglo XX).



Escuela de Villarino de los Aires inaugurada en el año 1944.



Peña del Pendón, Teso San Cristóbal. Villarino de los Aires



Ambasaguas, desembocadura del Rio Tomes en el Duero, visto desde Villarino

EL ECO DE LA TROMPETA Y EL CRUJIR DE LA MINA

Juan Bernardo Mouta Rodríguez
Felgueiras (Alfândega da Fé) y Villablino (León)

INTRODUCCIÓN

Mi nombre es Juan Bernardo Mouta. Mi vida comenzó en 1950 en Felgueiras, una pequeña aldea situada en el norte de Portugal, dentro de la provincia de Trás-os-Montes, en el concejo de Alfândega da Fé (distrito de Braganza). Hoy, a mis 76 años, escribo este relato desde la comarca de Laciana, en León, tratando de unir los puntos de una existencia que ha transcurrido entre los montes portugueses, las galerías asturianas, la selva africana y, finalmente, las aulas de la escuela de adultos.

LA ESCUELA DEL BARRO Y EL FUEGO DEL HOGAR

Mi formación empezó en 1957. Por aquel entonces, la educación en el Portugal rural era un ejercicio de resistencia física. Mi escuela estaba en el pueblo de al lado, a tres kilómetros de distancia. Recuerdo salir de casa con un grupo de unos veinte niños, sorteando el barro y las inclemencias del tiempo.

No todos llegábamos a nuestro destino. Era habitual que algunos compañeros se quedaran escondidos en el monte, aprovechando para comerse la merienda que sus padres les habían preparado con esfuerzo. A la vuelta, se unían a nosotros para disimular su ausencia ante sus familias. Yo, en cambio, sí acudía a aquel edificio precario, una casa vieja sin calefacción donde pasábamos las mañanas tiritando. Si llovía, llegábamos empapados, pues no teníamos paraguas; como mucho, nos protegíamos con sacos o plásticos. Al regresar, el único consuelo era despojarse de la ropa húmeda frente al fuego del hogar, recuperando el calor que la escuela nos negaba.

A los once años, para el cuarto curso, me matricularon en una escuela a cinco kilómetros de casa. Era un nivel exigente para la época. Allí, la disciplina era de hierro: recuerdo a una maestra que caminaba con muletas y que no dudaba en usarlas contra quien no “regulaba” bien en sus tareas. Con trece años, tras aprobar ese cuarto curso, mi educación formal se detuvo para dar paso al trabajo duro.

EL CAMINO DEL EMIGRANTE: LISBOA Y EL SALTO A LA FRONTERA

A los trece años dejé la aldea. Primero ayudé a mi padre en el campo, pero pronto me marché a Lisboa para trabajar en el comercio y más tarde en un restaurante. Guardo un recuerdo doloroso de aquella etapa: al tener los pies planos, mi caminar era algo torpe. Una prima mía, con la que trabajaba, perdió la paciencia y me

arrojó un plato de sopa caliente por encima, provocándome quemaduras. Fue un bautismo de fuego sobre la dureza de la vida lejos de casa.

Regresé a Portugal para las cosechas, pero mi futuro estaba en España. Crucé la frontera “fugado”, sin pasaporte, ya que el régimen portugués no nos permitía salir legalmente hasta no haber pasado por la mili, por temor a que desertáramos.

EL APRENDIZAJE DEL CARBÓN: DE ASTURIAS A FRANCIA

Mi entrada en el mundo de la minería no fue directa a la galería, sino a través de la formación. Antes de trabajar en la mina de Urbíes, asistí a la escuela de picadores en Asturias. Allí aprendí la técnica del posteo: cómo medir la madera y cómo colocar los bastidores con precisión para sostener el techo de la montaña. Aquellas lecciones prácticas eran nuestra única garantía de seguridad bajo tierra.

Tras dos años trabajando en Urbíes, mi vida dio un nuevo giro. Me marché a Francia, donde estuve apenas tres meses antes de regresar para presentarme al tallaje de la mili, el paso previo obligatorio para cumplir con el servicio militar en mi país. Fue después de este periplo cuando pisé por primera vez la provincia de León, trabajando en el pueblo de Lumajo, en la comarca de Laciana. Allí empecé a conocer la tierra que acabaría convirtiéndose en mi hogar definitivo.

LA SELVA DE ANGOLA: ENTRE EL FUSIL Y LA TROMPETA

En 1971 regresé a Portugal para incorporarme a filas. Debido a un accidente previo en la mina, me presenté con retraso y me destinaron al cuerpo de reflectores. Sin embargo, mi verdadera labor allí fue musical. En Chaves, aprendí a tocar la trompeta “de oído”, ensayando junto a las murallas del fuerte para no molestar.

Esa trompeta viajó conmigo hasta Angola. Pasé 24 meses en la selva en una guerra abierta y peligrosa. Eran tiempos de gran tensión, con días de silencio absoluto rotos ocasionalmente por los ataques enemigos, pero también por el sonido de mi instrumento, que servía de alivio emocional para mis compañeros del batallón.

Regresé de la guerra en octubre de 1974. Poco después, en 1975 —el año en que murió Franco en España—, falleció mi padre. Tras recoger la última cosecha en mi aldea natal, decidí cruzar la frontera por última vez para establecerme definitivamente en España.

UNA VIDA PLENA Y EL REGRESO A LAS AULAS EN VILLABLINO

Me asenté en Villablino, en el corazón de Laciana. Allí, durante 23 años, desarrollé mi carrera como minero, una labor que me apasionaba pero que terminó de forma traumática en 1993. Un costero de carbón me cayó encima, rompiéndome una vértebra. Tras una operación en Madrid, me vi obligado a jubilarme.

Pero mi vida en Villablino no solo fue trabajo. Aquí encontré la estabilidad emocional con un matrimonio feliz y el nacimiento de mis tres hijos, que son el pilar fundamental de mi existencia.

Fue al jubilarme cuando sentí que el círculo de mi educación debía cerrarse. Me matriculé en el CEPA Sierra Pambley para obtener el Graduado Escolar. Allí conocí a Tina, una maestra cuya paciencia borró los malos recuerdos de las muletas de mi infancia. Logré mi título, pero mi curiosidad no se detuvo ahí.

Hace seis años, decidí regresar de nuevo a la escuela de adultos. También ingresé como trompetista en la Cofradía del Cristo de los Mineros. A mis 76 años, ahora estudio inglés, informática y memoria. Es un contraste asombroso: aquel niño que se secaba frente al fuego del hogar en Felgueiras es hoy un hombre que se comunica a través de un ordenador. Volver a la escuela me permite mantener la mente despejada, la memoria viva y, sobre todo, me da la oportunidad de seguir aprendiendo en un entorno de paz y libertad que no tuve de niño.

CONCLUSIÓN

La educación, para un hombre que ha vivido la guerra y la mina, es el mayor de los lujos. Mi historia es la de un viaje constante, pero el destino más importante no ha sido un lugar geográfico, sino el aula de adultos donde hoy me sigo formando. Mientras tenga memoria para recordar el sonido de mi trompeta en la selva, tendré ganas de aprender algo nuevo cada día.



Mouta con 14 años cuando se fue de su pueblo



Sentado al fondo viviendo en una posada con 18 años. Primer trabajo en la mina...



Con la corneta al terminar la formación militar

MI PRIMERA ESCUELA

M^a Concepción Requejo Osorio
Vilar (A Coruña)

¿Cómo describir con palabras mi experiencia en una escuela unitaria?

La primera y mayor dificultad fue el llegar allí. El pueblo no figuraba en el mapa, no había ninguna indicación en la carretera ni tampoco nadie para preguntar.

Fuera de estos inicios, mi experiencia en esta escuela rural fue inolvidable y muy positiva.

Lo primero es que fui recibida con gran alegría por niños y mayores que llevaban ya mucho tiempo sin maestra.

El primer día, después de recoger las llaves en el bar, me fui a la escuela. Todos los niños me esperaban a la puerta, abrí y lo que vi, un armario, unos pupitres y una estufa de leña, me trasladó a treinta años atrás.

Sorprendentemente, todos los niños se colocaron en sus sitios sin recibir ninguna indicación. A lo largo del tiempo comprobé que tenían muy interiorizado los espacios y los tiempos lo que me ayudó mucho en mi labor docente.

Bajo una apariencia de monotonía, no todos los días eran iguales. Los diferentes niveles, las diferentes materias, las diferentes edades hacían cada día algo distinto. Es aquí, en esta escuela, donde yo entendí la enseñanza personalizada: no dejar a nadie atrás, atender a las peculiaridades de cada uno, adaptarse al ritmo de cada alumno, a sus circunstancias personales... y, sobre todo, la sensación de comunidad. Todos se ayudaban, los mayores explicaban a los pequeños...

Otra de las cosas que me llamó poderosamente la atención fue lo interiorizada que tenían la idea de que a la escuela se iba a aprender. Los alumnos y los padres tenían muy claro que la única manera de prosperar en la vida era formarse. Era tal la ilusión que llevaban a su hermana, que todavía no tenía edad escolar.

Aunque los padres no se acercaban a la escuela, sabía que les ayudaban en todo lo que podían, preguntándoles la lección y resolviéndoles las dudas. Por lo tanto, creo que más que desentenderse confiaban en la profesionalidad de los docentes.

A pesar de la satisfacción de ver ese interés por parte de los niños, de sus progresos y del buen ambiente, los medios eran escasos; no había material escolar y dadas las estrecheces económicas de la zona no se podía contar con la aportación de las familias. Por mi cuenta hice fotocopias, compré material para plástica y pedí cuentos y juguetes a amigos y conocidos. Aquello se fue arreglando, pero relacionado con esto algo sorprendente ocurrió meses después: tuve la visita del inspector que, sin interesarse en absoluto por los temas pedagógicos, pedía una “cartilla de gastos” y las correspondientes facturas. Sorprendentemente también la “cartilla de gastos” se encontraba en la casa de la titular.

Todo se iba solucionando, sin embargo, no encontraba la solución para el aislamiento, no tenía a nadie con quien compartir las experiencias pedagógicas.

Afortunadamente, con la intención de que mis alumnos conociesen el colegio al que pasarían para hacer cuarto de primaria, distante a 23 km, descubrí una unitaria a poco más de 5 km. A partir de ahí todo fue sobre ruedas: formamos un gran equipo. Los profesores del colegio grande nos enseñaron sus programaciones para que al pasar no tuviesen ninguna laguna importante, con ellos y con el maestro de la otra unitaria nos coordinamos sobre las actividades, compartimos ideas, los alumnos conocieron a su futura escuela, a sus futuros compañeros... una experiencia maravillosa.

¿Cuál sería entonces el resumen de mi experiencia en esta escuela unitaria?

Unos niños maravillosos que iban a la escuela a aprender, unos padres confiados en la maestra, un núcleo afianzado en el pueblo.

Por todo ello, creo que la Administración debe velar por el buen funcionamiento de estas escuelas supliendo todo lo que les impida avanzar al mismo ritmo que los centros de mayor tamaño: nuevas tecnologías, ayudas para la realización de extraescolares a las que no tienen acceso por la lejanía de núcleos urbanos y sobre todo, la coordinación entre las diferentes unitarias y entre estas y los centros donde van a ir los alumnos para que el aislamiento en pequeños núcleos no suponga un lastre en su formación.

Habrà quien dirá que sería más práctico el integrarlos en un centro donde todo esto está al alcance, pero todos sabemos, y mi experiencia me lo ha demostrado, que los niños son los que dan la vida a un pueblo y que, sin ellos, los pueblos se mueren.



El juego de las sillas, una actividad para pasar el recreo cuando no podíamos salir a la calle por culpa del tiempo.



Posando en el patio: Carmen, Mari Luz, Francisco, delante Montse, Yoli, Raquel, José y Lorenzo



Los animales se acercaban a jugar en el recreo. De pie: Montse, Mari Luz, Carmen, Yoli, Raquel, Raquel, Lorenzo, José y Francisco



*Carmen y Raquel, Raquel y María (sin escolarizar todavía) Mari Luz,
abajo: Carmen, Lorenzo, Yoli, José Diana y Montse*



Fiesta de Navidad

LA ESCUELA RURAL EN VALOR

Carmen Rodríguez Domínguez
Morales de Valverde, Hermisende,
Benavente, Santa Croya de Tera,
Santibáñez de Tera, Camarzana
de Tera (Zamora)

Toda mi actividad profesional se desarrolló siempre en torno a la escuela rural. Muchos años de experiencias muy variadas, pero también de mucho aprendizaje. Desde mis primeros años como alumna en la escuela de mi pueblo natal, hasta el último colegio en el que ejercí como maestra hasta mi jubilación, ya con tecnología accesible para todos los alumnos.

MORALES DE VALVERDE

Mi primera experiencia de contacto con la escuela rural se remonta a octubre de 1967, cuando empecé mi escolarización en la Escuela Unitaria de Niñas de la localidad zamorana de Morales de Valverde. El edificio ya viejo, de adobe, constaba de dos plantas: la de abajo, la Escuela Unitaria de Niñas y la de arriba, la Escuela Unitaria de Niños. Ambos eran espacios únicos, pues no había aseos ni ninguna otra dependencia. En caso de necesidad, se buscaba un rincón en la calle o cada niño podía ir directa y tranquilamente a su casa.

El mobiliario lo constituían la mesa de la maestra y los pupitres de las alumnas, colocados en dos filas separadas por un pasillo central. Eran de madera, de dos plazas, con los asientos abatibles y unidos a la mesa, y de dos tamaños: uno para los más pequeños y otro para los mayores. Había también dos pizarras o encerados, y dos armarios en los que se guardaban libros de lectura, atlas, y otros materiales didácticos como el globo terráqueo, las reglas y el compás de madera, las tizas... Por otro lado, la decoración de las aulas la constituían los mapas físicos y políticos de España y de los continentes, un crucifijo y una foto enmarcada de la cara de Franco y otra de José Antonio Primo de Rivera.

En invierno se encendía una estufa de butano que, aunque solía estar al principio de la clase, a veces íbamos desplazándola a lo largo del pasillo para repartir un poco el calor porque realmente resultaba insuficiente para caldear todo el espacio. La escuela se limpiaba una vez a la semana. Asimismo, cada mes de septiembre se encalaba por dentro para iniciar el nuevo curso.

En esa época, allí se iba a la escuela desde los seis hasta los catorce años y éramos, aproximadamente, unas veinte niñas y otros tantos niños. Las niñas estaban con la maestra y los niños, con el maestro, independientemente de la edad o del nivel. Si nos juntábamos en el recreo que pasábamos en la calle compartiendo diferentes juegos como fútbol, la comba, las gomas, el escondite... Si un niño necesitaba, por la razón que fuera, ir a su casa, podía hacerlo solo tranquilamente.

La jornada escolar, que era partida, se desarrollaba prácticamente siempre con la misma estructura. Por la mañana se daba la lección. Por grupos, según la edad o el curso, nos colocábamos alrededor de la mesa de la maestra para recibir explicaciones, leer o contestar las preguntas de la maestra. Por las tardes se hacían, invariablemente, dictado, problemas y 'cuentas'. Ocasionalmente teníamos alguna clase de gimnasia con la misma maestra y en la calle, que era de tierra, sin asfaltar. También, a veces, hacíamos manualidades, sobre todo, por el Día del Padre y el Día de la Madre.

Como material escolar de clase, todas empezábamos con las cartillas para aprender a leer y después utilizábamos el *Parvulito* de Álvarez. La *Enciclopedia* de Álvarez, aunque yo no llegué a utilizarla en la escuela, sí la conocí en casa por un hermano mayor que sí la utilizó. A mí, después del *Parvulito* me pasaron directamente a segundo curso de EGB ya con libros por asignaturas. Cada día se dedicaba a una asignatura diferente: Matemáticas, Lenguaje y Unidades Didácticas (lo que hoy sería Conocimiento del Medio o Ciencias Naturales y Sociales). No se estudiaba ningún idioma extranjero.

Al salir de la escuela, se iba a casa a dejar la cartera, pues nadie utilizaba mochila, y coger la merienda, que casi siempre se tomaba en la calle hablando o jugando. A veces había que quedarse en casa para ayudar en alguna tarea o ir a las tierras especialmente en temporadas de recolección.

En esto consistían nuestras actividades extraescolares. En esos años solo hicimos una excursión a Segovia para visitar el Alcázar, y que hicimos juntos, tanto los niños, como las niñas.

Muy pocas veces había que hacer deberes. Como mucho, estudiar alguna lección o terminar un problema o unas cuentas que no se hubieran terminado durante la clase.

Utilizábamos la pizarra con pizarrín para aprender a dibujar las letras y para los primeros cálculos. El pizarrín podía ser blando, de trazo más grueso y fácil de utilizar y de borrar, o duro, de trazo más fino. En ambos casos, borrábamos con la mano o directamente, con la manga del jersey. Cuando ya se tenía cierta soltura con la escritura, empezábamos a utilizar el cuaderno de dos rayas y luego el de una raya. Paralelamente, utilizábamos también los cuadernos de Rubio para escritura y cálculo. El objetivo primordial en estos primeros años era conseguir una buena base de lectura, escritura, cálculo y conocimientos de cultura general.

Casi todos los cursos, iba a la escuela un fotógrafo profesional que hacía alguna foto de recuerdo a los niños cuyos padres hubieran dado la preceptiva autorización. En aquella época, el maestro era una de las personas más importantes y respetadas del pueblo, junto con el sacerdote y el médico, a quienes se les hablaba de usted.

Una curiosidad que todavía recuerdo de aquella época es la forma en que recibíamos a la maestra cuando entraba en el aula. Nos poníamos en pie y decíamos al unísono: “Buenos días tenga usted”. Por las tardes, al salir, también en pie, decíamos: “Que usted lo pase bien”, a modo de despedida.

Así transcurrieron mis primeros años de escuela, hasta los diez. Fue entonces cuando mis padres decidieron llevarme a un internado, donde cursé desde 6° de EGB hasta COU.

HERMISENDE

Años más tarde, en septiembre de 1987 retomé el contacto con la escuela rural esta vez como maestra, ya con las oposiciones aprobadas y tras hacer la licenciatura en Psicología. Mi primer destino fue la escuela de Hermisende en el segundo curso que formaba parte del Centro Rural Agrupado (CRA) Tuela Bibey, uno de los primeros CRA que se pusieron en funcionamiento en la provincia de Zamora. Tenía su cabecera en Lubián y lo componían hasta ocho localidades.

Allí descubrí muchas diferencias con la escuela a la que yo había asistido, aunque también algunas semejanzas. El centro lo componían dos aulas de planta baja e independientes, que contaban con un aseo cada una y que era compartido por niños y niñas. En una de ellas había un pequeño cuarto anejo en el que se guardaba la leña para la estufa, que constituía el único sistema de calefacción en cada una de las aulas. Aquel sistema resultaba bastante precario, puesto que era algo insuficiente para calentar todo el espacio. Además, el clima era especialmente húmedo, por lo que con frecuencia la leña se humedecía y conseguir que la estufa prendiera a veces se convertía casi en misión imposible; se hacía humo y a menudo había que abrir las ventanas con lo que el efecto de la estufa quedaba bastante mermado.

Los edificios ya eran de ladrillo y con buenos ventanales, con lo que teníamos buena iluminación natural en el aula, aunque tenían un aislamiento bastante deficiente y sin persianas. Es por ello por lo que solíamos pasar bastante frío en invierno, y calor en los primeros y los últimos días de curso.

El mobiliario de las aulas era muy escaso. Lo componía la mesa de la maestra, dos pizarras y dos armarios viejos en los que apenas cabían algunos materiales de clase y las mesas de los alumnos, que eran ya las mesas verdes que seguimos viendo en los colegios actualmente, individuales y de diferentes tamaños para los distintos niveles y alturas de los niños.

Sí que cuidábamos más la decoración y ambientación de las aulas. Lo hacíamos, especialmente, con murales que confeccionábamos con la participación de los niños, y pósteres alusivos a los contenidos que estuviéramos dando en cada momento del curso, así como a las diferentes estaciones del año o a algunas celebraciones.

Los alumnos asistían a una u otra aula en función de la edad, siendo ya las aulas sin separación por géneros como yo había conocido. En una de ellas estaban los niños de preescolar, de tres a seis años junto con los de primero y segundo de EGB y en la otra, todos los demás cursos, que eran los que impartía yo, desde 3° a 8° de EGB. Cinco de estos niños procedían de otra localidad, San Ciprián de Hermisende, situada, aproximadamente, a 1,5 km.

Estos niños se desplazaban por las mañanas hasta Hermisende en el taxi del pueblo, que hacía las veces de transporte escolar. Por las tardes, puesto que teníamos jornada partida, era yo quien me desplazaba hasta la vieja escuela de San Ciprián, donde apenas contábamos con recursos materiales, pero se trataba de evitar otro desplazamiento diario a los alumnos. Durante estas sesiones vespertinas hacíamos, sobre todo, actividades de plástica, lecturas, dramatizaciones o actividades de repaso, de manera coordinada con la otra maestra que quedaba en Hermisende y en función de las correspondientes programaciones elaboradas a comienzo de curso, para no alterar el desarrollo del currículum común.

Las dos maestras que estábamos en el pueblo impartíamos las materias generales. Las demás áreas como Educación Física, Música o Inglés, las daban los maestros especialistas, que se desplazaban desde la cabecera del CRA a las distintas localidades para completar los correspondientes horarios semanales. En estas aulas, además de la tutoría correspondiente, cada maestro llevaba a cabo funciones de secretaría y de jefatura de estudios.

Para el comienzo de las enseñanzas de lectoescritura seguíamos utilizando cartillas de diferentes editoriales y ya en EGB los libros de texto de las diferentes asignaturas y con un cuaderno para cada una. Estos podían tener la pauta de diferentes milímetros, dependiendo del nivel.

Todos los niños iban solos al colegio y volvían solos a casa. Solo en algún caso de los más pequeños iban acompañados. Además, en el recreo era normal que cada uno fuera a su casa a buscar el almuerzo.

Las comunicaciones, envío y recepción de documentos, etc., tanto con la Dirección Provincial de Zamora, como con la Dirección del CRA ubicada en la cabecera, no resultaban fáciles. No había móviles ni teléfono en las aulas y las localidades estaban bastante distantes entre sí y conectadas por carreteras de montaña. Es por ello que todos estos trámites se realizaban por correo ordinario o aprovechando las visitas de los especialistas y una tarde a la semana nos reuníamos todos los maestros de las distintas localidades del CRA en la cabecera.

Estas reuniones resultaban de gran ayuda tanto a nivel personal, como profesional. Nos permitían intercambiar impresiones, experiencias, materiales de aula, nos facilitaban hacer los trámites burocráticos, e incluso podíamos utilizar fotocopidora que, en aquella época suponía un recurso importante para elaborar materiales de aula. En Lubián, además, disponíamos también de un Centro de Recurso con materiales que podíamos llevarnos y utilizar en calidad de préstamo en nuestras aulas durante un tiempo determinado como, por ejemplo, un radiocasete, un proyector de diapositivas o libros de consulta y de lectura.

En lo que respecta a actividades extraescolares, cada curso se organizaba una excursión conjunta con todos los alumnos y maestros de todas las localidades. Estas jornadas tenían por objetivo, sobre todo favorecer la convivencia entre los niños de los distintos pueblos.

Allí permanecí durante dos cursos de los que guardo muy gratos recuerdos tanto de los alumnos y sus familias como de los compañeros, a pesar de las dificultades de desplazamientos, de comunicaciones...

BENAVENTE – CENTRO DE RECURSOS

A partir de septiembre de 1989 tuve la oportunidad, junto con algunos de los compañeros del CRA de Lubián, de ir para Benavente para poner en funcionamiento un Centro de Recursos dentro del programa de Educación Compensatoria. Aunque la ubicación de este centro estaba en un entorno más urbano, nuestro trabajo se desarrollaba en el ámbito rural, en varios colegios la zona de Los Valles de Benavente. Desde allí se facilitaban apoyos de los especialistas de Inglés, Música y Educación Física a los pequeños colegios de la zona y se hacía préstamo de materiales didácticos de los que no podían disponer las escuelas de la zona pero sí el Centro de Recursos que, al ser de nueva creación, estaba muy bien dotado.

Mi cometido en esta etapa, desde el Centro de Recursos, era llevar a cabo el denominado Programa de Preescolar en Casa, destinado a niños de entre tres y seis años, es decir, antes de que empezaran la escolarización obligatoria, en los pueblos en los que no había escuela y se llevaba a cabo en locales que facilitaban los Ayuntamientos. Este Programa se presentaba a los padres al inicio de cada curso. Posteriormente, en reuniones quincenales se les presentaban las diferentes Unidades Didácticas que habíamos elaborado en equipo en el Centro de Recursos, siempre a partir de centros de interés adaptados a su entorno (la vendimia, el otoño, la Navidad, el Carnaval...). Constan de textos explicativos, fichas de prelectura y preescritura para niños de tres, cuatro y cinco años, juegos, canciones, actividades de plástica y manualidades...

Los padres se responsabilizaban de ayudar a los niños para que pudieran hacer el trabajo diariamente. Al finalizar la quincena, se revisaba el trabajo con los padres, se analizaban posibles dificultades y se presentaba la siguiente unidad. De esta manera,

los niños accedían a la escolarización obligatoria con cierto nivel de prelectura y preescritura. Este sistema, además, constituía una buena forma de detectar de forma precoz posibles dificultades de aprendizaje o necesidades educativas especiales.

Con la generalización de los CRA, el Centro de Recursos de Educación Compensatoria de Benavente dejó de ser necesario y se cerró. Los niños empezaron a escolarizarse desde los tres años en centros ordinarios y los especialistas se desplazaban, en su caso, desde la cabecera del CRA a las distintas localidades que lo componían. Todos los recursos materiales que había en el Centro de Recursos se distribuyeron, en función de las necesidades de cada uno, entre los centros de la demarcación.

Viene a mi memoria el recuerdo de una anécdota que viví en Quintalilla de Urz. Tras acabar la jornada escolar, estaba en la calle esperando a que me recogieran los compañeros que venían de otros pueblos. Tenía junto a mí, en el suelo, una bolsa con diverso material de psicomotricidad, como aros o pelotas. Un señor se me acercó y me preguntó qué vendía. Éramos, realmente, ‘La Escuela Ambulante’.

BENAVENTE – EQUIPO DE ORIENTACIÓN EDUCATIVA Y PSICOPEDAGÓGICA (EOEP)

Mi siguiente destino también fue en contacto directo con la escuela rural. Durante un curso formé parte del EOEP (Equipo de Orientación Educativa y Psicopedagógica) de Benavente como Psicóloga.

Cada uno de los miembros del equipo llevábamos un centro completo y varios centros incompletos (que no tenían todos los cursos) de la zona de Benavente y Los Valles. A estos centros se les facilitaba ayuda pedagógica y didáctica, sobre todo en los casos de alumnos de necesidades educativas especiales.

En estos casos, tras elaborar el correspondiente informe psicopedagógico, se facilitaban a los tutores orientaciones didácticas y materiales para ayudar a los propios niños y a los tutores en el desarrollo de sus tareas. No resultaba fácil, puesto que no siempre los centros podían disponer de los recursos personales y materiales necesarios para atender estas situaciones.

BENAVENTE - CFIE

Durante los siguientes cursos, mi contacto con la escuela rural se desarrolló de una forma más indirecta. Y es que formé parte como miembro del equipo asesor del Centro de Profesores y Recursos de Benavente.

Desde allí, facilitábamos la formación y actualización del profesorado de la zona, en función de sus demandas, organizando cursos, seminarios o grupos de trabajo.

SANTA CROYA DE TERA

Varios cursos más tarde retomé el contacto directo con una escuela rural, y nuevamente en un centro incompleto, como era el CEIP de Santa Croya de Tera, constituido por dos aulas. En una se cursaba Educación Infantil y en la otra los dos primeros ciclos de Educación Primaria. Cada aula contaba con un aseo compartido por niños y niñas.

Junto al aula de infantil, además, se encontraba un cuarto anexo en el que estaban la caldera y el depósito de gasoil para la calefacción, y que también hacía las veces de almacén en el que se guardaba, sobre todo, material de Educación Física. Al no disponer de gimnasio, esta asignatura se cursaba en el patio, en el campo de fútbol contiguo al colegio o en el Salón de Actos del Ayuntamiento.

Era uno de los pocos centros docentes que quedaban sin estar integrados en un CRA. Sin embargo, se trataba de un centro bien dotado en cuanto a recursos personales y materiales. Éramos dos tutoras y contábamos con el apoyo de los especialistas de Educación Física, Inglés, Música, Religión, Pedagogía Terapéutica y Audición y Lenguaje, adscritos al CEIP El Tera de Camarzana de Tera.

Llegué a este centro como tutora del aula de Educación Infantil. Atrás habían quedado las etapas de Preescolar y EGB, ahora se cursaba Educación Infantil y Educación Primaria y se me asignó también la responsabilidad de desempeñar las funciones de directora, secretaria y jefa de estudios. Ello me supuso una dificultad añadida puesto que, aunque siempre había desempeñado mi labor docente en el entorno rural, no tenía ninguna experiencia en cuanto a la gestión administrativa y económica de un centro. Cabe resaltar que disponer en el propio centro de recursos tecnológicos como ordenador, impresora o fotocopidora me facilitó esta tarea.

Aunque tenía alumnos de tres, cuatro y cinco años, la tarea docente ya me resultaba más fácil. El grupo de niños, más reducido, la mayor y mejor dotación de recursos materiales y humanos, con ordenador portátil para las profesoras, ordenadores de mesa para cada uno de los alumnos o la llegada de la pizarra digital hicieron posible que, además de trabajar el currículo ordinario, pudiéramos trabajar también de manera sistemática, la educación en valores y muchos aspectos de educación emocional. Todo ello siempre a partir de determinadas lecturas o de situaciones puntuales de nuestro entorno y a través de juegos o vivencias personales.

En este sentido, destacaría también que siempre podíamos contar con la buena disponibilidad y colaboración de las familias para participar en algunas actividades como salidas al entorno, festival de Navidad o la fiesta de fin de curso. De todas estas actividades la más atractiva, tanto para alumnos como para las familias era el festival de Navidad, en el que los niños interpretaban un recital de villancicos para cuya preparación contábamos, casi siempre, con la colaboración de los maestros de Música e Inglés. Además, se hacía una representación teatral que yo adaptaba a partir de alguna

obra que me pareciera adecuada, o directamente una elaborada por mí, siempre asignando una intervención para cada alumno. También montábamos el decorado, elaborado por nosotros mismos, para la escenificación.

A lo largo del curso, cada tres semanas aproximadamente, recibíamos la visita del Bibliobús. Con él, los niños podían coger prestados libros, cómics, revistas, películas, ampliando así la oferta que se les podía hacer desde el colegio.

La comunicación con las familias era prácticamente diaria porque al vernos todos los días a la hora de entrada y de salida siempre había un momento para comentar alguna situación puntual que se hubiera dado o resolver dudas. Además, se realizaban las correspondientes reuniones trimestrales y del Consejo Escolar estipuladas por ley y, trimestralmente se les enviaba el correspondiente boletín de notas, documento que, al no existir un modelo oficial, era elaborado por las tutoras procurando recoger siempre la información más relevante sobre la marcha del alumno además de las calificaciones correspondientes a cada área del currículo.

También cada curso hacíamos una excursión con todos los niños. Debido a que solo éramos, primero dos y después una sola maestra, también participaban los padres, aunque en realidad eran siempre las madres las que acompañaban estas actividades.

Cuando me incorporé a este centro, los alumnos solo cursaban allí hasta 4º de Primaria, cursando 5º y 6º en el CEIP El Tera de Camarzana de Tera. A medida que el número de alumnos fue disminuyendo, comenzaron a cursar toda la etapa de Primaria en el CEIP de Santa Croya. Cuando finalizaban, pasaban al instituto de Camarzana a cursar la Secundaria.

Pese a ello, la matrícula siguió descendiendo y las dos aulas pasaron, con el tiempo, a concentrarse en una. Así, volvía a tener juntos todos los niveles de Infantil y Primaria con uno o dos alumnos de cada nivel. Unos años más tarde, en 2013, la escuela cerró definitivamente sus puertas.

No quiero dejar de mencionar en este punto que en este centro estuvieron escolarizados mis hijos hasta su paso al instituto. En contra de la opinión de algunas personas o compañeros que me lo desaconsejaron, nunca me arrepentí. Fue una experiencia muy enriquecedora tanto para ellos como para mí, ya que desde el principio estuvieron perfectamente integrados y siempre se sintieron como dos alumnos más.

SANTIBÁÑEZ DE TERA

Tras el cierre de la escuela de Santa Croya de Tera, pasé a desempeñar mi labor docente en otra escuela muy próxima. Concretamente, en el pueblo vecino, Santibáñez de Tera, situado a penas cuatro kilómetros de distancia. De nuevo se trataba de un centro incompleto, con alumnos de Educación Infantil y primer ciclo de Primaria,

sumando un total de cinco alumnos. El segundo y tercer ciclo de Primaria lo cursaban en el CEIP de Camarzana de Tera.

El edificio, de reciente construcción, contaba con un aula amplia, luminosa y muy bien equipada, aseos diferenciados para niños, niñas y profesorado, gimnasio con materiales adaptados sobre todo para Educación Infantil y un despacho de dirección. Allí, como tutora, atendía a los diferentes niveles y contaba con el apoyo de los especialistas de Inglés, Música, Educación Física y Religión, que se desplazaban desde el CEIP de Camarzana.

Al tratarse de un centro no integrado en ningún CRA, también aquí tuve que desempeñar labores de dirección, secretaría y jefatura de estudios además de la tutoría. Al marcharse para Camarzana dos alumnos, también se cerró definitivamente el CEIP de Santibáñez de Tera por falta de alumnado.

CAMARZANA DE TERA

Mi siguiente destino fue ya un centro completo: el CEIP El Tera de Camarzana de Tera. Allí, se escolarizaban, y sigue siendo así, alumnos de Educación infantil desde los tres años, y de Educación Primaria hasta 6º, ya sean vecinos del pueblo, como de más localidades del entorno.

Se trata de un centro completo que cuenta, además de un aula por nivel, con otros espacios muy definidos como despacho de dirección, gimnasio, sala de psicomotricidad, biblioteca, aula de música, aula de Pedagogía Terapéutica, aula de Informática y comedor escolar que también hace las veces de salón de actos. Trabajar en un aula con alumnos del mismo nivel era algo nuevo para mí, después de tantos años, además de poder contar con una buena dotación de recursos, tanto materiales como humanos.

Como tutora, impartía las materias generalistas y contaba con el apoyo de especialistas para las áreas de Educación Física, Inglés, Música, Religión y Pedagogía terapéutica y Audición y Lenguaje en el caso de alumnos que así lo requerían. Siempre que era posible, cada tutor permanecía con su grupo de referencia los tres cursos del llamado ‘internivel’. En mi caso, los tres últimos cursos de la etapa de Primaria, es decir, 4º, 5º y 6º.

Las aulas contaban con biblioteca de aula, pizarra analógica, ordenador portátil y pizarra digital y otros recursos como colección de minerales, caja de cuerpos geométricos, diferentes tipos de materiales cartográficos y un corcho. En este último se colocaba a principios de curso el horario de clase, la hora de tutoría, las normas de clase y cualquier otro documento que se considerara de interés puntual o general como podían ser las fechas de las evaluaciones.

La comunicación con las familias era muy dinámica. Además de la hora semanal de tutoría asignada en el horario, como mínimo, se hacía una reunión con las familias al comienzo y al final del curso y una vez al trimestre.

También trimestralmente, se enviaba a las familias el correspondiente boletín informativo de notas. Este documento ya no teníamos que elaborarlo los tutores, sino que se obtenía a través del programa informático del Portal de Educación de la Junta de Castilla y León, a partir de la información de que los profesores introducían respecto a cada alumno.

Además, las familias colaboraban en determinadas actividades extraescolares organizadas por el centro o por el AMPA, sobre todo en celebraciones como el magosto, Carnaval, Navidad, Día del Libro, graduaciones, etc. Periódicamente, el centro programaba también otras actividades como salidas al entorno, excursiones, semana de la ciencia, semana del desayuno saludable...

En este centro teníamos horario de jornada continua, por lo que todas las áreas curriculares se impartían en el horario de mañana, de 9:30 a 14:30 con un recreo de media hora. Los niños que se desplazaban de otras localidades comían en el comedor escolar y luego se marchaban en el transporte escolar, aunque algunos se quedaban a los talleres. En estos casos, eran los padres los que acudían a recoger a los alumnos al término de las actividades.

Los talleres se llevaban a cabo por las tardes de 16:30 a 18:30 h. Al tratarse de una actividad voluntaria, los niños no realizaban tareas que estuvieran directamente relacionadas con el currículo de clase, sino que se desarrollaban otras de carácter más lúdico, aunque siempre también didáctico. Podían ser talleres de juegos de mesa, música y dramatizaciones, dibujo y pintura, cine, etc. Normalmente eran impartidos por los profesores del centro y en algunos casos por monitores externos. El objetivo principal de estos talleres era facilitar la conciliación familiar y laboral, al hacerse cargo el centro de los niños hasta las seis y media de la tarde.

Durante el curso 2019/2020 se declaró el confinamiento por COVID-19 y durante tres meses las clases se impartieron de manera telemática. Al principio resultó complicado tanto para alumnos como para profesores, pero poco a poco y dado que los alumnos ya contaban con cierto nivel en el manejo de móviles y ordenadores, y contando con la colaboración de las familias, la tarea fue haciéndose más asumible para todos y pudimos acabar el curso con éxito.

El curso siguiente, durante la excursión de fin de curso, en junio, sufrí una caída y me fracturé el tobillo. Tuve que permanecer varios meses de baja y no pude acabar el curso con mi grupo de alumnos. Tras la baja solicité la jubilación, por la edad, finalizando así mi carrera profesional.

Así ponía punto final a toda una trayectoria plagada de experiencias y recuerdos que llevo conmigo, y que me hacen reflexionar sobre cómo ha cambiado todo, y

especialmente lo concerniente a las escuelas rurales. Unos centros que, lamentablemente, cada vez son más los obligados a cerrar sus puertas por falta de alumnado.

No quiero terminar esta exposición sin poner en valor la escuela rural ni sin decir que volvería a apostar por ella, a pesar de las dificultades y limitaciones a las que hay que hacer frente. Compartir los mismos espacios y durante tanto tiempo favorece en los más pequeños su nivel de madurez y motivación, y en los mayores valores de vital importancia como el compañerismo, la empatía o la satisfacción por ayudar. Para mí, ha sido una experiencia, sin duda, absolutamente gratificante.

TECEDORAS DE SOÑOS, ESCRITORAS DE HISTORIAS

Iker Sánchez Ares
Monfero (A Coruña)



AS TECEDERAS: UN LEGADO QUE DESCUBRIMOS A TRAVÉS DAS NOSAS FAMILIAS

A memoria ás veces agochase nos lugares máis inesperados. Pode estar gardada nunha fotografía antiga esquecida nun caixón, nunha ferramenta de madeira que xa non se utiliza ou nas palabras dunha avoa que lembra historias da súa infancia. Nós descubrimos esa memoria grazas a un proxecto escolar que nos levou a investigar sobre as tecedeiras, unhas mulleres que durante séculos desempeñaron un papel fundamental na vida dos pobos galegos.

Todo comezou cunha actividade organizada no noso centro educativo. A través dunha exposición titulada “Tecedoras de sonhos, escritoras de historias”, achegámonos por primeira vez ao mundo das tecedeiras e ao traballo do liño. Ao principio parecía un tema afastado da nosa realidade. Pensabamos que se trataba dun oficio desaparecido que apenas gardaba relación coa nosa vida actual. Con todo, a medida que fomos coñecendo a súa historia, decatámonos de que moitas das súas pegadas seguían presentes nas nosas casas e nas nosas familias. A nosa tarefa consistía en converternos en investigadores da memoria. Tiñamos que falar coas persoas maiores da nosa contorna, recoller información, buscar fotografías, observar obxectos antigos e descubrir que recordos permanecían vivos arredor das tecedeiras. O que parecía un simple traballo escolar acabou transformándose nunha experiencia que nos

permitiu coñecer mellor a nosa historia familiar e comprender a importancia da memoria rural.

Ao chegar ás nosas casas, as preguntas comezaron a multiplicarse. Moitos sentamos xunto ás nosas avoas para escoitar as súas historias. Outros entrevistaron veciñas que conservaban recordos daqueles tempos. Algúns tiveron a sorte de atopar ferramentas antigas gardadas nos faiados ou nas cortes. Pouco a pouco fomos compilando fragmentos dunha realidade que, aínda que desaparecida en gran medida, seguía viva nos recordos das persoas maiores.

Unha das primeiras cousas que aprendemos foi que o traballo das tecedeiras non se limitaba a tecer. Antes de chegar ao tear había un longo proceso que comezaba coa sementeira do liño. As nosas avoas explicáronnos que o cultivo desta planta requiría coidados constantes e unha grande dedicación. Unha vez recollido, o liño debía secarse, prepararse e transformarse ata converterse nunha fibra apta para elaborar fíos. Só entón podía comezar o verdadeiro traballo das tecedeiras. Mentres escoitabamos estas explicacións, comprendemos que detrás de cada peza de roupa existía un enorme esforzo. Hoxe podemos mercar roupa en cuestión de minutos, pero antigamente unha simple saba ou unha camisa representaban meses de traballo. A elaboración dos tecidos era unha tarefa complexa que requiría coñecementos específicos e unha gran habilidade manual. Cada paso do proceso tiña a súa importancia e debía realizarse con precisión.

Marina contou que a súa avoa lle describira como funcionaban os teares tradicionais. A través das súas explicacións puido imaxinar o movemento constante dos mecanismos de madeira e o son repetitivo que enchía as casas onde se traballaba. A súa avoa lembraba aquelas escenas como algo habitual da vida cotiá. Para ela eran recordos normais; para nós convertéronse nunha auténtica viaxe ao pasado. Outra compañeira descubriu que moitas das ferramentas utilizadas polas tecedeiras aínda se conservan nalgúns vivendas. Grazas ás fotografías recompiladas durante a investigación puidemos observar fusos, rocas, ripas, rastrelos e sarillos. Ata aquel momento eran palabras descoñecidas para a maioría de nós. Con todo, ao coñecer a súa función, entendemos que cada unha delas formaba parte dunha cadea de traballos indispensables para transformar o liño en tecido.

As fotografías que fomos reunindo convertéronse nun elemento fundamental da nosa investigación. Nunha delas podía verse unha mostra de tecido tradicional con debuxos xeométricos elaborados con gran precisión. Noutra aparecían ferramentas antigas empregadas durante décadas polas mulleres da nosa contorna. Tamén atopamos pezas artesanais conservadas polas familias, como colchas, mantas ou prendas confeccionadas a man. Cada fotografía representaba unha historia e cada obxecto falaba dun tempo no que a autosuficiencia era unha necesidade.

A medida que avanzaba o proxecto, fomos comprendendo que as tecedeiras non só producían tecidos. Tamén transmitían coñecementos. As técnicas aprendíanse observando ás persoas maiores e practicando durante anos. As nais ensinaban ás fillas e as avoas ás netas. Deste xeito, os saberes pasaban dunha xeración a outra, garantindo a súa continuidade. A transmisión oral desempeñaba un papel fundamental, igual que

ocorre hoxe cando as nosas avoas nos contan as súas lembranzas. Moitas das persoas entrevistadas coincidiron en destacar a paciencia necesaria para realizar este traballo. Nada se facía con prisa. O proceso requiría tempo e constancia. As tecedeiras dedicaban horas e horas á preparación do liño, ao fiado e ao tecido. O resultado era unha peza duradeira, elaborada con coidado e destinada a acompañar a familia durante moitos anos.

Tamén descubrimos a dimensión social deste oficio. As mulleres non traballaban sempre soas. En moitas ocasións reuníanse para compartir tarefas e experiencias. Mentres traballaban, conversaban, intercambiaban consellos e reforzaban os lazos comunitarios. Aquelas reunións convertíanse en espazos de aprendizaxe, pero tamén de convivencia. Grazas aos relatos das nosas avoas puidemos entender mellor a importancia destas relacións nunha época na que a vida estaba profundamente vinculada á comunidade.

Un dos aspectos que máis nos impresionou foi comprobar que moitos destes recordos permanecían vivos. Aínda que o oficio desapareceu case por completo, as historias continúan presentes na memoria das persoas maiores. Algunhas avoas falaban con orgullo das súas nais e avoas. Outras lembraban con emoción os esforzos realizados para sacar adiante as familias. Todas elas compartían unha mesma sensación: a conciencia de que aqueles coñecementos formaban parte dunha herdanza que non debería perderse. A investigación fíxonos reflexionar sobre a importancia da memoria. Moitas veces pensamos que a historia só se atopa nos libros ou nos museos. Con todo, descubrimos que tamén vive nas nosas casas e nas nosas familias. Cada fotografía antiga, cada ferramenta conservada e cada relato persoal constitúen unha parte esencial do noso patrimonio. Sen esas pequenas historias sería imposible comprender plenamente quen somos e de onde vimos.

Pouco a pouco fomos tomando conciencia de que nós tamén temos unha responsabilidade. Se non preguntamos, se non escoitamos e se non escribimos estas historias, corremos o risco de que desaparezan. A memoria é fráxil e necesita ser coidada. Por iso consideramos que este proxecto foi moito máis que unha actividade escolar. Foi unha oportunidade para converter a escola nun lugar de encontro entre xeracións e para contribuír á conservación dun patrimonio cultural de enorme valor. Ao finalizar esta primeira etapa da investigación, comprendemos que as tecedeiras representan moito máis que un oficio tradicional. Representan o esforzo das mulleres rurais, a transmisión dos coñecementos, a capacidade de adaptación e a importancia da comunidade. As súas historias forman parte da nosa identidade colectiva e merecen ser coñecidas polas novas xeracións. E foi precisamente a través das voces das nosas avoas e das nosas familias como comezamos a tecer esta memoria que agora queremos compartir.

AS VOCES DAS NOSAS FAMILIAS

Se hai algo que fixo especial este proxecto foi a oportunidade de falar coas persoas maiores das nosas familias. Moitas veces convivimos con elas sen coñecer

realmente as historias que gardan. Sabemos quen son, coñecemos as súas rutinas e compartimos momentos do día a día, pero raramente lles preguntamos como era a vida cando eran novas. Esta investigación deunos a oportunidade de facelo e permitiunos descubrir un tesouro que sempre estivera preto de nós. As conversas comezaron de maneiras moi diferentes. Algúns sentáronse na cociña mentres as avoas preparaban o café. Outros aproveitaron as visitas das fins de semana para preguntar polos recordos da infancia. Houbo quen levou unha libreta para anotar cada detalle e quen preferiu simplemente escoitar. En todos os casos ocorreu algo parecido: as preguntas foron abrindo portas que levaban moitos anos pechadas. As nosas avoas empezaron a lembrar.

Ao principio falaban das tecedeiras, pero axiña as conversacións ampliáronse cara á vida dos pobos, aos traballos agrícolas, ás festas, á escola e ás dificultades dunha época moi distinta da actual. Comprendemos que era imposible falar das tecedeiras sen falar tamén das familias, da economía doméstica e da vida rural daquel tempo. Unha avoa contou que cando era pequena observaba durante horas como traballaban as mulleres da súa aldea. Lembraba especialmente o son do tear. Decía que era un ruído constante, repetitivo, que formaba parte da paisaxe sonora do pobo. Igual que hoxe identificamos o son dun tractor ou dun coche, daquela era habitual escoitar o movemento dos teares nas casas. Outra recordaba como as súas veciñas se reunían para fiar. Mentres traballaban falaban das novas da aldea, comentaban os acontecementos familiares e compartían preocupacións e alegrías. Aquelas reunións convertíanse nun espazo de convivencia no que o traballo e a vida social estaban estreitamente unidos.

Moitas das historias coincidían nun aspecto: a importancia do esforzo. Nada se conseguía facilmente. As familias dependían en gran medida do seu propio traballo para cubrir necesidades básicas. A roupa non se mercaba con frecuencia e por iso era fundamental saber elaborar tecidos resistentes e duradeiros. Unha das nosas compañeiras contou que a súa avoa aínda conservaba unha colcha feita pola súa nai moitos anos atrás. A peza seguía en bo estado e utilizábase en ocasións especiais. Ao vela comprendemos que aqueles tecidos non eran simples obxectos domésticos. Eran o resultado de meses de traballo e tamén unha forma de transmitir a memoria familiar. Outras familias conservaban ferramentas antigas. Algunhas estaban gardadas nos faiados, outras nas cortes ou nos alpendres. Moitas persoas xa non lembraban exactamente como se utilizaban, pero sabían que pertencían aos seus avós ou bisavós e que estaban relacionadas co traballo do liño.

Cando comezamos a fotografar estes obxectos, decatámonos da súa importancia. O que para nós eran pezas curiosas ou antigas, para as xeracións anteriores foran instrumentos de uso cotián. Cada ferramenta representaba unha fase do proceso e unha parte do coñecemento acumulado durante décadas. As entrevistas tamén nos permitiron descubrir emocións. Algunhas persoas falaban con orgullo porque aquelas actividades demostraban a capacidade das familias para saír adiante con poucos recursos. Outras lembraban os sacrificios que supuña aquel modo de vida. Había quen falaba con nostalgia e quen prefería destacar os avances que chegaron despois.

Con todo, todas coincidían nunha idea fundamental: aqueles coñecementos non deberían desaparecer.

Ao escoitar estas historias comprendemos que a memoria non consiste só en conservar datos ou información. A memoria tamén conserva sentimentos, experiencias e formas de entender a vida. Cando unha avoa nos conta como traballaba a súa nai, non só nos está explicando un oficio. Está compartindo unha parte da súa identidade. Foi entón cando entendemos que a nosa investigación tiña un significado máis profundo do que imaxinabamos ao principio. Non estabamos simplemente estudando as tecedeiras. Estabamos creando unha ponte entre xeracións. As persoas maiores sentían que alguén valoraba os seus recordos. Nós sentiamos que estabamos aprendendo algo que non aparece nos libros de texto. E dese encontro xurdiu unha experiencia que dificilmente esqueceremos.

O LIÑO: UNA PLANTA QUE SE CONVERTÍA EN PATRIMONIO

Un dos descubrimentos máis interesantes do proxecto foi coñecer o longo camiño que percorría o liño ata converterse nun tecido. Antes desta investigación, a maioría de nós nunca pensara na orixe dos tecidos que utilizamos diariamente. A roupa simplemente existía. Mercabámola e utilizabámola sen preguntarnos nada máis. As historias das nosas familias fixéronnos cambiar esa perspectiva. Aprendemos que todo comezaba coa sementeira. O liño cultivábase con coidado e precisaba atención constante. Cando chegaba o momento da recollida, as familias participaban nun traballo que requiría coordinación e esforzo. Despois viñan outras fases igualmente importantes: o secado, a preparación das fibras, o fiado e finalmente o tecido.

Cada unha destas etapas tiña as súas propias ferramentas e os seus propios coñecementos. Non se trataba dun traballo improvisado. Era o resultado dunha sabedoría acumulada ao longo de moitas xeracións. As fotografías que recompilamos durante o proxecto permitíronnos observar algunhas destas ferramentas. O fuso, por exemplo, era fundamental para transformar as fibras en fío. A roca axudaba a organizar o material durante o proceso de fiado. A ripa, o rastrelo e o sarillo desempeñaban funcións específicas que hoxe nos resultan sorprendentes porque vivimos afastados deste tipo de actividades.

Ao estudar estes obxectos comprendemos que o patrimonio non sempre ten grandes dimensións nin está exposto detrás dunha vitrina. Ás veces cabe nunha man. Ás veces permanece esquecido nun faiado. Ás veces segue presente porque alguén decidiu gardalo cando deixou de utilizarse. Tamén observamos fotografías de tecidos elaborados con técnicas tradicionais. Os debuxos xeométricos, as combinacións de cores e a precisión do traballo chamaron a nosa atención. Resultaba difícil imaxinar que aquelas pezas foran realizadas sen maquinaria moderna. As persoas maiores explicáronnos que detrás de cada tecido había moitas horas de dedicación. O resultado non se medía só pola súa utilidade, senón tamén pola súa beleza. As tecedeiras procu-

raban crear pezas resistentes, pero tamén agradables á vista. A estética formaba parte do oficio.

Este aspecto fíxonos reflexionar sobre a relación entre traballo e creatividade. Moitas veces pensamos que os traballos tradicionais eran puramente prácticos. Porén, as pezas que observamos demostraban que tamén existía unha dimensión artística. As tecedeiras expresaban a súa habilidade e a súa sensibilidade a través dos tecidos que elaboraban.

Ao rematar esta parte da investigación, comprendemos que o liño era moito máis ca unha planta. Era o punto de partida dun proceso complexo que implicaba coñecementos técnicos, colaboración familiar, creatividade e esforzo. Era tamén un elemento esencial da cultura rural galega e unha mostra da capacidade das comunidades para aproveitar os recursos do seu territorio. O estudo do liño permitiunos entender mellor a vida das xeracións anteriores e valorar o patrimonio que recibimos delas. Sobre todo, fíxonos conscientes de que moitos destes coñecementos só sobreviven porque alguén os recorda e está disposto a compartilos.

OS OBXECTOS QUE GARDAN HISTORIAS

Durante a investigación descubrimos algo que nos sorprende especialmente. Moitas veces pensamos que a memoria se conserva unicamente a través das palabras. Porén, tamén existen obxectos capaces de contar historias. Ao visitar as casas das nosas familias e observar os materiais que aínda se conservan, comprendemos que cada peza gardaba unha parte do pasado. Nunha das fotografías recompiladas aparece unha colcha tradicional de cores vermellas, negras e brancas. Á primeira vista podería parecer simplemente unha peza decorativa. Con todo, cando coñecemos a súa historia, a nosa mirada cambiou completamente. As persoas maiores explicáronnos que este tipo de tecidos requirían unha enorme dedicación. Cada fio colocábase con precisión. Cada motivo decorativo era o resultado dun traballo minucioso. Detrás daquela colcha existían horas de esforzo, paciencia e experiencia.

Algo semellante ocorreu cos fusos que puidemos observar durante o proxecto. Para nós eran obxectos descoñecidos. Non sabíamos como se utilizaban nin para que servían exactamente. Ao escoitar as explicacións das persoas maiores descubrimos que foran ferramentas indispensables para transformar as fibras en fío. De súpeto deixaron de ser simples pezas antigas. Convertéronse en símbolos dun coñecemento transmitido durante xeracións. Tamén nos chamou a atención unha serie de fotografías nas que aparecían pezas artesanais conservadas polas familias. Un poncho tecido a man. Unhas zapatillas elaboradas con técnicas tradicionais. Un pequeno tecido gardado durante décadas. Todos estes obxectos demostraban que o traballo das mans era algo habitual na vida das xeracións anteriores.

A medida que observabamos estas pezas, comprendemos que cada unha delas era única. Non existían dúas exactamente iguais. Cada persoa deixaba nelas unha pegada propia. As tecedeiras non só fabricaban obxectos útiles; tamén creaban elementos que expresaban a súa habilidade, a súa experiencia e mesmo a súa personalidade. Nunha sociedade na que moitos produtos son fabricados en serie, esta

realidade fíxonos reflexionar. As pezas elaboradas artesanalmente transmiten unha sensación diferente. Cando as observamos sabemos que detrás delas existe unha persoa concreta. Sabemos que alguén dedicou tempo e esforzo á súa elaboración. Sabemos que non son simplemente un produto máis.

Outra fotografía mostraba ferramentas relacionadas co proceso do liño. Algúns compañeiros recoñeceron obxectos similares nas súas propias casas. Outros nunca viran nada parecido. As explicacións das avoas axudáronnos a comprender que cada ferramenta cumpría unha función específica dentro dun proceso complexo e perfectamente organizado. Resultou emocionante comprobar que moitos destes obxectos sobreviviron ao paso do tempo. Permaneceron gardados porque alguén considerou que eran importantes. Quizais as persoas que os conservaron non pensaban en patrimonio nin en memoria histórica. Simplemente sentían que non debían desfacerse deles. Grazas a esa decisión, hoxe nós podemos contemplalos e coñecer unha parte da nosa historia.

As fotografías convertéronse así nun elemento fundamental do proxecto. Non eran simples ilustracións. Eran documentos. Axudábanos a comprender mellor os relatos que estabamos escoitando. Complementaban as historias das nosas familias e permitíannos visualizar unha realidade que xa non forma parte da vida cotiá.

Moitas veces observamos os obxectos antigos como algo distante. Pensamos que pertencen a outra época e que pouco teñen que ver connosco. Con todo, esta investigación ensinounos o contrario. Eses obxectos forman parte da nosa propia historia. Pertencen ás nosas familias, aos nosos pobos e ás nosas comunidades. Cada vez que observamos unha ferramenta antiga ou un tecido elaborado a man estamos contemplando tamén o esforzo das persoas que nos precederon. Estamos vendo unha parte do seu traballo e da súa vida. E, dalgunha maneira, tamén estamos vendo unha parte de nós mesmos.

A ESCOLA COMO LUGAR DE ENCONTRO COA MEMORIA

Ao longo desta experiencia descubrimos que a escola pode desempeñar un papel moi importante na conservación da memoria. Moitas veces asociamos a aprendizaxe aos libros, ás aulas e ás explicacións do profesorado. Este proxecto demostrounos que tamén é posible aprender a través das historias das nosas familias e da observación do patrimonio que nos rodea. A actividade sobre as tecedeiras transformou a nosa maneira de entender o proceso educativo. Non fomos simples receptores de información. Convertémonos en investigadores. Tivemos que facer preguntas, buscar datos, contrastar información e interpretar documentos. Ao mesmo tempo, aprendemos a escoitar con atención e a valorar os coñecementos das persoas maiores.

Esta forma de traballar resultou especialmente enriquecedora porque nos permitiu establecer unha relación diferente co noso contorno. De súpeto, as aldeas deixaron de ser simplemente os lugares onde vivimos. Convertéronse en espazos cheos de historias. Cada casa podía agochar un recordo. Cada persoa maior podía conservar unha experiencia valiosa. Cada obxecto podía explicar unha parte do pasado.

Tamén aprendemos que o coñecemento non pertence exclusivamente aos especialistas. As nosas avoas, os nosos avós e as nosas veciñas posúen unha sabedoría que non sempre aparece nos libros. Os seus recordos axudáronnos a comprender mellor a realidade rural e a importancia das tecedeiras na vida das comunidades.

Outro aspecto importante foi a dimensión emocional do proxecto. As entrevistas non consistían só en recoller información. Tamén nos permitiron compartir tempo coas nosas familias. Moitas persoas maiores agradeceron que alguén lles preguntase polas súas experiencias. Sentían que os seus recordos eran valorados e que podían contribuír á educación das novas xeracións. Para nós foi unha experiencia igualmente significativa. Aprendemos que detrás de cada persoa existe unha historia que merece ser escoitada. Comprendemos que a memoria familiar forma parte da nosa identidade e que coñecela nos axuda a entender mellor quen somos. A escola converteuse así nun punto de encontro entre xeracións. Os coñecementos viaxaban das avoas aos netos, das familias ás aulas e das aulas ao conxunto da comunidade educativa. Este intercambio de experiencias enriquecía a todos os participantes e fortalecía os vínculos entre a escola e o territorio.

Ao rematar o proxecto, moitos de nós tivemos a sensación de que aprenderamos algo que dificilmente esqueceremos. Non se trataba só de coñecer o proceso do liño ou o funcionamento dun tear. Tratábase de descubrir a importancia da memoria, do patrimonio e das persoas que conservan esas historias. Comprendemos que a educación non consiste unicamente en adquirir coñecementos. Tamén implica desenvolver a capacidade de valorar o pasado, respectar ás persoas maiores e sentirse parte dunha comunidade. Ese foi, probablemente, o maior ensino que nos deixou esta experiencia.

O FÍO QUE UNE PASADO E FUTURO

Cando iniciamos esta investigación non imaxinabamos todo o que íamos descubrir. Pensabamos que aprenderíamos algúns datos sobre as tecedeiras e que realizaríamos unha actividade máis do curso. Con todo, o proxecto acabou converténdose nunha reflexión profunda sobre a memoria, a identidade e a importancia de conservar o patrimonio cultural. As historias recollidas demostraron que as tecedeiras desempeñaron un papel fundamental na vida das comunidades rurais. O seu traballo contribuíu ao benestar das familias e permitiu transmitir coñecementos que hoxe forman parte do noso patrimonio. Grazas ás nosas avoas e ás demais persoas entrevistadas puidemos achegarnos a esa realidade e comprender mellor o valor do seu legado.

Tamén descubrimos que a memoria é un fío invisible que conecta xeracións diferentes. As experiencias das persoas maiores seguen influíndo no presente, mesmo cando xa non somos conscientes diso. Moitas das tradicións, valores e costumes que forman parte da nosa vida teñen a súa orixe nas xeracións anteriores. Por iso consideramos que é fundamental seguir conservando estas historias. Non se trata só de preservar información sobre o pasado. Trátase de manter vivo un legado humano que nos axuda a comprender quen somos e cara a onde queremos camiñar.

As tecedeiras traballaban cos fíos para crear tecidos resistentes e fermosos. Nós utilizamos as palabras para construír memoria. Cada entrevista realizada, cada fotografía recompilada e cada historia compartida forman parte dun tecido colectivo que une persoas, familias e comunidades. Esperamos que este traballo contribúa modestamente a conservar ese patrimonio. Sobre todo, esperamos que anime outras persoas a preguntar, a escoitar e a valorar as historias que aínda permanecen vivas na memoria dos nosos maiores. Porque mentres existan persoas dispostas a lembrar e outras dispostas a escoitar, o fío da memoria nunca se romperá.

AS MULLERES QUE TECERON A NOSA HISTORIA

Unha das reflexións máis importantes que xurdiu ao longo desta investigación ten que ver co papel das mulleres no mundo rural. Ao escoitar os relatos das nosas avoas e observar os obxectos conservados polas familias, comprendemos que moitas das tarefas realizadas polas mulleres durante xeracións apenas recibiron recoñecemento. Con todo, foron esenciais para o funcionamento das familias e para a conservación da cultura popular. As tecedeiras constitúen un exemplo claro desta realidade. O seu traballo permitía vestir ás familias, elaborar enxovais e producir tecidos necesarios para a vida diaria. Pero o seu labor non se limitaba a iso. As mulleres tamén eran transmisoras de coñecementos, gardiás das tradicións e protagonistas dunha parte fundamental da historia das comunidades rurais.

Durante moitos anos, gran parte deste traballo desenvolveuse no ámbito doméstico. Precisamente por iso, en numerosas ocasións permaneceu invisible. Non aparecía nos documentos oficiais nin ocupaba espazos destacados nos relatos históricos. Porén, as historias que recollimos durante este proxecto demostraron que sen aquelas mulleres sería imposible comprender a vida dos nosos pobos. As nosas avoas faláronnos de esforzo, sacrificio e responsabilidade. Faláronnos de longas xornadas de traballo e de tarefas que hoxe nos parecen case imposibles. Pero tamén nos falaron de orgullo. Orgullo por saber facer algo útil. Orgullo por contribuír ao benestar da familia. Orgullo por manter vivos uns coñecementos que pasaran de xeración en xeración.

Ao coñecer estas historias comprendemos que a memoria das tecedeiras é tamén unha memoria de resistencia. Nun contexto marcado polas dificultades económicas e pola escaseza de recursos, aquelas mulleres desenvolveron habilidades que permitiron ás familias saír adiante. O seu coñecemento representaba unha forma de autonomía e unha demostración da capacidade humana para adaptarse ás circunstancias. Ao mesmo tempo, as tecedeiras contribuíron á creación dun patrimonio cultural que hoxe segue formando parte da identidade galega. Os tecidos tradicionais, os motivos decorativos, as técnicas artesanais e mesmo as palabras relacionadas co oficio forman parte dun legado colectivo que merece ser conservado.

Ao longo do proxecto tamén reflexionamos sobre o significado da identidade. Moitas veces pensamos nela como algo abstracto, pero esta investigación permitiunos comprendela dun modo máis concreto. A identidade constrúese a partir das historias que herdamos, dos lugares que habitamos e das persoas que nos precederon. Cada

lembianza compartida polas nosas avoas contribuíu a fortalecer ese sentimento de pertenza á nosa comunidade. As fotografías recompiladas durante a investigación axudáronnos a visualizar esta realidade. Ao observar os tecidos, as ferramentas e as pezas conservadas polas familias, sentimos que estábamos contemplando unha parte da nosa propia historia. Eses obxectos non pertencen a un pasado distante. Forman parte da memoria das nosas casas e dos nosos pobos. Tamén comprendemos que o patrimonio cultural non é algo inmóbil. Non consiste simplemente en conservar obxectos antigos. O patrimonio permanece vivo cando se transmite, cando se explica e cando se comparte. Por iso resulta tan importante que as novas xeracións coñezan estas historias e comprendan o seu significado.

Este proxecto permitiunos descubrir que a memoria é unha responsabilidade compartida. As persoas maiores conservan os recordos, pero somos nós quen debemos escoitalos, recollelos e transmitilos. Se non o facemos, moitas destas historias poderían desaparecer para sempre. Por esa razón consideramos que a escola ten un papel fundamental na conservación da memoria rural. A través de actividades como esta podemos contribuír a que os coñecementos das xeracións anteriores non se perdan. Podemos crear espazos de encontro entre persoas de distintas idades e fortalecer os vínculos entre a educación e a comunidade.

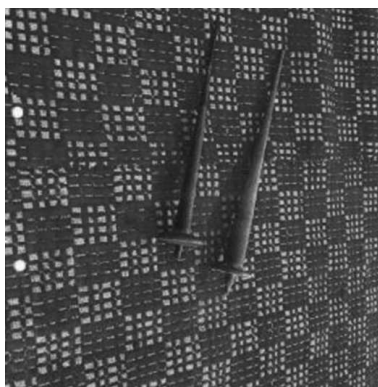
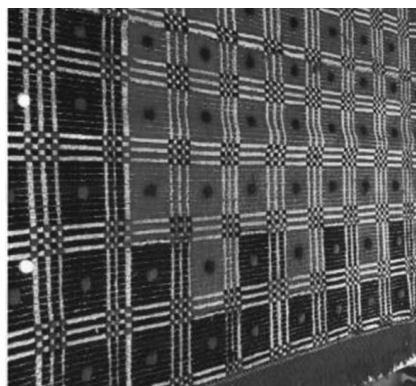
Ao rematar este traballo sentimos que xa non vemos as tecedeiras da mesma maneira. Ao principio eran simplemente un tema de investigación. Agora son rostros, voces e historias. Son as mulleres das que nos falaron as nosas avoas. Son as persoas que elaboraron os tecidos conservados polas familias. Son parte da nosa historia colectiva. Tamén sentimos que xa non observamos os obxectos antigos do mesmo modo. Un fuso, unha roca ou unha colcha tradicional deixaron de ser simples pezas do pasado. Convertéronse en símbolos dun legado humano construído ao longo de xeracións. A medida que escribimos estas páxinas fomos comprendendo que a memoria funciona dun xeito moi semellante ao tecido. Cada fio individual parece pequeno e insignificante. Porén, cando se une a outros fíos, contribúe á creación dunha peza resistente e fermosa. O mesmo ocorre cos recordos. Cada historia familiar representa unha pequena parte dun relato moito máis amplo. Xuntas forman a memoria colectiva dunha comunidade.

As nosas avoas compartiron connosco eses fíos da memoria. Nós intentamos entrelazalos a través deste traballo para que non se perdan. Sabemos que non conseguimos recoller todas as historias nin todos os recordos. Sería imposible. Pero tamén sabemos que cada conversa, cada fotografía e cada testemuño contribuíron a preservar unha parte importante do noso patrimonio. Por iso queremos rematar este relato cun agradecemento. Un agradecemento ás nosas avoas, aos nosos avós, ás veciñas e ás persoas maiores que decidiron compartir connosco os seus recordos. Grazas á súa xenerosidade puidemos descubrir unha realidade que descoñeciamos e comprender mellor a historia dos nosos pobos. Queremos agradecer tamén ás familias que conservaron fotografías, tecidos e ferramentas durante tantos anos. Sen elas, moitas destas historias resultarían imposibles de reconstruír. E queremos agradecer á escola a oportunidade de participar nun proxecto que nos permitiu aprender dun xeito diferente.

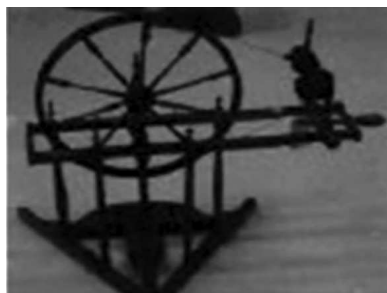
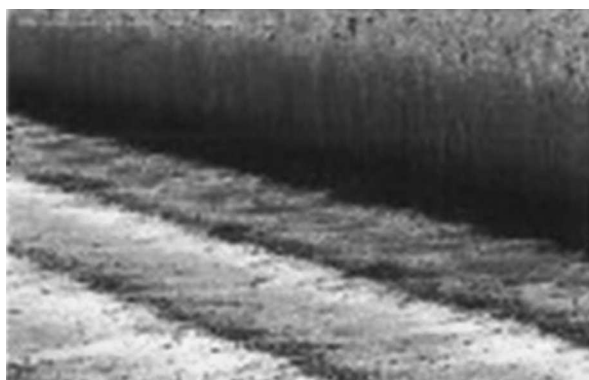
Un proxecto que nos ensinou que a educación non consiste só en adquirir coñecementos, senón tamén en coñecer e valorar a nosa propia historia.

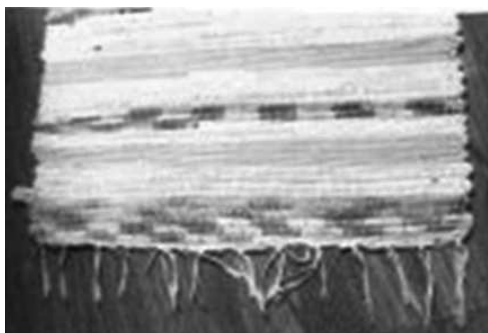
As tecedeiras traballaban coas mans para crear tecidos destinados a durar moitos anos. Nós escribimos estas páxinas coa esperanza de que tamén elas contribúan a conservar algo valioso. Non un tecido de liño, senón unha memoria feita de palabras, emocións e recordos. Porque a memoria, igual que os tecidos elaborados polas tecedeiras, necesita coidado, dedicación e tempo. E porque só mantendo vivo ese legado poderemos comprender plenamente quen fomos, quen somos e quen queremos ser no futuro. Así remata a nosa investigación, pero non remata o camiño da memoria. Cada nova conversa cunha persoa maior, cada fotografía recuperada e cada historia compartida seguirán engadindo novos fíos a este tecido colectivo que une pasado, presente e futuro. E mentres existan persoas dispostas a lembrar e outras dispostas a escoitar, as historias das tecedeiras continuarán formando parte da nosa vida.

FOTOGRAFÍAS



Monfero, a 8 de marzo de 2026

*Devnadora**Roca**plantación de liño a medio recoller**Liño secando na leira*



Fotografías de Sofía García Martínez (6º EP)



Fotografías de Nuria Bouza Fernández (6º EP).

REFLEXIONES EN TORNO A LA EDUCACIÓN ESCOLAR RURAL

Domingo Turiel Mayor
San Martín de la Vega del Alberche (Ávila)
y Ceadea (Zamora)

El presente testimonio consta de dos experiencias y una reflexión final.

PRIMERA EXPERIENCIA: SAN MARTÍN DE LA VEGA DEL ALBERCHE

San Martín de la Vega del Alberche es un pueblo de la alta montaña abulense. Los inviernos son duros, especialmente lo eran en aquellos años de la posguerra, décadas 40 y 50 del siglo pasado. La nieve cubría todo el valle, a veces los vecinos se quedaban aislados en sus casas teniendo que abrir túneles bajo la nieve para ir a atender el ganado en los establos o comunicarse y asistir a un vecino que necesitaba pan para prepararse una sopita de ajos o a un enfermo necesitado de unos medicamentos... La maltrecha carretera que allí tenía su término no siempre permitía la llegada del autobús-correo procedente de Ávila.

A este pueblo semi-perdido y abandonado llegó cierto día de septiembre una joven maestra, doña Anita, cargada de ilusiones, con muchas ganas de trabajar. Había estudiado magisterio con auténtica vocación, este era su primer destino.

Los vecinos la acogieron con entusiasmo: —“Qué bien, por fin ya tenemos maestra para nuestras niñas”. El alcalde enseguida se ofreció para “lo que necesite, señorita”. Pero qué podía ofrecer: apenas leña para la estufa de la escuela, una casa donde dormir... El pueblo no tenía luz eléctrica, ni agua corriente, ni servicios para el aseo personal. Una hermosa fuente, eso sí, con doble caño, abastecía de agua pura y fresca a todos los vecinos.

—“Coraje, ánimo —se dijo para sí la joven maestra— lo importante son las cerca de cuarenta niñas, entre seis y catorce años, que me esperan”.

El primer día que doña Anita se presenta en la escuela, las niñas la miran abortas, ojitos grandes, calladitas:

—“Buenos días, niñas, vamos a empezar las clases, todo tiene que estar en orden, a ver, las más pequeñas delante, cada una en su pupitre, los pupitres siempre limpios. Todas tenéis que tener un cuaderno y un lápiz, además de la pizarra y el pizarrín, decídselo a vuestros padres. Este curso vamos a aprender muchas cosas, y muy interesantes, ya veréis. Primero vais a decirme vuestros nombres, cuántos hermanitos tenéis, cómo vivís en vuestro pueblo, a qué jugáis, cuántas cosas sabéis... Mi nombre es Anita, yo también os contaré cosas de mi pueblo y de mi vida”.

En los días posteriores las niñas van adquiriendo confianza: —“Qué buena es la Señorita, y qué guapa” —cuchichean por lo bajo— “y qué abrigo tan suave tiene”. Recibir una caricia de la señorita y poder rozar aquel abrigo era para ellas la gloria. Y “qué medias, dicen que son de cristal”, “¡Cómo van a ser de cristal!”. Alguna, incrédula, tímidamente se aproxima y con mal controlado disimulo quiere comprobarlo, tocarlas...

Doña Anita se interesa y preocupa por sus vidas y los problemas de sus familias, las anima, alaba sus labores, sus progresos de aprendizaje, las corrige y riñe con cariño cuando hacen alguna travesura, ellas lo comprenden y aceptan... —“Tenéis que venir a la escuela siempre bien aseadas, lavaos bien todas las mañanas, un jabón cuesta muy poco, decidse lo a vuestras madres... A ver esas uñas, y esas orejas... Cuidado con los piojos y las liendres, se combaten con higiene personal... Y ese lacito tan bonito, te lo voy a poner mejor, lo tienes un poco ladeado” ...

Cada mañana, después de rezar una oración —estamos en un estado confesional católico—, empiezan las clases.

Hoy toca Gramática Española: —“Copiad en vuestro cuaderno, con buena letra y sin faltas la muestra del encerado... Mirad, aquí aparece el verbo tener, ¿quién sabe cómo se conjuga el pretérito indefinido”? Las mayores responden: “yo tuve, tú tuviste, él tuvo” ... —“Muy bien, tuvo con uve, ¿verdad? para diferenciarlo del tubo de la chimenea de la estufa que tenemos en el centro de la escuela... Ahora leeremos esta bonita poesía, a ver quién se la aprende para la semana que viene”.

Después del recreo, Matemáticas: —“Las pequeñas haced estas sumas y restas”... “Las chicas mayores haced estos problemas y estas divisiones con decimales”... “Y ahora vamos todas a cantar la tabla de multiplicar del 7, la que peor se nos da”...

Un jueves de otoño. —“Hoy, jueves, vamos a repasar los principales ríos de España”. Todas recitan: Miño, Duero, Tajo, Guadiana, Guadalquivir, Ebro, Júcar y Segura. —“Y ¿quién me dice qué río pasa por este pueblo y de qué otro es afluente”? Todas a coro: —Es el Alberche. Algunas agregan: es afluente del Tajo. Doña Anita anuncia: “Como esta tarde no tenemos clase, os propongo ir a ver el nacimiento del río Alberche, decidse lo a vuestras madres, que os preparen una buena merienda y traed un abrigo, que ya empieza a refrescar”.

Aquella tarde no falta ni una sola niña. Doña Anita juega con ellas a la comba, al escondite... —“Fijaos en esta hoja, es de chopo, hay muchos en la ribera junto al río, y esta otra es de fresno... observad sus diferencias, los árboles se distinguen muy bien por la forma de sus hojas y respiran a través de ellas... Y esta flor, qué bonita es, ¿verdad? observad el color de sus pétalos, mirad qué bien se ve su pistilo... Llega la hora de la merienda: —¿Qué os parece si juntamos todas las meriendas encima de este mantel y las compartimos entre todas? Así tenemos una merienda más variada... —Sí, sí, Señorita.

La tarde ha sido maravillosa. Doña Anita ha convivido y se ha familiarizado con ellas y ha aprovechado para que conozcan mejor y amen la naturaleza... —“Tenemos que salir más veces de excursión, Señorita” —corean las niñas.

El sábado por la mañana toca Religión: Vamos a leer en los Evangelios la historia del buen samaritano. Una alumna de las mayores la lee. ¿Sabéis cómo podemos

ser nosotros “buenos samaritanos”? —“Sí señorita, ayudando a quien lo necesita”. —“Un día yo di un bocadillo a un niño pobre que estaba en el portal de la iglesia”. —Muy bien, muy bien.

Otro día doña Anita anuncia: —“Tenemos que aprender a coser, hay que saber hacer un pequeño remiendo o poner un botón que se cae... Y aprenderemos a hacer costura, cada una debe tener un costurero, con hilo, aguja y un lienzo, empezaremos con el punto de cruz. Debéis elegir una flor u otra figura que os guste, veréis qué bonita queda cuando terminéis” ...

Se aproxima la Navidad: —“Para Navidad vamos a montar un pequeño belén aquí en la escuela, construiremos nosotras mismas las figuras con papel y cartón. Y aprenderemos unos villancicos”...

¡Qué alegría el día de Nochebuena cuando todas, a voz en grito, cantaron los villancicos en la iglesia ante la sorpresa y admiración del Sr. cura y el pueblo en pleno!

Tras las vacaciones de Navidad: —“Mirad, he estado en Narros del Castillo, mi pueblo, y los Reyes Magos me han traído estos caramelos para vosotras”. Los reciben con gran sorpresa, agradecimiento y alegría.

Llega el mes de mayo, el mes de María: —“Vamos a hacer un pequeño altar a la Virgen. Traeremos flores del campo, es primavera y son muy bonitas. Y mirad, cada una va a hacer una palomita de papel, yo os enseño cómo. Y cada vez que hagáis una buena acción, se la ofrecemos a la Virgen y vuestra palomita se acercará un poco más a Ella... —“Yo he ayudado hoy a mi madre a poner la mesa”. —“Y yo he fregado los platos y “Yo he ido a buscar agua a la fuente, yo sola”... —“Muy bien, muy bien, la Virgen estará contenta” ...

Y se aproxima el final de curso, ya estamos en junio: —“Vamos a preparar una exposición en la escuela con todas las cosas que hemos hecho y aprendido durante el curso: los dibujos, los bordados, el belén, todo. Vuestros padres y familiares vendrán a verla y cantaremos las canciones que sabemos y recitaréis también las poesías que habéis aprendido”. ¡Qué emoción tan inmensa el día de la exposición cuando los padres y demás gente del pueblo vino a verla!...

Tres cursos escolares permaneció y convivió doña Anita con sus alumnas y vecinos del pueblo. Durante aquel tiempo conoció y colaboró también con su párroco, don Nicolás, hombre sencillo y bueno, entregado en cuerpo y alma a sus feligreses. Cuando un vecino enfermaba, acudía don Nicolás a su casa, lo consolaba y recomendaba alguna medicina o tratamiento. Con frecuencia el enfermo, sorprendido y agradecido, encontraba algún dinero que el sacerdote había deslizado bajo su almohada, durante la visita.

Una vez tuvo que enfrentarse don Nicolás a unos desalmados y arrogantes personajes que se presentaron en el pueblo, en busca de represalia tras la fratricida Guerra Civil española:

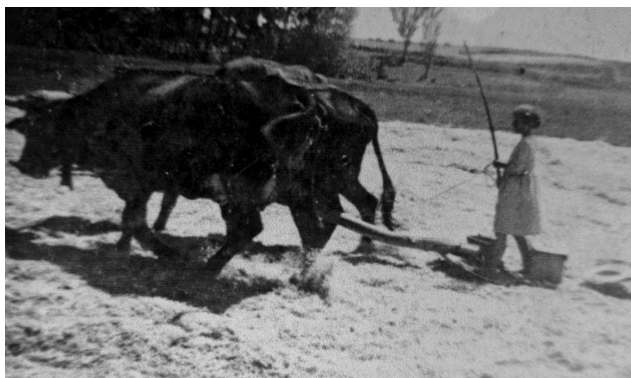
—“Don Nicolás, sabemos que aquí hay gente que votó y estuvo en el otro bando, usted los conoce, díganos quiénes son”. Ante su rotunda negativa insisten, con la pistola en la mesa intentando amedrentarlo: —“¿Pero usted no sabe que si

ellos hubieran ganado estarían encantados de verle a usted desaparecido?” ... —“Les he dicho que aquí ustedes no tienen nada que hacer, tendrían que pasar por encima de mi propio cadáver, todos son mis feligreses, váyanse y no vuelvan más por aquí”. Tuvieron que abandonar su intento, no sin antes amenazar al propio cura.

Cuando don Nicolás tuvo que trasladarse a otro destino, el pueblo en pleno, apenado y agradecido, salió a darle una calurosa despedida. Y cuando, pasado el tiempo, don Nicolás falleció, la mayoría de aquellos antiguos feligreses acudieron sorpresivamente al cementerio de Ávila, en primera fila aquellos que, aunque menos practicantes, le estaban más agradecidos. El Sr. obispo estuvo ausente.



*San Martín de la Vega del Alberche. Septiembre de 1950. Fiesta del pueblo.
Don Nicolás en procesión religiosa con sus feligreses*



*San Martín de la Vega del Alberche. Agosto de 1950. María Jesús trillando,
uno de los “destinos de veraneo” frecuentes en aquellos tiempos*

María Jesús Hernández, mi esposa, una de aquellas antiguas alumnas de aquellos lejanos años, que conserva un grato e imborrable recuerdo de su primera maestra, doña Anita, tuvo la fortuna de reencontrarse con ella después de más de cuarenta años. Así tuve yo también la ocasión de conocerla. Acababa de jubilarse en su pueblo, Narros del Castillo, donde ejerció como maestra y directora de su escuela. Sus vecinos, agradecidos, le dedicaron una de sus calles.

La alegría del encuentro entre maestra y alumna fue grande por ambas partes. Hemos seguido viéndola, últimamente en una residencia, siempre alegre, optimista, positiva. Agradeció infinito que un día la lleváramos al pueblo de su primer destino. Sus antiguas alumnas y vecinos que con ella convivieron evocaron emotivos recuerdos de aquellos tiempos. La gente mayor recordaba especialmente, con cariño y cierta nostalgia, la solidaridad entonces reinante, la espontánea colaboración de todos entre sí y con la maestra y el señor cura.

Ambos, doña Anita y don Nicolás, maestra y sacerdote, fueron dos pilares fundamentales para la convivencia de los vecinos de San Martín de la Vega del Alberche, en aquellos difíciles años de la posguerra.

Hoy día ese pueblo posee agua corriente, buena luz y buenos servicios y unos chalets y alguna bonita urbanización. Mucha gente veranea allí y van a comer a su restaurante. Los padres pueden llevar a sus hijos a la guardería y a estudiar primaria, secundaria y bachillerato como el resto de niños españoles, pero no en su pueblo, tienen que ir fuera porque en su pueblo no hay niños suficientes.

SEGUNDA EXPERIENCIA: CEADEA

Otros muchos pueblos existían en aquella España de la posguerra con los mismos o semejantes problemas que San Martín de la Vega del Alberche. Entre ellos Ceadea, pequeño pueblo de la empobrecida y olvidada comarca de Aliste, Zamora.

El maestro que yo tuve era don Pepe, hermano de Antonio Álvarez, “el autor de la *Enciclopedia*”. El respeto que le teníamos era grande. Siempre que lo veíamos acudíamos a saludarlo, “buenos días don Pepe”. También nos acercábamos a besar la mano del Sr. cura don Martín cuando con él nos encontrábamos. La sociedad entonces estaba perfectamente estructurada y jerarquizada, toda autoridad era respetada, ya se tratase del maestro, del sacerdote, la Guardia Civil, que entonces existía en Ceadea, o los padres. A ello contribuían en buena medida las enseñanzas de la Iglesia: “Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor”, dice San Pablo en la carta a los Colosenses (3,20). A continuación añade: “Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten” (3,21). Esto segundo no recuerdo haberlo oído comentar entonces. La autoridad se ejercía con frecuencia con severa disciplina. Los padres no solían tener reparos en usar “el tortazo bien dado a tiempo” y si era preciso se acudía al cinturón o a la zapatilla.

El maestro, siempre acompañado de su vara de fresno, nos tomaba la lección puestos en semicírculo en torno a él, subido a la tarima donde tenía su mesa, con el brasero bajo ella. Recuerdo especialmente cuando nos preguntaba la tabla de multiplicar salteada, la vara caía implacable sobre la mano de quien cometía un error.

Cuando la varita se rompía nosotros nos encargábamos de aportar diligentemente otra al día siguiente. Si el maestro nos castigaba, no se nos ocurría quejarnos en casa, sabíamos la respuesta: “algo habrás hecho para merecerlo”. Y contentos si no recibíamos algún “refuerzo” más por el estilo. Pero la verdad es que no recuerdo que viéramos amedrentados o frustrados por ello. Nos parecía lo más natural, era lo que había y “la sangre no llegaba al río”. Eso no nos impedía jugar y divertirnos todo lo que podíamos. En el recreo, toda la plaza era nuestra, incluidas las paredes y prados próximos.

A mí me gustaba ir a la escuela y me gustaba agradar al maestro. Un día le oí un comentario sobre mi pelo, indomable y mal peinado. Al día siguiente me presenté con una buena raya, bien visible y recta, gracias al abundante jabón que empleé como fijador. Le noté una incipiente sonrisa.

Pero mi fuerte no era la escuela, faltaba con más frecuencia de lo debido. Una vez oí a don Pepe recriminar a mi padre: —“Señor Domingo, que el muchacho debe ir más a la escuela, no puede faltar tanto”. Pero mi padre parece que consideraba más rentable mandarme con las ovejas. Cuidaba de las ovejas durante buenas temporadas, especialmente cuando se separaban las parideras o recién paridas del resto. A veces dormía en el campo con ellas, en el chiquero como aquí llaman al aprisco. A veces llevaba un libro conmigo, pero poco provecho sacaba, las ovejas no paraban un momento.

Las ovejas han sido la causa de más de una frustración en los niños de aquellos años de escasez y casi miseria. Me consta que más de una persona, ya mayor, ha lamentado profundamente que su padre se preocupara más de las ovejas que de su propio interés por los estudios. Los niños solían ser considerados como un criado al servicio de los padres.

Un año de aquellos, vino al pueblo un fraile misionero, creo que claretiano, durante la cuaresma. Me alegré mucho porque dejé de ir con las ovejas para asistir a su catequesis. Nos enseñaba “la doctrina” y nos preparaba para confesarnos y comulgar “por Pascua Florida”. También aprendimos algunas canciones de niños. Recuerdo ir entusiasmado por las calles, con otros niños, cantando: “los pollitos dicen pío, pío, pío, cuando tienen hambre, cuando tienen frío”. No recuerdo que en la escuela aprendiéramos canción alguna. Debí poner mucho interés y entusiasmo en aquellos días de misiones. Cierta día mi padre me preguntó si me gustaría ir a estudiar con los frailes. Sin dudarle dije que sí. Por otra parte, el maestro comentó a mi padre: “Sí, el chico vale para estudiar”. Mi padre contactó con un fraile familiar de Alcañices y a través de él me fui a estudiar con los Escolapios a Villacarriedo, Santander, hoy Cantabria.

Recuerdo que el escolapio que nos recibió en el colegio comentó a mi padre algo así como: —“Veremos lo que podemos hacer, debiera haber empezado los estudios de bachillerato a los 12 años y ya tiene 13, además estamos ya terminando el primer trimestre. Si no vale para estudiar puede quedarse de lego”. Los legos eran religiosos que servían a la comunidad cocinando, cuidando la huerta, los animales y cosas por el estilo.

Tuve dificultades al principio, debido a mi deficiente preparación escolar. La *Enciclopedia* elemental de Antonio Álvarez ya no valía, teníamos un libro para cada asignatura. Eso era más serio. Pero en aquellos tiempos en los pueblos estábamos bien forjados para el esfuerzo y con esfuerzo e ilusión conseguí seguir adelante.

Creo que mi padre quedó muy satisfecho con mi decisión de ir a los frailes: Por una parte, me daba estudios, una carrera, algo muy loable para un padre. Por otra parte, no le importaba prescindir de un hijo, le quedaban otros cinco, “suficientes para cuidar de la hacienda”, aunque el más pequeño, Manolito, por desgracia era paralítico y nunca llegó a valerse por sí mismo.

Estudiar en los frailes, en este caso Escolapios, era muy ventajoso: vivíamos como internos en pensión completa gratuita, solo los primeros años corría por cuenta de las familias el vestirnos, con un par de camisas, pantalones y ropa interior teníamos bastante. Jamás tuvo mi padre que desembolsar un duro, hoy diríamos un euro, para mis estudios.

Todo esto lo recuerdo y cuento porque considero de justicia destacar y manifestar mi agradecimiento por la labor que en aquellos tiempos de posguerra hicieron determinadas órdenes religiosas, en mi caso los Escolapios, fundados en el siglo XVII en Roma, para la educación de niños pobres, por el aragonés San José de Calasanz, patrono precisamente de los maestros y escuelas cristianas. Esos religiosos, sin ser maestros de escuela, realizaron una labor de auténticos maestros en aquellos difíciles años de la posguerra. Dieron estudios y educación a muchos jóvenes, la mayoría, como yo, precisamente de ambientes rurales. Y casi todos, todo hay que decirlo, terminamos en algún momento de nuestra juventud, abandonándolos por falta de vocación religiosa o, según ellos, por pérdida de la misma.



Ceadea. 1943. Mi primer encuentro con la escuela antes de la edad escolar. Con cierto disgusto, en brazos de mi hermana Catalina y con mis otros hermanos Paco y Benita.



*Ceadea. En torno a 1950. En el exterior de la escuela.
Con mis padres Domingo y Paulina y mis hermanos menores, Pauli y Manolito*

REFLEXIÓN FINAL

Esta reflexión o reflexiones finales pueden centrarse en torno a las siguientes cuestiones: importancia del amor y el ejemplo en la educación, necesaria colaboración entre padres y maestros, valor del esfuerzo personal en la formación del niño y problemas del sistema educativo.

Amor y ejemplo. ¿Cómo consiguió doña Anita educar a aquellas niñas, dejar tan buenos recuerdos, ganarse a todo el pueblo en aquellos difíciles años de posguerra, carente de los medios más elementales para ejercer su profesión? Su auténtico método fue su amor y entrega incondicional a su labor educativa. “Educar es dar ejemplo y amor”, decía Froebel, gran pedagogo alemán del siglo XIX, considerado el creador de los Jardines de Infancia, tan extendidos hoy día. Ese ha sido y es el método infalible seguido por los grandes educadores y pedagogos de todos los tiempos. Nada hay más atractivo y eficaz que el amor. Si el niño se siente querido, comprendido y valorado responde positivamente con su esfuerzo, imitando a los mayores a quienes admira, ellos son sus modelos, sus ídolos.

Probablemente uno de los graves problemas de la sociedad actual es la falta de modelos éticos, de líderes honestos a quienes admirar y seguir. ¿Qué modelos de conducta presentan los medios de comunicación, las tertulias de televisión, los *influencers*

en las redes sociales e incluso muchos padres y madres de familias desestructuradas, más pendientes de sus problemas relacionales que de la educación de sus hijos? No es extraño que niños semi abandonados, faltos de amor y de modelos adecuados, busquen ser acogidos en grupos que los valoren, con líderes faltos de escrúpulos, que terminen arrastrándolos por el camino de la delincuencia o de la droga.

Colaboración entre padres y profesores. José Antonio Marina, filósofo, escritor y pedagogo español actual, afirma que “para educar a un niño hace falta la tribu entera”. La tribu entera es toda la sociedad en la que vivimos, pero el entorno primero, más próximo e influyente es la familia y la escuela. A través de la familia y la escuela el niño va construyendo su propio carácter, su personalidad, adquiriendo los hábitos y valores fundamentales que regirán su vida posterior. Difícilmente podrá adquirir estos valores, formarse una personalidad equilibrada y sana, en un ambiente de discrepancia o claro enfrentamiento entre sus propios padres o entre padres y profesores. Tales discrepancias y enfrentamientos suelen terminar en críticas negativas y amargas, utilizadas normalmente para echarse la culpa unos a otros y evadirse de la propia responsabilidad. La autoridad y el respeto debido a padres y profesores se resquebraja y el niño se desorienta. La autoridad es imprescindible para una buena educación, no la autoridad irracional del “orden y mando”, “porque lo digo yo”, sino la autoridad racional, basada y derivada del conocimiento, del prestigio y experiencia de los educadores y de la necesaria aceptación de las justas leyes sociales, imprescindibles para la convivencia en sociedad.

Esfuerzo y trabajo. Frente a una exagerada concepción tradicional de la vida como “un valle de lágrimas”, hoy día suele predominar una concepción hedonista que nos incita a vivir el presente, gozar de la vida, despreocuparnos de los problemas... Tal mentalidad aplicada a la educación suele llevar a un paternalismo excesivo, a un proteccionismo que trata de evitar todo sufrimiento, todo problema a los niños y a concederles todos los caprichos, “que sean felices ahora que pueden”. Con ello suele conseguirse lo contrario de lo deseado: niños insatisfechos, caprichosos, egoístas insoportables. Obrando así se les impide su maduración personal, se les incapacita para enfrentarse a los problemas que les surgirán en la vida adulta. Además, no es esa la tendencia natural y la aspiración de los niños: El niño disfruta superando dificultades, las busca incluso intencionadamente para demostrarse a sí mismo y a sus padres que es capaz de superarlas. Por eso mira a su madre sonriendo cuando consigue saltar una baldosa o andar por el borde de una acera. La superación de dificultades es una de las cosas más satisfactorias, más gratificantes para él. De mayores pasa lo mismo: Sólo con esfuerzo se consigue el éxito y tras él el premio, la satisfacción y alegría de haber superado las dificultades. Lo que realmente necesita el niño es ayuda para superarlas, no supresión de las mismas. Necesita adquirir fuerza de voluntad, espíritu de sacrificio y valor para enfrentarse a los obstáculos, cualidades poco valoras hoy día en la educación.

Sociedad y sistema educativo. Lo que la mayoría de nosotros, “los viejos del lugar”, hemos vivido en nuestra niñez y adolescencia es algo unimaginable, incomprendible para la mayoría de las nuevas generaciones, hijos y nietos nuestros. Nosotros mismos nos asombramos de cómo pudimos vivir y salir adelante con tantas carencias

económicas, educacionales, falta de libertad, seguridad social... Las ventajas que nos ofrece la sociedad actual superan con creces a las de otros tiempos: mayores posibilidades económicas, sociales, culturales, sanitarias, todos los niños tienen la posibilidad de estudiar, de desarrollar sus propias capacidades, de elegir la carrera más conveniente...

No por ello está exenta nuestra sociedad de problemas, algunos muy graves, como el desolador número de maltratos y violaciones de mujeres, abusos y explotación sexual de menores, suicidios de adolescentes, *bullying* en las escuelas y redes sociales, abandono escolar, bandas juveniles delictivas, drogadicción...

Realmente, pensamos, ¿no fallará en algo esencial esta llamada “sociedad del bienestar”?

Y puesto que la mayoría de estos problemas, si no todos, se generan y padecen en la edad escolar, su solución, en gran parte, parece encontrarse en una más adecuada o eficiente educación escolar. Quizás nuestro sistema educativo esté fallando y necesite alguna reforma en profundidad.

* * *

La exposición y reflexión sobre la educación que generaciones anteriores hemos recibido y la que ahora reciben los jóvenes actuales, debieran servir no sólo para satisfacer nuestra natural curiosidad, sino también y sobre todo para hacer una comparativa justa y equilibrada entre ambas, que nos permita rechazar lo negativo y valorar y aceptar lo positivo de cada una de ellas, ya que ni todo lo nuevo es bueno por sí mismo, ni todo lo antiguo es rechazable. A esa labor contribuye, sin duda, meritoriamente la Casa del Maestro-Museo Antonio Álvarez de Ceadea, a través, entre otras iniciativas, de los Premios Memoria Escolar Rural.

